

Hugo Correa

EL NIDO DE LAS FURIAS



EDITORIAL POMARE

Argentina - Colombia - Costa Rica - Chile

Ecuador - España - Estados Unidos

México - Uruguay - Venezuela

Hugo Correa

El nido de las furias



EDITORIAL POMAIRE

Argentina - Colombia - Costa Rica - Chile
Ecuador - España - Estados Unidos
México - Uruguay - Venezuela

36626

Hugo Correa

El nido de las furias

- © 1980 by Hugo Correa
- © 1980 by EDITORIAL POMAIÉ, S. A.
Avda. Infanta Carlota, 114 / Barcelona-29 / España

ISBN: 84 - 286 - 0564 - 5

Depósito Legal: B. 28.720 - 1980

Printed in Spain

Fotocomposición GRAFITIP
Loreto, 44, interior / Barcelona-29

Impreso por GRAFSON, S. A.
Lluís Millet, 69, 5.ª planta / Esplugues de Llobregat (Barcelona)

A mis hijos Ximena, Hugo y Alejandro

... ¡qué crueldad la de una época en que podemos ser traidores sin saberlo, en que damos pie al rumor que brota de nuestro propio espanto y no sabemos qué es lo que en verdad tememos...!

WILLIAM SHAKESPEARE

1

EL DECRÉPITO BUS ENTRÓ pasadas las seis de la tarde en Oribamba, levantando una nubecilla de polvo de las callejuelas resecas. El sol aún quemaba, y su calor pareció aumentar entre las casas con muros agrietados bajo una deslavada mano de cal, en contraste con el falsamente fresco verdor de la selva que durante horas atravesara.

Los pasajeros —campesinos atiborrados de canastos, paquetes y gallinas— permanecían inmóviles, en medio del hedor a transpiración y guano de aves. Pero Valerio Ramírez se incorporó en su asiento, al cual se sentía adherido por su propio sudor, y miró las casitas maltrechas hasta descubrir el letrero tras la ventanilla sin vidrios: Posada Oribamba.

Fue uno de los primeros en descender del destartelado vehículo. Alto, delgado, de pelo castaño claro, su rostro anguloso con una nariz grande, perfilada, reflejaba hastío. El chófer, con la camisa húmeda pegada al cuerpo, y su oscuro rostro reluciente, trepó con lentitud por la escalerilla hasta el techo, donde se apilaban los bultos, canastos y maletas. La máquina de escribir en una mano, y el saco de viaje

en la otra, Valerio entró en la posada, cálida como un horno encendido. Una mujer gorda, escasa de dientes, y con cara inexpresiva, se apoyaba en un rústico mesón, en absoluto alterada por la repentina vitalidad que la llegada del bus despertara. Ella misma lo condujo hasta una habitación emplazada casi al final de un corredor orientado hacia un patio de tierra, que parecía a punto de reventar con el calor acumulado durante el día.

—¿Usted es extranjero? —La mujer abrió una puerta pintada de azul.

—Soy chileno, periodista —replicó Valerio, entrando a la pieza oscura.

Él mismo abrió los postigos de la única ventana: tras los vidrios sucios se extendía el patio hasta rematar en un muro bajo. Algunas gallinas picoteaban a la sombra de un alero de paja, cerca del brocal de un pozo, no lejos de la garita del excusado. Hizo un gesto de repulsión.

—¿Viene a pasear? —indagó la mujer, revisando la jarra del lavatorio para cerciorarse si tenía agua. Sus nalgas flácidas se traslucían bajo la falda floreada, desteñida.

—Algo así. Vengo a conocer la Plaza del Buitre y las Grutas Negras.

Puso la maleta sobre la cama, y la máquina de escribir en el piso entablado.

—¡Pero es muy difícil llegar allá!

—¿Ha ido usted?

La mujer sonrió, y su cara ancha, jugosa, cobró una cierta vitalidad atractiva.

—¡No, no! Son muy pocos los que conocen ese lugar en Oribamba.

Un bicho como un escarabajo se metió por una hendidura del suelo.

—¿No entrarán serpientes por esos agujeros? —preguntó, alarmado.

—¡Cómo se le ocurre! Las culebras están en la selva. Es muy raro que entren en el pueblo...

—¿Dónde puedo conseguir más datos sobre la Plaza del Buitre?

—Vaya donde don Rodrigo Alarcón. Es un caballero que tiene tierras al lado de Oribamba. Él sabe mucho de las Grutas y la Plaza. Las ha recorrido varias veces y en su casa guarda cosas que encontró ahí.

—¿Cree usted que el señor Alarcón recibiría a un periodista extranjero?

—Siempre recibe a los visitantes. Es muy buena persona. Váyase a la bodega de don Esteban, y ahí puede tomar algún camión que lo lleve a la casa de don Rodrigo.

Quedarse en el pueblucho haciendo indagaciones al azar nada tenía de positivo. Se lavó la cara y se mojó el pelo con el agua tibia. Más fresco, partió hacia la bodega de don Esteban. Debió caminar dos cuadras por una calle llena de baches, sin veredas. Algunos chicuelos flacos jugaban amorrados por el calor, o un perro famélico levantaba la cabeza para mirarlo, sin ánimos siquiera de seguirlo o ladrarle.

—Hay que tener muchos ánimos para ir a ese pueblucho —le había dicho el cónsul chileno en Bolívar, la capital de la República de Los Andes—. Es una porquería. Tuve que ir a comienzos de año por el lío de unos asilados chilenos. No hay alcantarillados. ¡Un asco! Ni siquiera encuentras una pensión decente. Cuando estuve vi que sacaban una serpiente *jergón* muerta de una casa. Por suerte no había alcanzado a picar a nadie. ¡Es un viaje de esfuerzo!

—Pero tengo que ir. Desde que llegué aquí, hace tres años, estoy por hacer el viaje. Además me insisten desde Santiago que haga una crónica sobre esa plataforma y las cuevas que hay ahí. ¡Ser corresponsal tiene sus obligaciones!

Un camión cargado con abarrotes y su motor en marcha, se aprestaba a dejar la bodega de don Esteban. El chófer, un

mulato, aceptó llevarlo hasta la hacienda de Alarcón, mientras el rubicundo español dueño del local no paraba de conversarle.

—No tiene muy buena fama esta región. Pero cuando uno se acostumbra, nadie lo mueve de aquí. Verá usted: llegué de España hace cincuenta años, a los diecisiete, a trabajar con un tío que tenía almacén en Bolívar. Aguanté tres años con mi tío. Me sacó el jugo, y no junté ni un céntimo con él. Hasta que un día tomé las de Villadiego, y me vine para estos lados a tentar suerte. Y nunca me he arrepentido. Los que miran en menos este lugar se olvidan que el Supremo nació en los alrededores, ¿no lo sabía?

—¡Tiene toda la razón! —exclamó Valerio—. Me había olvidado. Alguien me dijo una vez que el Supremo había nacido por estos lados.

—Él nació en Aricocha, a unos treinta kilómetros de Orimbamba, cerca de una base aérea que instalaron los norteamericanos hace dos años, después de la revuelta del coronel Valverde. ¿Estaba usted en Los Andes entonces?

—Sí, llevaba un año aquí.

En el trayecto hasta la hacienda de Alarcón, sólo consiguió arrancarle algunos monosílabos al mulato que, no obstante, se reía por cualquier cosa. El camino cruzaba la selva bordeado de altos matorrales, seguramente plagados de bichos venenosos. Aunque deseaba orinar, prefirió aguantar antes que bajarse del camión. A veces la jungla se abría, mostrando uniformes extensiones cultivadas, generalmente cafetales.

El largo corredor con pilares de la casa de Alarcón enfrentaba el camino, detrás de un rústico jardín con begonias, pasifloras y orquídeas. Un hombre recogía hojas secas en una carretilla. Valerio, que miraba el suelo antes de dar cada paso, mientras el camión se perdía en una curva del camino,

lo llamó con el tono de quien pide auxilio o poco menos. La celeridad con que el peón dejó sus quehaceres y corrió hasta la cerca le hizo recuperar la calma.

—Necesito hablar con don Rodrigo Alarcón —dijo con la voz más firme que pudo—. Vengo de Bolívar y soy periodista. ¿Está en casa?

A sus espaldas el sol iba acercándose al horizonte selvático.

—Sí está, señor. Voy a avisarle. Dé la vuelta por allí —señaló hacia la derecha, donde terminaba el cierro—. Entre por el camino, y llegará a una muralla larga, donde hay una puerta. ¡Yo se la abriré!

—¿No hay serpientes por aquí?

—Ahora ninguna —rió el hombre, con su rostro arrugado, retinto—. Ayer no más encontramos un nido de víboras, y las matamos a todas...

Valerio, estremecido, siguió las instrucciones del hombrecillo, siempre mirando el suelo cuidadosamente. Cualquier ruido de los vecinos matorrales, por insignificante que fuese, alteraba su ritmo cardíaco.

«No sirvo para explorador», pensó abatido.

Entró a un patio de tierra, rodeado de galpones y mediaguas, que cobijaban carretas, arados y otros enseres agrícolas. El peón lo condujo a una habitación de muros enjabalgados, con sillones rústicos y una mesa.

—Ahora viene don Rodrigo —anunció.

Alto, flaco, de piel curtida por el sol tropical y rostro lampiño, Rodrigo Alarcón sorprendía por su notable juventud, a la primera ojeada. Pero observado con atención se hacían visibles innumerables arruguillas en su cara pequeña, aunque su agilidad no se compadecía con aquéllas. Su voz enronquecida por alguna afección a la garganta, no le restó cordialidad a su saludo.

—¡No se disculpe, no se disculpe! —se apresuró a decirle,

invitándole a sentarse—. Recibe uno tan pocas visitas aquí... ¿Quiere servirse algo, un refresco o un trago? Tengo una caña muy buena. Es lo mejor para el calor en este clima infernal. ¿Así que periodista? Pero usted no es andino.

Por la única ventana de la habitación, guarnecida de barrotes, se divisaban los galpones, y por encima de sus techos, las copas de algunos árboles.

—La Plaza del Buitre, ¿ah? ¡Muy interesante todo eso! Ya le mostraré las cosas que he traído de allá. Me quedan pocas, porque he regalado varias al museo de Bolívar, y a algunos científicos que han pasado a verme.

—¿Siempre ha vivido aquí?

Había nacido en esa misma casa. Pero su padre tuvo negocios en Itakí, la capital de la provincia. Repartía su tiempo entre la hacienda y la ciudad, que era la tercera del país en población. Cincuenta años antes fue la capital, cuando Los Andes estuvo a punto de guerrear con sus vecinos del Sur. Pero después se estancó.

Una india joven, de cara impávida, pero con ojos grandes, vivos, y un cuerpo que su vestimenta holgada revelaba esbelto, trajo la botella de caña, agua y vasos.

—¿Sola o con agua? Algún día se hablará de este lugar. Cerca de la Plaza del Buitre hay muchas ruinas enterradas. Cuestión de cavar un poco, no más. Hace miles de años hubo aquí una gran civilización, muy anterior a la incásica y la chimu. Pero no se sabe casi nada de ella. Estamos muy aislados. ¡Y hay tantas ruinas en los países vecinos, más accesibles y fáciles de trabajar!

—¿Y los americanos que tienen esa base cerca de aquí? ¿Nunca se han interesado?

—¡Jamás se sabe lo que les interesa a los gringos! Han recorrido el lugar, y tomado películas y fotografías. Pero no son arqueólogos. Tienen varios aviones y helicópteros para hacer el levantamiento cartográfico de la región. Pero todo

es secreto. El Supremo siempre ha sido así, misterioso. ¡Sabe mucho, ese diablo! Pero ahora está pasando de nuevo momentos difíciles. ¡No ha podido arreglar la situación económica!

—Hay mucho descontento. Y en todas partes. Claro que se nota más en las grandes ciudades como Bolívar.

—También en Itakí. —Alarcón se chupó una muela, y escupió en el piso de ladrillos—. La situación económica es lo más difícil de este país. Y desde que está el Supremo en el poder, ha ido de mal en peor.

Alarcón vivía solo allí desde su viudez, ocurrida veinte años atrás. No quiso casarse de nuevo, porque a su juicio las mujeres todo lo complicaban. Sus tres hijos se hallaban lejos: uno en el Perú, otro lo tenía en Itakí a cargo de una bodega de corretajes, y su hija, casada con un ingeniero, residía en Bolívar.

—¡Me las arreglo muy bien con las indias! —Le hizo un guiño alegre, y su rostro rejuveneció aún más—. Son sumisas, hacen lo que uno les pide, y nunca reclaman. Claro que cuando uno les vuelve la espalda, se encaman con el primero que encuentran. Pero total: no pido fidelidad a mis años, ¿no cree usted? Hay que pasarlo lo mejor que se pueda mientras la cosa funciona.

—Así pienso yo también.

—¿Y usted? ¿Tiene su familia en Bolívar?

—Me separé hace años, antes de venirme a Los Andes. Tuve una racha económica muy mala, perdí lo poco que tenía, y mi mujer se fue a vivir con su familia. No alcanzamos a tener hijos, por suerte.

—¿Y se vino a buscar fortuna a Los Andes? ¡No eligió muy bien, que digamos!

—En cierto sentido, sí. —Tomó un trago de caña. Su cara alargada, pálida, ligeramente tostada, acusó el fuego del alcohol—. ¡Uf! ¡Es como tragarse una brasa! La verdad es

que tenía que irme de Chile. Dejé allá muchos líos de plata. ¡Soy un exiliado económico! Pero desde aquí he ido arreglando las cosas. Tengo varias corresponsalías de diarios y revistas chilenos, y con mi trabajo de comentarista en una radio de Bolívar sobrevivo bastante bien.

—A lo mejor se queda para siempre en Bolívar. ¿No le dan ganas de casarse de nuevo?

—Por ahora no. Estoy bien así. —Se encogió de hombros. Bruscamente las copas de los árboles se apagaron: el sol se había puesto—. ¿Cómo se llega a la Plaza del Buitre? ¡Me gustaría ir!

Primera noticia desalentadora: aunque a no más de sesenta kilómetros de distancia, el viaje hasta ese lugar constituía una proeza. La falta de caminos obligaba abrirse paso por una selva plagada de bichos venenosos. En sus tres viajes hasta la Plaza, Alarcón se había salvado por milagro. Cuatro peones que lo acompañaron en sus excursiones fueron picados por serpientes. Dos murieron. Se necesitaba tener helicópteros, como los norteamericanos.

—Si usted tiene algún contacto con la embajada yanqui a lo mejor podría conseguir que lo llevaran. Pero ir a pie no se lo recomiendo.

—Ya veo. Pero, ¿también es peligrosa la Plaza misma?

—¡En absoluto! Está en altura, muy por encima de la selva. Es un estrecho valle sin vegetación. Venga, le mostraré dónde queda.

Desde el camino, Rodrigo le mostró al Norte las laderas azulosas con desolladuras rojizas del macizo andino.

—La Plaza del Buitre queda precisamente a los pies de ese cerro alto, pelado, el Mirador del Indio —señaló una cumbre encanecida—, rodeada de laderas y precipicios. O sea, después de cruzar la selva, usted tiene que escalar un verdadero paredón rocoso. ¡Hay que ser un poco andinista, también...!

Las sombras cubrieron el paisaje, y las estrellas brotaron bruscamente en la profundidad del firmamento.

—Señor Alarcón —empezó Valerio, vacilante—. No quiero ocasionarle molestias, pero, ¿cómo podré volver a Orimbamba?

—¡Estamos apenas a dos kilómetros! Caminando sin apuro llega en una hora.

—Pero, ¡el camino debe estar plagado de serpientes!

—¡No es para tanto! —replicó Rodrigo, invitándolo a entrar—. Hay que tener muy mala suerte para pisar una. ¡Se arrancan cuando sienten pasos humanos! En todo caso uno de mis peones, que vive en el pueblo, parte en una hora más. Esos ven las culebras debajo del alquitrán. ¡Váyase con él! No le ofrezco llevarlo en mi auto, porque me quedé sin gasolina. Mañana me traen un tambor. Y en último caso se queda aquí. Tengo camas de sobra. ¡Hasta una india puedo prestarle para la noche si no trajo pijama! Vamos a comer ahora.

Le palmoteó el hombro alegremente.

Después de la comida Valerio conoció algunos de los objetos recogidos por Alarcón en las Grutas Negras. Piedras planas, pulidas, de formas bastante regulares, llenas de dibujos e inscripciones hasta la fecha indecifrables. Un arqueólogo ruso, que recorriera la red de cavernas, había encontrado bosquejos de raros aparatos voladores en una de las paredes. Porque en los cielos de la región solían verse objetos desconocidos en vuelo. El propio Alarcón fue testigo de este fenómeno: varias veces divisó luces que volaban a una velocidad superior a la de los aviones.

—Muchos dicen que la Plaza del Buitre es el lugar donde aterrizan. Que para eso fue construida hace miles de años.

Alarcón sirvió más caña.

—Que haya sido construida hace miles de años es posible. Pero que sea un campo de aterrizaje no me parece. ¡Lo mis-

mo dicen de los litoglifos de Nazca! Hay tantas ruinas en esta región, y algunas tan inexplicables, que inventan cualquier explicación.

—¿Usted no cree en los discos voladores?

—Me interesan, pero encuentro más apasionante esos restos de viejas culturas, de civilizaciones desaparecidas. ¡Es mucho más concreto!

—Tengo un sobrino en Bolívar, que es abogado y trabaja en el gobierno. Usted se avendría mucho con él. ¡Le gustan todas esas cosas! Le voy a dar una tarjeta para Ignacio. Él puede ayudarlo con los americanos...

—¿Trabaja cerca del Supremo?

—Lo ve bastante seguido. Usted debe saber que don Raimundo Ruiz y Pastene nació en Aricocha, en esta provincia.

El calor no cedía. Una lámpara de parafina, con algunas falenas describiendo órbitas en su torno, inundaba la habitación con una luz intensa. Detrás de la ventana el tamaño de las estrellas parecía desmesurado.

La historia de Raimundo Ruiz y Pastene, el dictador de Los Andes, se hundía en un pasado enigmático, como todo cuanto rodeaba su existencia. Alarcón bajó la voz, porque en los tiempos actuales eludir ciertos temas constituía la mejor póliza de garantía.

Años antes alguien dejó un canasto con un recién nacido en las puertas de la hacienda Santa Trinidad, propiedad de la antigua familia Ruiz, considerada una de las mayores terratenientes de Los Andes. Don Raimundo Ruiz y Aménabar, que por entonces llevaba varios años de matrimonio sin hijos, adoptó y dio su nombre a la criatura abandonada.

Varias versiones se daban sobre el origen del niño. La más difundida entre los indígenas de la región atribuía su paternidad a ciertas fuerzas maléficas albergadas en las proximidades de la Plaza del Buitre, quienes lo habrían engendrado en una joven india de una tribu vecina a esos lugares. Avala-

ban esta versión las periódicas visitas que hasta la fecha efectuaba el Supremo a un sitio oculto, emplazado cerca de la Plaza. Los tenebrosos contornos que rodeaban al Supremo no tardaron en dar pábulo a una leyenda: acudía allí para entrevistarse con sus infernales progenitores, quienes lo ayudaban a sostenerse en el poder. Los nativos conocían ese misterioso lugar con el nombre de Morada del Espíritu de la Montaña.

—Don Raimundo se educó en los Estados Unidos, y ha vivido siempre como hijo de familia rica. Entró al ejército, y ascendió rápidamente ayudado por su linaje, inteligencia y valor a toda prueba. ¡No le teme a nada! Y sabe ser terriblemente cruel y violento. No da cuartel a sus enemigos. Para él no es problema liquidar cualquier cantidad de personas que le traigan dificultades. ¡Lo ha hecho siempre!

Valerio suspiró. Se sentía mareado.

—Me consta. Durante la rebelión de Valverde los muertos aparecían a montones en las calles. Mataban a la gente de noche, en cualquier lugar, y los dejaban ahí mismo, hasta el día siguiente.

—Don Raimundo es implacable. Hay que estar con él, mejor. Aparte de que adivina cuando alguien lo engaña. ¡No se equivoca nunca! Así me contaba mi sobrino el año pasado, cuando fue a Itakí. Y siempre se le ocurre algo novedoso para salir de los atolladeros. ¡Tiene para muchos años en el poder! Y ya lleva diez arriba.

—Y sólo tiene cuarenta y un años de edad —comentó Valerio, cuyos ojos se cerraban de sueño.

—¡Usted está quedándose dormido! Venga: lo voy a llevar a un dormitorio. Si se va ahora puede quedarse dormido en el camino. ¡Y ahí sí que no respondo de usted...!

2

EN LA MARGEN OESTE del lago Melica, el más extenso del país, las casas bajas de Bolívar se alineaban a lo largo de calles rectas, conformando manzanas cuadradas. Las diagonales constituían rarezas. Varios rascacielos rompían este panorama chato en el centro de la urbe, no lejos del palacio de gobierno. La Casa de los Presidentes, un edificio de estilo colonial de dos pisos, varias veces reconstruido, enfrentaba la Avenida del Libertador que cruzaba la ciudad de Norte a Sur.

Por el Oeste Bolívar moría a los pies de las estribaciones andinas, separadas de éstas por una amplia franja de propiedades agrícolas que proveían a la capital de frutas, hortalizas y productos lácteos. Hacia el Norte, los barrios industriales y populares. El sector residencial se agrupaba en la ribera del Melica, donde muchas casas poseían embarcaderos propios.

Don Raimundo Ruiz y Pastene, generalísimo de las fuerzas de tierra y aire de Los Andes, conversaba a solas en su

despacho de trabajo con el embajador de Alemania Federal, Herbet Schott. El rubicundo alemán, de pelo claro, ojos grises y voz engolada, fumaba pulcramente su cigarrillo. Sentado bajo un cuadro de una batalla, el Supremo se mantenía expectante. De pelo ondulado, ojos verdes de notable transparencia, nariz aguileña y rostro ovalado, la frialdad se anidaba en sus rasgos duros, alterados de improviso por una sonrisa breve o un rápido visaje. Su mirada jamás perdía una fijeza inquisitiva, hipnótica, mientras la voz baja, de escasas inflexiones, pronunciaba las palabras con precisión, en un tono resuelto, definitivo.

—Nada he sabido de su compatriota, Herr Schott.

—Excelencia, mis informes indican que Herr Adrián Koch fue visto la última vez acompañado por dos personas de su Servicio de Inteligencia.

—¡Nada de raro tiene que Koch anduviese con nuestros agentes de Inteligencia! Su misión específica era infiltrarlos.

—Carezco de esa información, Excelencia —replicó el embajador con gravedad—. Herr Koch llegó aquí por razones comerciales. Representa a una firma alemana que fabrica instrumentos electrónicos de uso confidencial. Y por este motivo entró en contacto con su Servicio de Inteligencia. Su director, el coronel Leñero, me manifestó en un cóctel, hace dos semanas, que estaba muy interesado en los dispositivos que mi país fabrica. Y se refirió, aunque sin nombrarlo, a Herr Koch.

—Es lógico que alguien interesado en infiltrar un servicio cualquiera se presente ofreciendo algo tentador, ¿no le parece? Los informes que me proporcionaron sobre Koch son bastante claros: nació en Ecuador, de padres alemanes, y fue a estudiar a Alemania. Súbitamente se perdió de vista. Pero sabemos que durante ese período Adrián Koch estuvo en Alemania Oriental, seguramente perfeccionándose en electrónica. ¡Pero no para promover la venta de esos dis-

positivos! Koch es un agente del marxismo internacional, que colabora con los comunistas andinos. Aunque son pocos, molestan bastante en la clandestinidad.

—Y si su Excelencia tiene esa certidumbre, ¿no cree que su Servicio de Inteligencia pudo proceder guiado por la misma convicción?

Una tenue sonrisa contrajo los labios delgados del Supremo.

—El razonamiento germánico es de una admirable consecuencia. ¡Siempre lo he apreciado, señor embajador! Exactamente: teníamos la intención de proceder contra Koch, pero estaba esperando un informe del exterior. Este informe sólo llegó ayer en la tarde, y según entiendo, Adrián Koch desapareció hace tres días. Puede tener la certeza, Herr Schott, que mi Servicio de Inteligencia no alcanzó a proceder contra su compatriota. Se salvó por un pelo: el informe que solicitamos confirma nuestras sospechas.

—¿Podría conocerlo, Excelencia? No quiero pisar en falso cuando informe a mi país, como usted bien comprenderá.

El Supremo oprimió un timbre en el muro, y de inmediato ingresó al salón un hombre joven, de rostro pálido, cetrino casi, con mejillas chupadas, pero cuyos ojos derrochaban vitalidad tras los gruesos anteojos.

—Alarcón: busque, entre los papeles del canastillo de la derecha, el informe del coronel Leñero sobre Adrián Koch.

—Con movimientos precisos Alarcón revisó el legajo y le pasó un papel al Supremo—. Retírese. —Y cuando Alarcón hubo salido—: Le muestro este documento como una prueba del aprecio que siento por su país.

—¡Muchas gracias, Excelencia! —dijo el diplomático. Mientras leía sólo en dos ocasiones enarcó sus finas cejas—. Bien: esto es lapidario. Informaré a mi Gobierno, y también le transmitiré la seguridad que usted me ha dado de que Herr

Koch, a pesar de ser un sospechoso de espionaje, no ha sido tomado por su Servicio de Inteligencia.

Cuando el embajador se hubo retirado, Raimundo Ruiz volvió a su vasto escritorio. Aunque de estatura mediana, las proporciones de su cuerpo le conferían gran esbeltez y agilidad. Su propio retrato, en tamaño natural, ocupaba el centro del muro sobre el escritorio. De pie, vestido de general con todas sus condecoraciones y contra un fondo oscuro, miraba desafiante a un invisible enemigo.

Llamó por el citófono. Un coronel joven, de miembros cortos, gruesos, avanzó hasta llegar a dos metros del escritorio y se cuadró:

—¡Ordene, mi general!

—¿Hasta cuándo se queda aquí Alarcón?

—Vino a reemplazar a García, mi general, especialmente recomendado por el señor ministro de la Gobernación. No teníamos a nadie para sustituir a García entre el personal de la Presidencia. ¿No ha tenido un buen desempeño, mi general?

—Las preguntas las hago yo, coronel. ¡Y usted no contesta las mías! —Y añadió, antes de que el otro saliera de su desconcierto, echándose atrás en su sillón—: Puede dejarlo aquí hasta que vuelva García. ¿Cuándo termina su licencia?

—En dos días mas, mi general.

—Anote el nombre de Alarcón en mi fichero personal, y haga pasar a los americanos. Quiero que el capitán Vélez, y Temístocles Vidal estén presentes.

Douglas Unger, el cineasta norteamericano —alto, gibado, de saltones ojos azules y rostro excesivamente largo— entró escoltando a una mujer rubia, de cara graciosa y ojos celestes, vestida con un ceñido pantalón blanco y una polera roja, que se adhería a sus pechos altos, separados. El Supremo se puso de pie, rodeó el escritorio; y estrechó la mano de Virginia Unger, mientras sus ojos verdes la escudriñaban

calmosos. Detrás de los extranjeros, un uniformado de largas patillas y un hombre vestido de azul, dotado de una barriga prominente.

—Señor presidente —empezó Unger, en su precario español—. Primero quiero agradecerle su amabilidad por recibirme tan rápidamente. ¡Su deferencia compromete mi gratitud!

—¡Usted parece un representante del servicio diplomático europeo, y no un productor de cine, señor Unger! Y le digo europeo, porque los diplomáticos norteamericanos siguen caracterizándose por su escasa cortesía. —Aludía al último embajador de los Estados Unidos, a quien el Supremo hiciera declarar *persona non grata*, acusándolo de grosero—. Espero que su nuevo embajador, que está por llegar, mejore la imagen dejada por mister Davis. Siéntense, por favor. ¿Qué se propone realizar en Los Andes?

El Supremo ocupó el sillón que usara durante la visita de Schott. Unger y su mujer se instalaron en el sofá, mientras los funcionarios de la Presidencia permanecían de pie junto al asiento del Supremo.

—Bueno... —tartamudeó Unger, cogido de sorpresa por la pregunta—. Queremos filmar la realidad andina... ¡Usted sabe, Excelencia, que se dicen muchas cosas negativas de su país! Creo que es el momento de desmentir esos rumores. Le ofrezco toda mi colaboración, mediante un documental...

El Supremo mantenía los ojos fijos en Virginia, cuya boca grande no dejaba de sonreír.

—La realidad de algunos pueblos no es fotogénica, mister Unger —replicó el Supremo, con lentitud—. ¡Es una verdad que no admite réplica! Siempre hay que maquillarla, como a las estrellas de cine. Nuestra realidad no es la que usted verá en nuestras calles y poblaciones: es la que lleva el pueblo en su corazón, y esa no está al alcance de las cáma-

ras. Yo le sugiero, mister Unger, que haga un documental sobre nuestras bellezas naturales. Tenemos lugares interesantísimos, incluso algunos de gran valor arqueológico.

—Bueno, encuentro muy interesante lo que usted propone, Excelencia. Pero al venir a Los Andes mis propósitos eran diferentes. ¡Es la realidad social de su país lo que me interesa!

Los ojos hasta entonces expectantes del Supremo, cuya intensidad se suavizaba al mirar a Virginia, adquirieron una extraordinaria dureza. Pero el tono de su voz y la expresión del rostro no cambiaron:

—¡Lo siento, mister Unger! El momento no es apropiado. Pero no tengo inconvenientes en que haga una película sobre nuestras bellezas turísticas. Además dispondrá usted de la colaboración del gobierno.

El ruido de un helicóptero que se aproximaba inundó el salón. El Supremo miró su reloj, y se puso de pie, dando por terminada la entrevista.

—Este... ¡Muchas gracias, Excelencia! Esto contraría mucho mis planes, debo decirle. Los documentales turísticos no son mi especialidad. Y he invertido mucho dinero en esta empresa. —El estruendo del helicóptero engulló las palabras del azorado Unger—. Yo le ruego, Excelencia, que reconsidere su decisión, y me haga avisar al hotel.

Los ojos del Supremo se encogieron. El motor del helicóptero se convirtió en un ronroneo suave, susurrante.

—¡Mi decisión es la que escuchó! —dijo en un tono definitivo—. No habrá reconsideraciones. Pensé que lo había entendido así. ¡Buenos días!

Antes de abandonar la sala, Virginia le sonrió por encima del hombro. El Supremo le hizo una venia cortés.

—¡No se vaya, capitán! —ordenó, indicándole con un seco gesto al hombre de civil que se retirara—. Llame a esa gringa al hotel, y cítele esta tarde a la Isla del Mono. Dígale que

deseo mostrarle unas curiosidades... mías. —Su rostro no se alteró—. Por supuesto, nada quiero con el ahuevado del marido. ¡Avisé a la guardia que salgo en seguida!

Diez minutos después el helicóptero con el Supremo descendía en el patio interior del Fuerte Zurita, una antigua fortaleza de piedra que se erguía en las afueras de Bolívar. El sol rebotaba contra el empedrado, y hacía correr la transpiración por los rostros de los gendarmes que rendían honores al Presidente.

El Supremo cruzó el patio seguido por el coronel encargado del establecimiento. Entraron por un pasillo estrecho, iluminado apenas, y siguieron hasta un tétrico vestíbulo central, de donde partían varios pasadizos y una ancha escalera. Bajaron al subterráneo e ingresaron en una sala con sus paredes pintadas de blanco. Una gran quietud imperaba en el lugar. Dos gendarmes se cuadraron al llegar los dos hombres. El coronel corrió el cerrojo de una puerta blanca, y la empujó. Se volvió hacia el Supremo.

—Entraré solo —dijo cortante, viendo que el coronel se disponía a seguirlo.

Tres ampolletas de gran potencia, que pendían del techo, iluminaban la larga sala de muros enjabelgados.

El Supremo cerró la puerta a sus espaldas. En el suelo, colocados en posición perpendicular al muro, de modo que las cabezas tocaban la piedra, se alineaban once cadáveres desnudos. Siete hombres y cuatro mujeres, todos de espaldas. Magulladuras, heridas aún frescas y hematomas diversos en los rostros, torsos y miembros. Balas perforaban los cuerpos, algunas múltiples: una muchacha con el cuello casi cercenado por una ráfaga de metralleta. Los pechos de dos de los hombres, con un apretujamiento de proyectiles disparados a bocajarro, a juzgar por las quemaduras de la piel.

Caras deformadas por los golpes. Sangre seca en las narices o en las comisuras.

El Supremo revisó uno por uno los once cadáveres, inclinandose sobre algunos para examinar los rostros. Cuando la posición dejaba éstos ladeados, les movía la cabeza con la punta de su bota.

Salió de la habitación, y le dijo al coronel secamente:

—Están todos. ¡Buen trabajo! Envíelos al crematorio, porque comienzan a heder. ¿Obtuvieron buena información?

—Bastante, pero contradictoria. Sin embargo ya hemos practicado varias detenciones. ¡Lo malo es que muchos se quedan en los interrogatorios! La gente no sabe controlarse, a pesar de mis órdenes.

—Es fácil perder la paciencia con la tozudez de algunos, coronel. ¿Para qué quieren llevarse sus informaciones a la tumba? ¿De qué les sirve allá? ¡No saben perder! El heroísmo personal hace tiempo que pasó de moda. ¡No hay que tener piedad con ellos! ¡Ninguna! Si mueren en los interrogatorios sin hablar, no importa. ¡Nunca falta el que se acobarda!

De vuelta a palacio, el Supremo se dirigió a la antesala de su comedor privado. Allí lo aguardaba Jack Wiley, el jefe de los agentes de la CIA destacados en Los Andes. Un mozo trajo una bandeja con refrescos, porque el Supremo raramente bebía alcohol.

—¿Ha sabido algo sobre un tal Adrián Koch, agente comunista que entró en el país como vendedor de artículos electrónicos?

—Sí, Excelencia. Fuimos informados oportunamente sobre la verdadera misión de Koch, pero se nos ha perdido repentina y totalmente del mapa. ¡Como si se lo hubiera

tragado la tierra! Pensé que su Servicio de Inteligencia, al que advertimos, lo había cogido. Pero el coronel Leñero me ha dicho que no.

—No es verosímil que un extranjero desaparezca en forma tan completa de Bolívar. ¡Voy a tener que reestructurar el Servicio de Inteligencia, entonces!

Los ojos del Supremo brillaron con una particular intensidad.

—Suele pasar en un país como éste, Excelencia, donde el que llega a las máximas responsabilidades deja de temerle a sus rivales.

Wiley se puso de pie, y se allegó a la ventana con barrotes. El pelo liso, negro, y la piel morena del norteamericano, heredada de su madre mexicana, le habrían permitido pasar por un nativo de Los Andes, aparte de su perfecto dominio del castellano. Abajo se extendía un patio cerrado, con una fuente de bronce cuyo rumor apenas llegaba a la antesala sobriamente amoblada con sillones y un sofá confortables, tapizados en terciopelo marrón. El piso de fino parqué lo cubría en parte una alfombra persa bastante gastada.

—Es una sana medida, Excelencia, no eternizar a nadie en sus puestos, excepto que su eficiencia no merezca duda alguna —agregó.

Sumido en su sillón, con el vaso en la mano, el Supremo observaba una estatuilla ecuestre de piedra sobre la mesa de centro.

—No siempre. Es difícil encontrar personas idóneas en un país como Los Andes. No se prodigan. Por eso muchas veces uno tiene que dejar pasar algunas pequeñas fallas. ¡A propósito! También recibí a ese cineasta de que me habló, Douglas Unger. Como usted me dijo, valía la pena conocerlo por su mujer. ¿Qué otras referencias tiene sobre él?

—Algunas. Ideológicamente inocuo.

—Peligroso entonces. Solamente los líderes pueden darse el lujo de no tener ideología.

—¿Lo dice en serio?

—¡Por supuesto! El líder es en sí mismo una ideología, siempre que no se encuentre en un país gobernado por un partido único. Muchos critican a los gobernantes que un día están con Rusia y al otro con Estados Unidos. En un mundo donde hay dos potencias en pugna, los países pequeños deben cosechar de las dos, mientras puedan. Llegado el momento de las grandes decisiones, las cosas cambian. Pero volvamos a su cineasta.

—Es uno de esos hombres muy amplios de criterio, dispuestos a tolerar que les pongan los cuernos para posar de comprensivos con la especie humana. —El rostro cuadrado de Wiley, cuyos ojos perspicaces apenas se distinguían bajo un grueso alero de cejas, no reflejaba emoción alguna—. ¡Lo mejor de Unger es su mujer!

Un mozo se asomó para anunciar, con una voz trémula, que el almuerzo estaba servido.

—¿Pasamos, mister Wiley? Esta tarde tengo una jornada bastante intensa.

—¿Qué hay de esos once conspiradores que apresaron la semana pasada? —indagó Wiley, entrando al comedor precedido por su anfitrión.

Rodeada de sillas de alto respaldo tapizadas en rojo, la mesa circular ocupaba el centro de la habitación, iluminada por una ancha ventana. En cada esquina y sobre pedestales, los bustos de cuatro presidentes andinos. Tres mozos de chaquetas blancas aguardaban que el Supremo tomase asiento.

—Están a buen recaudo —replicó el Supremo, inclinándose sobre los palmitos y el jamón artísticamente dispuestos sobre el plato.

—¿Les solucionó todos los problemas, como dice usted?
—inquirió Wiley en un tono cauteloso.

—Espero que ellos me solucionen los míos, primero. Recuerde: la solución final, como decía Hitler, siempre es bilateral. Toda persona tiene problemas, pero al mismo tiempo provoca problemas a otras.

—La solución final arregla los problemas a las dos partes, entonces —un mozo ofreció vino, y Wiley aceptó. El Supremo bebía una mineral—. ¿Ha visto usted a esa gente?

—Estuve con ellos hace menos de media hora —replicó el Supremo con lentitud, cortando una porción de jamón—. Se veían bastante inofensivos. ¡Y pretendían derrocarme!

—¿Cómo ve el panorama?

—Como usted lo ve: nuboso. Nuestra vida está formada por ciclos, altos y bajos. Ahora me encuentro en un ciclo bajo. ¡Pero ya empezará a subir!

—En todo caso cuente con nuestra colaboración.

La voz de Wiley reflejó sinceridad.

A las siete de la tarde el Supremo tomó su helicóptero y se trasladó a la Isla del Mono, distante una decena de kilómetros de la ribera oeste del lago Melica. Casi plano, con un leve promontorio lateral, el islote de tres kilómetros cuadrados interponía una barrera de densa vegetación a quienes lo observasen desde una lancha. La casa de un piso, rodeada de jardines, y con una piscina, se mantenía fuera de las miradas indiscretas en la parte central de la isla.

El helicóptero se posó junto a la residencia con muros de piedra. El ciclón generado por el rotor hizo inclinarse a las begonias del jardín. Dos perros acudieron ladrando y saltando al encuentro del Supremo. Detrás de los mastines avanzaron los miembros de la guardia.

—La señora está en la piscina, mi general —informó el

teniente encargado del destacamento de la isla—. Llegó hace una hora.

Una muralla aislaba el recinto de la piscina del resto de la casa, otorgándole una completa intimidad. Virginia Unger se asoleaba desnuda, de bruces sobre el césped, con sus espléndidas nalgas irradiando blancura en la tarde cálida. El Supremo se acercó a la mujer con una bata que dejaba su pecho vellosa al descubierto. Solamente al detenerse junto a ella, la mujer levantó la cabeza, y tras un leve sobresalto, le sonrió con su cara redonda, que rebosaba picardía.

—Me quedé dormida —dijo en voz baja, soñolienta.

—¿No escuchó el helicóptero?

El Supremo se quitó la bata y acto seguido hizo lo mismo con el pantaloncillo de baño. Virginia lanzó un pequeño grito al contemplar su desnudez. El Supremo la tomó de un brazo, y la hizo incorporarse con firme suavidad.

—¿Tuvo algún problema para venirse? —La cogió por los hombros y la mantuvo ligeramente separada de sí. Virginia era exactamente de su misma estatura.

—¡Ninguno! Le dije a Douglas que no pensaba salir con este calor. Fue a recorrer la ciudad, y esas giras le toman horas.

El Supremo la estrechó contra su cuerpo, y sus manos recorrieron las formas de la mujer con lentitud, como cumpliendo un viejo ritual. Siempre de pie junto a la piscina, unidos los labios bajo el sol inclemente, sus cuerpos apenas se movían. De pronto el Supremo alejó a la mujer, y la hizo arrodillarse.

Pero él permaneció erguido.

La segunda fase del viejo ritual comenzó a cumplirse bajo el sol tropical. Allí Virginia, con fruición, desplegó toda su destreza.

3

«LA PLAZA DEL BUITRE SE ENCUENTRA en el fondo de un estrecho valle, a los pies de un volcán extinguido llamado el Mirador del Indio. Una civilización antiquísima relleno los desniveles y cubrió todo con grandes bloques de piedra pulida, perfectamente unidos entre sí.

»Las medidas de la Plaza, que los rusos tomaron por primera vez, son realmente ciclópeas: tres kilómetros de longitud en línea recta, con una exacta orientación Norte-Sur, y de doscientos metros de ancho. La flanquean dos paredones verticales, de cientos de metros de altura. Uno de sus extremos remata en la propia ladera del Mirador del Indio, también muy abrupta, y el otro, en una empinada pendiente de más de mil metros, que se hunde en una franja selvática de varios kilómetros de ancho, pantanosa e infestada de bichos venenosos. Nadie se ha interesado por habilitar una vía que haga accesible ese lugar al turismo.

»Los rusos fueron los primeros en descubrir que la Plaza del Buitre podía convertirse en un aeródromo. Basta enfilear

por la abertura del Sur para tomar la pista como si se tratase de un aeropuerto internacional.

»Las Grutas Negras constituyen otro gran enigma. Integran un verdadero laberinto que nadie sabe dónde termina. Su único acceso conocido queda en la Plaza del Buitre. Es una hendidura baja y ancha. Pero su altura aumenta progresivamente hacia el interior hasta alcanzar unos cuatro metros. Los muros parecen vitrificados, cubiertos de una sustancia negra, dura, y lisa como la obsidiana. De aquí deriva su nombre. Como a cien metros de la entrada la gruta se bifurca en tres ramas: todas se hunden en la tierra, pero en distintas direcciones. Cada cierto trecho hay unas ensanchaduras, que los norteamericanos llaman *resting areas* (áreas de descanso). Y es en estos sitios donde se han encontrado piedras grabadas y varios objetos procedentes de un pasado remotísimo.

»Se cree que los brujos o chamanes de algunas tribus indias conocen entradas secretas a las grutas, escondidas en la selva. Sería posible así llegar hasta la Plaza del Buitre sin necesidad de cruzar el anillo selvático ni trepar por la empinada ladera. Esta suposición surge de los rastros de fogatas y restos de comida hallados en el interior de las grutas. Y también del gran conocimiento que los indígenas tienen de estos lugares.

»¿Por qué el nombre de Plaza del Buitre? Fue bautizada así por una formación rocosa natural que, mirada de lejos, parece una cabeza de buitre al acecho, que monta guardia a la entrada de la Plaza.

»¿Cuál fue el objetivo de esta enorme pista? No se le ve ninguna finalidad práctica. Obras monumentales de la Antigüedad, como las pirámides de Egipto, o sus réplicas mayas y aztecas en América, sirvieron de tumbas y templos, respectivamente. Otras grandes construcciones tuvieron fines defensivos, como la Gran Muralla China.

»Es un hecho que los pueblos primitivos construían siempre a favor del tiempo, y no en contra, como ocurre ahora. El tiempo adquirió su verdadero valor en la época moderna. Emplear siglos en erigir una obra destinada a sepulcro o Morada de Dios, que hoy se nos antoja una aberración, parecía lo más natural en la Antigüedad. Incluso los litoglifos de Nazca, que representan figuras geométricas y de animales, podrían reflejar el afán de sus constructores por llamar la atención del dios Sol, que vive en el cielo. Ni siquiera esta explicación es aplicable a la Plaza del Buitre.

»Como en el caso de los litoglifos de Nazca, se ha querido ver en la Plaza del Buitre una pista de aterrizaje para navíos de otros mundos, construida por una civilización extraterrestre. La hipótesis no resiste un análisis serio. Cualquier nave interplanetaria que se respete debe proyectarse con la autonomía mínima para aterrizar y despegar de cualquier terreno, por abrupto que sea. Es el caso del Módulo Lunar, utilizado en los viajes a la Luna.

»Quizá el día en que se descifren las inscripciones de las Grutas Negras, estas interrogantes queden despejadas.»

Para los lectores de un diario o revista el artículo resultaría entretenido e incluso sugerente. Sin embargo para escribir algo realmente serio necesitaba visitar la Plaza del Buitre. ¿Lo conseguiría alguna vez?

Dos horas antes había dejado el bus que lo trajera de vuelta de Oribamba. Aislados bocinazos o el rechinar de un motor acelerado rompían el silencio nocturno. Fue a la coci-nilla y se sirvió una taza de café. Alguien abrió la puerta de la calle. Unos pasos atravesaron taconeando el pasadizo de ingreso, que desembocaba en el patio interior de la vieja casa transformada en departamentos de renta. De los dos que flanqueaban la entrada, Valerio ocupaba el de la derecha. Las ventanas de su dormitorio y la sala de estar daban a la calle. Aunque esta disposición garantizaba una mayor

independencia respecto a los departamentos interiores, lo dejaban expuestos a los ruidos de la ciudad. Y le hicieron vivir no pocos sobresaltos durante el levantamiento de Valverde.

Una noche despertó bruscamente, como a la semana del frustrado golpe militar. Pasos precipitados en la calle y dos disparos. Una voz de alto, estentórea. Se quedó inmóvil en la cama, temiendo que una bala penetrase por la ventana. Varias personas corrían por la calle empedrada. Botas militares, a juzgar por el ruido. Volvió a escuchar la misma voz:

—¡Las manos en la nuca! ¡Rápido! ¿Están todos?

—¡Sí, mi capitán!

—¡Asesinos, asesinos! —gritó una voz de mujer.

Ráfagas de metralleta ahogaron sus gritos. Ruido de cuerpos estrellándose contra el suelo. Las botas cruzaron de nuevo frente a su ventana. Instantes después un motor acelerado se alejaba rápidamente en la noche. Valerio se asomó cauteloso a la ventana. La oscuridad exterior no le permitía distinguir el lugar de la ejecución. Y salir a investigar durante el toque de queda era suicida.

Un tumulto proveniente de afuera lo despertó. Salió en bata. Varias personas rodeaban los cuerpos de dos hombres y una mujer, acribillados a balazos, y que yacían en medio de mucha sangre. A juzgar por la huella oscura estampada en las piedras, alguien había arrastrado los cadáveres esa noche hasta dejarlos semiamontonados junto a la puerta principal. Pero nadie permaneció mucho rato contemplando los despojos. En la mente de Valerio quedaron grabados la boca y los ojos muy abiertos de la mujer: la muerte troqueló en su rostro el fiero grito final. Pronto la calle volvía a quedarse sola con los muertos.

Una hora después llegó un furgón a levantar los cadáveres.

—¿Y qué te pareció Oribamba? —preguntó Ramón Gutiérrez, el rollizo, moreno, y alegre cónsul de Chile en Bolívar. Desde su oficina, en el octavo piso de uno de los pocos edificios modernos de la ciudad, se contemplaba un amplio panorama hacia el Oeste, donde la cordillera interponía su mole azulosa.

Valerio le hizo un sucinto relato de su viaje.

—¿Te suena el nombre de Ignacio Alarcón, un abogado que es funcionario del ministro de la Gobernación?

—¡Por supuesto! Trabaja en la subsecretaría. Tuve que hablar con él por ese asunto de los asilados chilenos, que me obligó a viajar a Oribamba. Ocupa un puesto bastante clave...

—Es sobrino de don Rodrigo Alarcón, mi anfitrión en Oribamba. Me dio una tarjeta de presentación para él.

—¡Es un excelente contacto! Puede servirte mucho para tu labor periodística.

El ministerio de la Gobernación ocupaba una de las alas del palacio presidencial. Valerio tuvo que mostrar la tarjeta de Rodrigo Alarcón y sus documentos de identidad al capitán de la guardia. Por los pasadizos bastante oscuros del ministerio pululaban los soldados: en dos ocasiones lo detuvieron y le pidieron el salvoconducto. En la oficina de la subsecretaría, situada en el segundo piso, Valerio fue informado que Ignacio Alarcón cumplía una comisión en la Presidencia. ¿Sería conveniente insistir?

Dio la vuelta en torno a la Casa de los Presidentes bajo un cielo abochornado, en medio de una atmósfera caliente, húmeda, agobiadora. Por sus flancos este y oeste, el palacio deslindaba con calles estrechas, que desembocaban en la Avenida del Libertador. Solamente casas de uno o dos pisos

rodeaban la sede del gobierno. Los edificios altos se alzaban al otro lado del Libertador, y a cierta distancia de la avenida.

Entrar al ala presidencial fue fácil: el coronel encargado de la guardia llamó por citófono a Ignacio Alarcón, luego de ver la tarjeta de su tío. Un soldado lo condujo por un corredor pródigo en militares hasta una escalera, y luego, por otro largo pasadizo, hasta una sala amoblada al estilo colonial. Dos secretarías tecleaban en sendas máquinas de escribir, mientras un hombre robusto, con carrillos inflados y rojizos, revisaba papeles en un escritorio emplazado junto a una puerta laboriosamente cincelada. Un cigarrillo pendía de sus labios gruesos. Después de una corta espera, Alarcón lo recibió en su amplio privado.

—¿Así que chileno y periodista? Alguien como usted quería conocer. La mayoría de los chilenos que han llegado a Los Andes son refugiados políticos, gente no muy recomendable para un funcionario de gobierno.

Los muebles coloniales irradiaban cierta frialdad oficial. Los muros blancos apenas albergaban unos pocos grabados, dejando amplios paños vacíos. Provista de gruesos barrotes, la ventana se orientaba a la calle a juzgar por los ruidos de motores. Valerio tomó asiento frente al vasto escritorio, materialmente atiborrado de oficios, cartas y documentos. A pesar de su palidez y hundidas mejillas, los rasgos recordaban vagamente a Rodrigo Alarcón. Su expresión más bien huraña adquiría una vital cordialidad al sonreír. Seguramente debía causar una impresión poco amistosa a quienes lo trataban simplemente como a un alto funcionario del Gobierno.

—Pero durante el gobierno de la Unidad Popular llegaron otros chilenos que dejaron varios negocios funcionando en Los Andes...

—¡Sí, sí! Y trajeron las financieras, la compraventa de

automóviles, las empresas constructoras, etc. ¿Así que viene llegando de Oribamba? Hace cinco años que no voy para allá. Pero siempre recibo noticias. Desgraciadamente es una región que no puede progresar mucho. Aunque la caña de azúcar, el café y los plátanos abundan, pocos quieren enterrarse por allá. Mi tío es un verdadero héroe. Todos sus hermanos vendieron sus propiedades y emigraron hacia otros lugares. ¡Mi tío en cambio compró!

—¿Toda la zona es así?

—No, no. Solamente Oribamba y sus contornos. Aricocha es diferente. El clima es más tolerable, y también hay minerales de oro, níquel, hierro, esmeraldas, etc. Lo que pasa es que Oribamba está en un hoyo, casi, y húmedo, todavía. ¡No es un buen clima!

La puerta se abrió a espaldas de Valerio para dar paso a una mujer alta, joven, bien proporcionada, de tez morena y ojos rasgados, oscuros. Una plácida belleza fluía de sus facciones algo toscas. Ambos hombres se pusieron en pie. La mujer no dejó de mirar a Valerio mientras avanzaba hacia Ignacio con un documento en la mano. Vestía un traje gris, cerrado hasta el cuello.

—¡Doña Clarisa! Qué honor tenerla por aquí. ¿En qué puedo servirla? —Y agregó, mirando a Valerio—: Le presento al periodista chileno, señor Valerio Ramírez.

La sonrisa de la mujer puso en descubierto una dentadura alba, pareja. Le estrechó la mano con firmeza.

—Es uno de los pocos chilenos que he conocido, a pesar de que hay tantos en Bolívar. —Se volvió a Ignacio—. Perdone que los haya interrumpido, pero me han dicho que usted debe informar sobre este documento. Devuélvaselo directamente al general Alvarez. —Miró de nuevo a Valerio, y le sonrió—: ¿Piensa quedarse en Bolívar?

—Vivo aquí hace tres años, y aún espero permanecer un tiempo más.

—Yo trabajo aquí cerca, con el coordinador de la Presidencia. ¡Tal vez puedo serle de utilidad algún día!

Se despidió y se retiró con sus pasos calmosos, que revelaban una particular armonía de movimientos.

—¡Le ha caído en gracia a doña Clarisa! —rió Ignacio, sentándose—. Es una mujer inteligente, de mucha personalidad, y bien importante. Es sobrina de doña Isabel Quiñones y Andrade, la esposa del Supremo.

—¡Ya veo! Es estupenda. ¿Y por qué trabaja? Generalmente las mujeres de las grandes familias andinas no se mueven de sus casas.

—Doña Clarisa es diferente. Perdió a su marido hace dos años, durante la revuelta de Valverde. Era un distinguido mayor que trabajaba aquí, precisamente. Ella quiso trabajar para distraerse y olvidar su tragedia. Quedó sin hijos, porque los perdía durante los embarazos. Es muy eficiente. —Miró su reloj—. ¡Diablos! Faltan cinco minutos para la una. Se me fue volando la mañana. ¡Le invito a almorzar al Círculo de Oficiales! Es un lugar muy agradable, y podremos conversar tranquilos. Queda a dos cuadras de aquí.

Cuando salían, una de las secretarias lo alcanzó en el pasillo:

—Señor Alarcón, lo llama el subsecretario. ¡Es urgente!

—¡Es de esperar que no nos arruine el almuerzo! Espéreme dos minutos.

Del fondo del pasadizo surgió Clarisa, y avanzó hacia Valerio, que aguardaba junto a la oficina de Ignacio. Le sonrió al aproximarse.

—¿Va a almorzar? —preguntó Valerio.

—Sí, siempre almuerzo en mi casa. Así descanso un poco de la oficina. ¿Y usted? ¿Espera al señor Alarcón?

Se detuvo. Otros funcionarios salían de sus oficinas. Todos se esforzaban porque Clarisa los viera y la saludaban

con una exagerada amabilidad. Ella contestaba con breves inclinaciones de cabeza.

—Sí, me invitó a almorzar. Me gustaría conversar más largo con usted —agregó, tras una leve vacilación.

—Llámemme aquí a la Presidencia, y nos ponemos de acuerdo. Podemos ir a mi casa. Queda junto al lago, y tiene una vista muy bonita...

Cuando Clarisa se marchaba, reapareció Ignacio.

—Por suerte no era nada serio. ¡Vamos! ¿Estuvo de nuevo con doña Clarisa? Es persona de pocos amigos en la Presidencia. Siempre se ha mantenido en una especie de aislamiento. ¡Vale la pena cultivar su amistad!

Atravesaron la Avenida del Libertador bajo una claridad pesada, difundida por la capa de nubes blancas. Valerio se sentía empapado en transpiración.

—¿Y qué tal es su trabajo?

—Es bueno si uno responde. Y pésimo si no. Vine a reemplazar al secretario titular. ¡No crea que lo busqué! Me ordenaron venir, simplemente.

—¿Y cómo le ha ido?

Ignacio caminaba junto al bordillo, un tanto encogido: a la luz del día se veía aún más flaco y pálido. Se internaron por una calle angosta, con veredas tan estrechas que apenas cabían uno junto al otro. Debían bajarse a la calle sucia o ponerse en fila para dejar paso a los demás. Viejas tiendas y almacenes, cerrados a esa hora, se sucedían uno al lado del otro con sus escaparates repletos de mercaderías.

—Bien hasta ahora, por suerte. Hoy el Supremo no está en palacio. Anda en Aricocha, su tierra natal, que visita bastante seguido. Vuelve mañana. Si usted hubiese venido ayer no habría podido atenderlo.

—Pero este reemplazo le conviene.

—¡Por supuesto! Si no meto la pata, es un punto favorable para mi curriculum.

—¿Es difícil trabajar con el presidente?

—Sí, porque uno nunca sabe con qué va a salir el próximo minuto. Es imprevisible y de muy rápidas decisiones. ¡Hay que adivinarlo en la práctica! Y no da ninguna confianza. Siempre se mantiene lejos de uno, como si estuviese rodeado de una barrera de acero.

Un mendigo viejo, increíblemente andrajoso y mugriento, alargó una especie de garra implorando una limosna con voz doliente. Ignacio ni lo miró.

—Debe ser una de las fórmulas para mantener el poder, quizá —comentó Valerio.

—¡Tal vez! —rió Ignacio—. Fue una buena idea la de mi tío que me lo presentara. Es peligroso conversar con los compañeros de trabajo. En cambio con un extranjero, y con un chileno, especialmente, uno puede abrirse un poco y relajarse.

—Y en caso de peligro sería mi palabra contra la suya —comentó Valerio en tono jocosos.

Ignacio lanzó una carcajada. Llegaron al Círculo, un edificio de estilo francés con balcones y artísticas balaustradas de mármol. Rodrigo lo condujo directamente a un comedor emplazado al fondo de un pasadizo alfombrado. Pasaron frente al amplio bar: una fila de civiles y militares bebía en la vara, conversando y riendo en un tono discreto. Se instalaron en una mesa del rincón, al lado de una ventana con sus cortinas recogidas. Ignacio ordenó dos whiskies.

—¿Cómo es la vida privada del Supremo? ¿Es mujeriego, por ejemplo?

—¡Vaya que lo es! Come mucho y bueno. Pero elige a las mujeres con mucho cuidado. Es muy cauteloso. ¡Nunca se descuida!

—¿Y su vida familiar?

—Muy correcta, tengo entendido. Tiene cinco hijos, tres mujeres y dos hombres.

—¿Viven aquí?

—Todos, en el Palacio de las Orquídeas, a unos quince minutos de Bolívar en auto.

—¡Así que pisador el hombre! —comentó Valerio, pensativo.

—Dicen que se gasta una pija de selección. ¡Me limito a repetir lo que he oído, porque yo no se la he visto! —Y volvió a reír de buena gana.

—Su tío me decía que usted es muy aficionado a las antiguas culturas.

El mozo llegó con los tragos.

—Siempre me ha gustado todo eso.

—¿Es usted casado?

—Soltero. ¡Soy joven para casarme todavía! Hay que casarse después de los treinta. ¿Y usted? —Y cuando Valerio hubo contestado—: ¿Y a qué fue a Oribamba?

—Quiero escribir sobre la Plaza del Buitre y las Grutas Negras. Pero es muy difícil llegar hasta allá.

—¡En avión no cuesta nada! Yo tampoco conozco ese lugar. ¿Sabe? Voy a hablar con los de la embajada norteamericana, a ver si nos invitan. ¿Qué le parece?

Se levantaron a las tres de la tarde. Casi no se veían mesas desocupadas en el comedor.

—¡Las civilizaciones desaparecidas me apasionan! Pero debo volver al trabajo. ¡Tenemos una de problemas...!

—¿Está difícil la situación? —indagó Valerio, mientras bajaban la escalinata de acceso.

—Bastante. Los enemigos brotan de todas partes. ¡Por favor, no comente esto con nadie! Llega plata de afuera por montones. Y el descontento cunde.

—¿Y qué dice el Supremo?

—No dice nada. ¡Tiene una fe ciega en su destino! Siempre ha encontrado el medio para salir de todas las crisis. Y seguramente debe pensar que ahora también lo encontra-

rá. Sabe pegar, y pega durísimo cuando le presentan el flanco apropiado. ¡Debe estar esperando que el enemigo se descuide un poco!

—¿Y usted qué cree?

—Como yo no manejo la información ni tengo las agallas del Supremo, me limito a esperar y preocuparme. ¡Confío en que el Gran Jefe sabrá encontrar una salida de nuevo! Todavía es joven. No creo que su estrella se eclipse tan pronto. ¡De otras peores se ha librado! Y siempre sale robustecido de los peores tropiezos.

—Como el Fénix —comentó Valerio.

4

AL FINAL DEL CORREDOR del patio de servicio, no lejos de la cocina, junto a un rincón destinado a planchar, quedaba la pequeña habitación de Zulema, la vieja india. Los ojos lagrimosos de la anciana se hundían en una cara ancha, sin arrugas, acumuladas éstas en su cuello corto, seboso, y en su escote negruzco.

Todas las tardes Raimundo se instalaba en un taburete de madera a escucharla, mientras Zulema, de pie o sentada, no interrumpía sus quehaceres para contarle historias de brujerías, de los antiguos bandoleros y crímenes de Aricocha. Y a veces, en un tono misterioso, su voz monótona le hablaba del Espíritu de la Montaña, entidad divina, luminosa, cuyo real significado el niño de nueve años no lograba captar.

A Raimundo le inspiraban una instintiva desconfianza los indios, mestizos y gente de color en general. Pero no así Zulema, que había llegado de quince años a la casa. Solamente una vez se ausentó por un período de casi tres años,

al morir su madre. Viajó hasta su lejana tribu para la ceremonia fúnebre, y se quedó un tiempo acompañando a sus hermanos menores.

Se decía que ese alejamiento cambió a Zulema. Los otros servidores, casi todos indios y mestizos, comentaban que la mujer había aprendido artes mágicas en su tribu. Siempre se la veía murmurando en voz baja extraños estribillos, o realizando ciertas señas y pases sin importarle que alguien pudiera estarla observando. Y quienes subrepticamente lograron colarse en su oscura, pestilente y estrecha alcoba, aprovechando las contadas ausencias de Zulema, contaron que guardaba allí símbolos, fetiches y figurillas, con las cuales sin duda practicaba secretas ceremonias.

Todo esto hizo que a la larga los demás servidores comenzaran a distanciarse de Zulema. Trataban de no quedarse a solas con ella, y la vieja, al comprender esa intención de aislarla no hizo sino doblar sus misteriosas prácticas. Le tenía sin cuidado, al parecer, que se juntasen o no con ella. En el fondo los supersticiosos servidores de la gran casa de la hacienda, hombres y mujeres, se aterrorizaban con la idea de que Zulema pudiese lanzarles algún maleficio. Preferían entonces no inmiscuirse en sus asuntos privados.

Algunos hechos confirmaban estas aprensiones. Bernardo, un indio gordo, amigo de gastar bromas, le escondió en cierta ocasión un chal a Zulema. La vieja no tardó en encontrarlo, y dirigiéndose sin vacilaciones al autor del hecho, le dijo con su voz enronquecida:

—Sé que tú lo hiciste. No debes burlarte de una vieja como yo. Algún día puedes arrepentirte.

Inútilmente Bernardo, intimidado por la facilidad con que fuese descubierto, juró inocencia. Dos días después, cuando transportaba un saco de patatas al hombro, resbaló en una cáscara de plátano sobre el patio empedrado, y se fue a tierra. Pero el pesado bulto le aplastó el brazo, y se lo que-

bró en dos partes. Relataba después que, desde el suelo, en medio de su dolor, veía cómo Zulema, en el rincón del corredor, no le quitaba sus ojillos de encima, mientras sus labios se movían veloces, recitando una de sus raras invocaciones.

También Nati, la cocinera, después de una acre disputa con la vieja india, sufriría un accidente a los dos días de aquella: una tetera con agua hirviendo se le volcó en un pie. También atribuyó su desgracia a los maleficios de Zulema.

Pero la madre de Raimundo quería a la vieja india: planchaba como ninguna, y siempre concluía su trabajo a tiempo. Aunque en varias ocasiones recibió quejas de la servidumbre por la sospechosa conducta de Zulema, Raquel no les hacía caso. Y cuando Bernardo y Nati la acusaron de haberlos hecho víctimas de sus malas artes, los reprendió severamente por levantar falsos testimonios contra la pobre vieja, que a nadie molestaba.

Al cabo de poco tiempo un halo de respeto temeroso revistió a la anciana. Nadie se atrevía a importunarla. Sin embargo Nati, mestiza rencorosa, solapada, no perdía ocasión de largar pullas contra Zulema, a sabiendas de que más de alguien iría a contárselo. O también hacía sus comentarios en voz alta cuando la vieja india se hallaba cerca para que los escuchase. Zulema nunca se dio por aludida, pero se enteraba de todo a través de Alberto, un joven mestizo al que una cox de caballo en la cabeza dejara medio idiota. Aunque los demás le decían el «tontito», nada se le iba, y partía con el cuento donde Zulema, que lo escuchaba sin hacer comentarios: cuando mucho le daba unas cariñosas palmadas en la cabeza.

Raimundo permanecía donde la india hasta la hora del rosario. Entonces todos —servidores y patrones— se reunían en el gran salón de la casa a participar en el rezo, cuya voz cantante la llevaba don Raimundo o su mujer. También Zu-

lema seguía devotamente los cinco misterios, acurrucada en el rincón más apartado de la vasta habitación.

—Tú serás un hombre muy importante, Raimundito —le dijo Zulema una tarde. Oscurecía, y los murciélagos revoloteaban contra un cielo azul profundo, donde flotaban algunas nubes blancas—. Yo te lo digo. Mandarás a mucha gente. Tendrás poder sobre la vida y la muerte de muchas personas. Conozco grandes secretos y voy a iniciarte en ellos. ¡Pero no debes decírselo a nadie! Aprenderás a vencer a tus enemigos, que nunca te faltarán cuando seas grande.

—¿Por qué me dices eso, mama? —indagó Raimundo, cuyos transparentes ojos brillaban en el crepúsculo.

—Porque ya estás en edad de que conozcas algunas cosas. Y yo te ayudaré a conocerlas. —En la semioscuridad la mirada acuosa de Zulema le provocaba una cierta lasitud. Pero no temía: confiaba en la vieja india—. Te iniciaré en tres cosas: la primera, en unos días más; la segunda, dentro de algunos años, y la tercera, cuando vaya a morir.

Nunca antes le había hablado Zulema en ese tono enigmático. Raimundo se sintió invadido por una gran curiosidad. Creía en todo cuanto la india le decía. Además, la anciana actuaba siempre obedeciendo a algún propósito definido: no hacía las cosas porque sí. Pero esa tarde nada ocurrió, y Raimundo se marchó un tanto decepcionado, pensando en cuáles serían los planes de Zulema.

Amaneció lloviendo a cántaros, salió el sol al mediodía, calentó la tierra y generó una gran evaporación que se extendía por la piel como una baba untuosa.

Al caer la tarde volvió a llover, esta vez con truenos y relámpagos.

Raimundo, que comúnmente salía por la mañana a cabalgar acompañando al capataz, un mestizo de voz estentórea,

gran corpulencia y un tanto bizco, debió permanecer todo el día en casa. Después del almuerzo, en medio del calor húmedo, fue hasta el rincón de Zulema, y comprendió que la india lo esperaba a pesar de la hora. Todos dormían la siesta, incluso la servidumbre. Un silencio pesado se extendía por la casa: se agazapaba en los umbrales de las puertas y en los rincones de los patios.

—Tú me oyes cuando te llamo. ¡Así me gusta! —le dijo Zulema. El sudor corría por su rostro y empapaba su blusa blanca, floreada—. Ven a mi pieza, porque vas a conocer algo.

Nunca antes había entrado en el cuartucho de Zulema, que además le inspiraba una secreta repulsión.

Pero esta vez obedeció sin vacilar.

Se encontró en medio de la oscuridad y de un aroma dulzón, penetrante, que le provocó una ligera somnolencia. Zulema echó unos polvos en un brasero colocado sobre una mesa tosca, y un humo denso tornó aún más invisibles los detalles del cuarto. Pero Raimundo distinguió un bulto sobre el catre de Zulema, bajo la ropa de cama. La vieja lo cogió con su mano húmeda, agrietada, y lo acercó al camastro. Entonces Raimundo vio que lo ocupaba Tina, la hija de Nati, una chicuela de doce años, que raramente se separaba de su madre. Desarrollada para su edad, y un tanto apartadiza, prefería jugar sola que con los hijos de los demás sirvientes.

Tina miraba a Raimundo y Zulema con sus ojos desorbitados, dilatadas las narices, y con su boca grande, de labios gruesos, entreabierta. Zulema echó hacia atrás los cobertores de un tirón, y Tina, con un grito ahogado, quedó desnuda y encogida sobre la sábana, tratando de cubrirse el sexo y los pequeños pechos con sus manos.

—¡Desnúdate, Raimundito, y juega con ella! Yo velaré porque nadie los interrumpa.

La voz de Zulema sonó como un raro graznido en los oídos de Raimundo.

Se sentía mareado con el humo, y la vista de la piel brillante de Tina, que no intentaba moverse presa de un secreto terror, le causó una honda conmoción. El miedo de la muchacha y su desnudez despertaron en él una fuerza profunda, desquiciadora. Como en sueños, con la voz susurrante de Zulema introduciéndose en su cerebro, se desvistió. Notó que una parte de su cuerpo adquiría vida propia, y aunque en otras ocasiones su incipiente virilidad sólo había contribuido a desconcertarlo, ahora lo llenó de una gran euforia, que se tradujo en un temblor inusitado de todo su cuerpo. Zulema lo empujó sobre el cuerpo de la muchacha, cubierto de una fina transpiración. Tina intentó incorporarse y opuso resistencia. Pero Raimundo, poseído de un extraño vigor, no tardó en reducirla. Tina no gritaba: el miedo impedía que la voz surgiera de su garganta.

Zulema se preocupó de facilitar su primera incursión en ese nuevo mundo con sus manos ásperas. Y aunque en cualquiera otra ocasión habría rechazado las caricias de la vieja india, ahora se le antojaron naturales, necesarias incluso. La chica lanzó un prolongado gemido de dolor, y Zulema los cubrió con la ropa de cama, y se retiró de la pieza.

A las seis de la tarde comenzó a llover de nuevo. Zulema hizo vestirse a Tina, y la despachó, luego de hacerle varias advertencias en voz baja. También Raimundo abandonó el cuartucho, y Zulema le dijo en medio de la lluvia, que hacía borbollar el agua acumulada en el patio empedrado:

—Ya has conocido mujer, y mujer virgen. Ésa fue mi primera enseñanza: revelarte el amor.

—Cuando Nati lo sepa se va a enojar contigo.

—Tina no dirá nada. Me obedece a mí ahora. Y quedó contenta con tus caricias. De hoy en adelante será tuya. Tu

virilidad es grande, como la que le gusta a las mujeres —terminó Zulema, sin despegarle sus ojillos llorosos.

Desde ese día la hora de la siesta se convirtió en su mejor momento. Apenas notaba que en la casa todos dormían iba al cuarto de Zulema, donde ya lo aguardaba Tina. Permanecía allí hasta las seis de la tarde, bajo la eficiente vigilancia de la vieja india. Conversaban poco, porque Tina tenía poco que comunicar. Y él tampoco hallaba de qué hablarle. Pero el cuerpo de la chica constituía una inagotable fuente de placer, que sus manos no se cansaban de recorrer una y diez veces.

Esa mañana salió con Guillermo, el capataz, y dos peones, a cumplir la diaria inspección de las plantaciones de azúcar y los platanales. Un calor pesado tornaba la atmósfera casi irrespirable, bajo la capa de nubes blanquecinas que cubría el cielo. Raimundo se sentía amodorrado, mientras cabalgaba por el camino polvoriento junto a Guillermo: a sus espaldas los indios conversaban y reían. Una serpiente cruzó la senda a unos veinte metros de la cabalgata, y el animal de Raimundo corcoveó.

—¡Era una boa nueva! —exclamó Guillermo, cogiendo el caballo de Raimundo por las bridas, y dándole un fuerte tirón para calmarlo.

A lo lejos, del primer campo de azúcar surgió un vocerío. Varios hombres insultaban a alguien. Guillermo espoleó su caballo y partió al galope, seguido por Raimundo y los peones. En un ensanchamiento del camino cinco hombres con los torsos desnudos sacudían a un muchachón de aspecto bobo, por cuyas narices chatas surgía un hilo de sangre.

—¿Quién es éste? —preguntó Guillermo con su voz estentórea. Su ceño contraído le confería una particular peligrosidad.

—Lo encontramos merodeando por los contornos. Es pueblerino. Trató de llevarse un juego de machetes nuevos que dejamos entre esas matas.

El capataz bajó del caballo, y se acercó al prisionero, al que sus captores mantenían de rodillas.

—¿Así que robando machetes? ¿Para quién trabajas? ¿Por que tú debes ser el autor de todos los robos que se han hecho últimamente! ¿Sabes que le pusieron precio a tu cabeza?

Y como el otro nada replicara, Guillermo le propinó un violento puntapié bajo la barbilla. El golpe sonó como un disparo. El muchacho se levantó con el impacto, y cayó de espaldas. Los demás rieron. Raimundo miraba la escena, acariciando el cuello de su caballo. Entonces Guillermo alzó al muchacho por el pelo, sacó su cuchillo, y haciéndolo dar media vuelta hasta dejarlo de espaldas a él, le puso la hoja en el cuello.

—Y ahora, ¿me lo contarás todo?

Raimundo experimentó un sacudón interior. No separaba los ojos del rostro del muchacho, desfigurado por el terror, mientras el filo del cuchillo se apoyaba en su garganta morena.

—¡No sé nada, juro que no sé nada!

Insistió Guillermo en su pregunta, mientras con el brazo izquierdo apretaba a su víctima contra su cuerpo.

—¡Pero si nadie me mandó! Vine solo. ¡Nadie...!

Un estertor agónico interrumpió sus palabras. Manejado con mano firme por Guillermo, el cuchillo rebanó el cuello del prisionero. La sangre manó a borbotones, en medio de un ruido seco, espantoso, mientras la cara se contraía con un espasmo de mortal dolor. Guillermo soltó a su víctima que se fue de bruces al suelo. Los peones habían enmudecido. Guillermo, calmoso, el rostro cubierto de sudor, limpió la hoja ensangrentada en la camisa del muerto, y volvió a

montar en su cabalgadura. Raimundo no separaba sus ojos del cadáver. Aún no se desvanecían en el aire sus súplicas, ni la imagen de su cuerpo tenso, inmovilizado por el vigor del capataz. Ahora era sólo un hombre tendido en la tierra, como si durmiera, mientras la sangre se mezclaba con el polvo del camino.

Varias hormigas corrían en torno a su cabeza.

—¡Diganselo a todos para que escarmienten! No habrá piedad con los ladrones. Y a ése vayan a dejarlo al camino, para que no lo encuentren aquí en la hacienda.

Los peones rompieron su inmovilidad y se aproximaron al caído. Fue lo último que Raimundo vio al dar vuelta la cabeza. Muy ufano Guillermo espoleaba su caballo, respirando a pleno pulmón.

—¿Había visto morir alguien antes, Raimundito? ¿Se da cuenta lo fácil que es entregarla? Pasó al otro mundo en menos que canta un gallo. —Y añadió en un tono especial, endureciendo el tono—: ¡No le diga nada a su papá!

Raimundo lo miró despectivamente, muy pálido, y le contestó en voz alta, sin que sus palabras vacilaran:

—Apenas volvamos se lo contaré todo. ¡No te tengo miedo, mestizo hediondo! —Lo escupió en la cara—. ¡No me importa que hayas matado a ese ladrón! Pero se lo voy a contar todo a mi papá.

Sus ojos transparentes brillaban en medio del rostro contraído por la furia. Guillermo se demudó, y no volvió a despegar los labios por el resto de la mañana.

Pero al capataz nada le hicieron.

—Es muy bruto, lo sé —comentó don Raimundo, cuando el chico le relató lo ocurrido en presencia de su madre—. Pero es muy trabajador, y fiel como un perro. ¡No tendría con quien reemplazarlo! Además es bueno castigar ejemplarmente a los ladrones. ¡Han perdido todo respeto!

—Pero no me parece bien que haya degollado a ese tipo delante del niño, Raimundo —dijo Raquel.

—¿Y qué importa? —Don Raimundo se encogió de hombros—. Está bueno que Raimundo sepa que no todo es azucar en la vida.

Raimundo conocía la violencia: varias veces vio a su padre, hombre robusto, ágil e irascible, propinarle feroces palizas a los que osaban insolentarse. Una vez agarró a un indio a rebencazo limpio y le hizo caer y morder el polvo; firme en su caballo, esperó a que se incorporara para seguir flagelándolo.

Al escuchar esa tarde el incidente, Zulema le dijo con una entonación especial, los ojos pequeños fijos en el vacío:

—No debes temer a la muerte. ¡Has nacido para enfrentarla!

No agregó nada más.

Tres días después iba a la pieza de Zulema a gozar de las horas vespertinas, y encontró a la vieja india aguardándolo en el corredor.

—Tina no vendrá más. La Nati algo sospecha. La otra tarde despertó antes, y vio a Tina que venía de este lado. Vuelve más rato. No es bueno que te vean aquí a estas horas.

Aunque Nati debió apremiarla, Tina nada confesó. Pero al poco tiempo la cocinera despachó a su hija al pueblo de Aricocha, donde unos familiares, pretextando que Tina debía aprender a leer y escribir. Tres meses después Zulema también resolvió partir. Se sentía vieja y cansada y quería pasar sus últimos años en su tribu.

—Cuando cumplas quince años anda a verme —le dijo a Raimundo la tarde anterior a su partida, en el rincón del corredor. Los murciélagos subían, bajaban, hacían bruscos quiebres en su vuelo contra el cielo negro, emitiendo cortos chillidos—. Entonces te haré la segunda revelación: te llevaré

a la Casa de la Luz, y tendrás la protección de los espíritus del monte mientras vivas. No es fácil llegar hasta allá. Pero Beto conoce a un indio que trabaja en la hacienda y él puede guiarte hasta mi tribu. Te esperaré.

Raimundo le prometió formalmente acudir. Algo le advertía que debía acatar las palabras de Zulema. Pero, ¿podría esperarlo la india con todo lo vieja que era?

Tiempo después de su partida, Raimundo escuchó en el patio que Nati decía, seguramente para que él escuchara:

—¡Menos mal que se fue esa vieja bruja! Ojalá se muera. Ella hechizó a mi Tina.

Sus ojos se clavaron por un instante en Raimundo, antes de volver a su tarea de barrer el patio.

5

EL VIEJO TAXI SURGIÓ desde una calle lateral y, enfilando por la Avenida del Libertador, se plegó con una velocidad moderada a la multitud de vehículos. Disminuyó la marcha al llegar a una esquina, detrás de un bus que recogía pasajeros. Uno de éstos se dirigió al taxi, y el mismo chófer se encargó de abrirle la portezuela posterior. Dos cuadras más allá repitió la maniobra, y otro hombre se instaló junto al primero. Hizo lo mismo con una tercera persona, no lejos del Palacio de los Presidentes, y en seguida viró por una calle lateral, estrecha, y con una celeridad mayor recorrió varias cuadras en dirección al Norte. Su rumbo se convirtió luego en un zigzaguar por un verdadero laberinto de callejuelas bordeadas de viejas casas y chozas, alternadas con grandes bodegas. Por último un portón abierto de par en par le dio acceso a un gran patio con un galpón ruinoso, una camioneta de reparto, y restos de embalajes. Un chicuelo mestizo cerró las pesadas jambas, y el taxi se detuvo para que sus ocupantes descendiesen. Después abandonó el lugar por una puerta más estrecha.

Los tres hombres penetraron en el galpón, a una calurosa penumbra cruzada por los rayos del sol que los resquicios del techo moldeaban en láminas quemantes, y se dirigieron a una especie de casamata levantada en un rincón, abriéndose camino entre sacos, cajones y jabas, la mayoría desocupados. Un olor acre, a frutas podridas, impregnaba el recinto, pero los hombres, que caminaban conversando en voz queda, parecían ignorarlo. Golpearon la puerta de la casamata y ésta se abrió. Al entrar los tres hombres, la hoja fue cerrada a sus espaldas, y los dos vigilantes del cuartucho los identificaron con una linterna.

—¿Están todos?

—Sí, señor. El último llegó hace unos diez minutos —informó uno de los guardias.

Bajaron por una escalera de ladrillos que se hundía en el suelo alumbrados desde arriba por los vigilantes. Los escalones remataban en una puerta que, el ser golpeada, fue abierta desde el interior. Unas treinta personas, en su mayoría blancos y mestizos, y tres indígenas, esperaban sentados en banquetas colocadas unas tras la otra. La sala larga, angosta, alumbrada por algunas ampolletas colgadas de los muros, recibía su ventilación a través de unos ventanucos alineados en su única pared de madera. Detrás de ésta se extendía una amplia bodega, desocupada por entonces, y que con la primera habitación servían para las reuniones clandestinas del Grupo de Liberación Nacional.

A excepción de los nativos, los que allí aguardaban eran los dirigentes sectoriales encargados de las acciones en terreno del movimiento revolucionario. Los recién llegados, a su vez —Reinaldo Montalva, Roberto Santelices y Felipe Contardo— representaban a la Directiva Nacional del Grupo, y tomaron asiento detrás de una mesa rústica, quedando Montalva al centro.

—Nuestros once compañeros, capturados la semana pasa-

da, fueron ejecutados hace tres días —informó Montalva, hombre de cincuenta años, sin preámbulos. Murmullos de impotente furor estallaron entre la concurrencia—. Aparentemente algo obtuvieron de ellos, porque se han hecho algunas detenciones. ¿Alguno de ustedes ha sido molestado?

La mayoría no había tenido problemas, pero dos o tres dieron cuenta de ciertas situaciones sospechosas, como la presencia de desconocidos cerca de sus casas, o de que los seguían, aunque todo muy vago como para alarmarse. Por precaución resolvieron abandonar momentáneamente sus alojamientos.

—¡Me parece muy bien! Todas las precauciones son pocas en estos momentos. Escuchamos tus informes, Roberto.

Reinaldo Montalva se volvió al hombre de su izquierda.

—Todo marcha bien. La mayoría de los generales y coroneles del ejército y la aviación están con nosotros. Aquí tengo la nómina completa. —Sacó un papel y leyó los nombres y grados de los oficiales comprometidos secretamente con el movimiento. Y añadió—: Ciertamente, debemos contar con los que se retaquen a última hora. Pero pienso que podemos ser optimistas.

Se suscitó una breve discusión, porque alguien sostuvo que los militares eran unos oportunistas. Solamente podía contarse con su respaldo en el caso de garantizarles el éxito. ¡Cosa imposible para el Grupo de Liberación Nacional! Además vivían en un santo temor al Supremo. ¿Podía confiarse en ellos realmente?

—¡Es el riesgo que debemos correr! —puntualizó Reinaldo, imponiendo silencio—. Lo importante es que, por primera vez en la historia del Grupo de Liberación Nacional, contamos con el compromiso formal de una mayoría de altos oficiales. ¡Hay un gran descontento entre ellos, y todos lo sabemos! Es cierto que son oportunistas, y por eso tengo

confianza: no quieren desembarcarse a última hora de un gobierno que se hunde. ¡No lo olviden!

—Aún más —agregó Roberto—: Tenemos la promesa indirecta aunque concreta, del comandante en jefe del ejército, y la aquiescencia del de la Fuerza Aérea.

—Personalmente confío tanto o más en la aquiescencia de Fernando Oporto y Álvarez, que en el compromiso de Raúl Valdés Téllez —expresó Reinaldo, con optimismo—. ¡Nunca antes habíamos estado tan bien!

—O sea, si las cosas siguen así, los días del Supremo estarían contados —comentó uno de los dirigentes sectoriales.

—¡Es lo que yo creo! —exclamó Reinaldo—. Dentro de diez días, a contar de hoy, miércoles 18 de noviembre, la República de Los Andes habrá recuperado su libertad. ¡Y ese día será uno de los más gloriosos de nuestra historia!

—¡Ese hombre es el diablo en persona! —La voz de uno de los nativos resonó como un conjuro en medio del silencio que siguió a la optimista conclusión de Reinaldo—. ¡Adivina las cosas! Aunque ustedes se burlen, el Supremo es hijo del Mal.

La quietud plúmbea, sofocante del recinto, pareció impregnarse con el sentido premonitorio de las palabras del indígena. Bajo la luz de una de las ampolletas, una araña de largas patas trepaba lentamente por la división de madera.

—¡Por favor! —Felipe Contardo, sentado a la derecha de Reinaldo, y hasta entonces callado, hizo escuchar su voz cortante, dura—. ¡Ese halo mágico de que han rodeado al Supremo es nuestro principal enemigo! Divulgarlo o creer en él, es apoyarlo en el fondo y en la forma. ¡Nuestro pueblo es demasiado supersticioso, y estas cosas las cree a pie juntilla! Como lo hemos dicho en tantas oportunidades, una de las tareas específicas de nuestros aliados indígenas es la de desmitificar la imagen del Supremo entre sus hermanos de raza. ¡Es una acción muy importante! No olviden que ahora

contaremos con el apoyo de las fuerzas armadas. ¡Veremos qué hace la magia del Supremo contra los cañones y metralletas!

Pero esta arenga no consiguió despejar la atmósfera agorera creada por las expresiones del nativo, que permanecía encogido en la banquetta, entre los otros dos indígenas.

—Además que está tan manoseado eso de que el Supremo es hijo del Mal —añadió Reinaldo, en un tono despectivo—. ¡No es algo novedoso!

—Es que yo conozco a un indio de la misma tribu de Zuléma, la vieja bruja que crió al Supremo desde niño —dijo el indio temeroso, bajando la vista para eludir la mirada de los tres de la mesa.

—¡Perdóneme, don Reinaldo! —intervino un individuo largo, de cara curiosamente chata, y desdentado, lo cual otorgaba un acento raro a sus palabras—. Quiero presentarles a nuestro amigo Agustín Vincumarú, que viene llegando de Aricocha. Lo estábamos dejando para el segundo punto de nuestra tabla. ¡Pero en vista de las circunstancias...! Agustín puede sernos de gran utilidad, porque conoce muy bien la zona del Supremo. Y por eso lo trajimos. ¡Porque todos sabemos que al Supremo se la ganaremos en las grandes ciudades, pero no en las zonas rurales!

—¿Y qué importa que sea fuerte en el campo? —Reinaldo acentuó su tono peyorativo, viendo que la concurrencia, como de costumbre, no disimulaba su curiosidad morbosa por todo cuanto se refería a los contornos mágicos del Supremo—. Afortunadamente el ochenta por ciento de las fuerzas reales de la población se encuentran en Bolívar, Vilcayali e Itakí. ¡Y ellas darán la batalla y la ganarán!

El ambiente se caldeó aún más con esta afirmación. Algunos de los dirigentes, de origen campesino, la tacharon de discriminatoria. Surgieron contraargumentos, vituperios contra la gente de la ciudad. Una gran parte de la población

urbana era de reciente extracción campesina. ¿Y por qué llegó a las ciudades? Simplemente encandilada por las palabras engañosas de los agitadores políticos, etc. Por último alguien aludió al principio marxista de desenmascarar los mitos burgueses. ¿Cómo se iba a lograr ese objetivo cuando no se escuchaba a la gente que los conocía?

El argumento dio en el blanco, es decir, en Felipe Contardo, representante del comunismo andino, el mismo que enrostrara al nativo por citar los poderes mágicos del Supremo.

—¡Por favor, un minuto de silencio! —exclamó Felipe, poniéndose de pie—. Quiero contestar esa observación de nuestro camarada. ¡Es cierto! No sólo debemos desmitificar todo lo burgués, sino además desprestigiarlo, ¿entienden? ¡Pero cada vez que se habla de la supuesta magia del Supremo el prestigio de ese hijo de puta aumenta! Porque se le confieren a esas pretendidas condiciones la categoría de dogmas de fe, no discutibles. Y eso es todo lo contrario a desmitificar, ¿no es así?

—¡Estoy de acuerdo con usted, camarada Contardo! —dijo el mismo hombre que defendiera al nativo, con su pronunciación casi ininteligible—. Pero si queremos desprestigiar algo debemos conocerlo primero, ¿o no? Cuando nos limitamos a reírnos de las creencias del pueblo, sin demostrar por qué son dignas de risa, no avanzamos nada.

—¡Es bastante razonable su argumento! —terció Reinaldo, en un tono conciliador—. Pero, ¿no creen ustedes que es un poco tarde para preocuparnos de esos detalles?

—¡En ningún caso, don Reinaldo! —dijo el de la cara encogida, con gran vehemencia—. Quizá todos nuestros fracasos anteriores se han debido precisamente al no tratar de ahondar lo que podríamos llamar el fenómeno Supremo. En nuestra historia no hay antecedentes de gobernantes mágicos, excepto cuando solamente los compatriotas de

Agustín vivían en nuestro país. ¡Aquí no hemos tenido ningún Papá Doc! El Supremo vendría a ser el primero...

—Y nuestro amigo de Aricocha, ¿aportará algún antecedente valioso sobre este asunto? —indagó Montalva, escéptico—. El tiempo es escaso, ¿qué piensan los demás?

Unos porque así lo creían, otros molestos por la actitud despectiva de la mesa, y otros porque se sentían directamente aludidos, hubo unanimidad para escuchar al hombre de Aricocha.

—Es como para pensar que el Supremo se nos ha infiltrado —murmuró entre dientes Reinaldo—. Pero no nos queda otra alternativa. ¡Corremos peligro de malograr la reunión! —Y en voz alta—: ¡Está bien! Lo escuchamos, compañero. Lo único que le pedimos es que sea lo más breve posible.

En un tono vacilante, y afrontando algunas interrupciones con gran entereza, el aricochano pudo hacer su relación.

Felicia, una indiecita huérfana, de catorce años, vivía con Dionisia, hermana de su madre, gran amiga a su vez de Nestoria, la bruja más temida de la tribu. Felicia se crió prácticamente junto a Nestoria, que carecía de hijos y parientes cercanos. Salían juntas a la selva durante tardes enteras, a recoger hierbas, según la vieja, que luego utilizaba en sus encantamientos.

Cuando Nestoria y Felicia se ausentaron por tres días, muchos preguntaron a Dionisia dónde habían ido. La mujer se encogió de hombros: Nestoria se empeñaba en iniciar a Felicia en sus grandes conocimientos, explicó brevemente. Dionisia tenía siete hijos, y mientras menos se apareciera Felicia por su choza, tanto mejor. Como todos temían a Nestoria, nadie se atrevió a insistir. Muchos creían que las dos mujeres se habían dirigido a la montaña, lugar escogido por Nestoria para comunicarse con los malos espíritus.

Al regresar, Felicia se veía pálida, estragada, descompuesta. Nestoria se preocupó de mantenerla separada de los demás: sólo a Dionisia le permitía visitarla. Por ese tiempo se hallaba de paso por la tribu Zulema, que se había marchado a los quince años, huyendo de los malos tratos de su padrastro. A la muerte de su madre regresó a su pueblo, y reanudó su antigua amistad con Nestoria, que la conocía de niña. Tres meses después del viaje de Nestoria y Felicia al monte, Zulema resolvió bruscamente regresar a la hacienda donde trabajaba como doméstica llevándose a Felicia consigo.

Entonces se desataron los rumores: Felicia estaba embarazada y Zulema se la llevaba lejos para evitarle molestias a Nestoria. Pero, ¿de quién era el hijo que esperaba Felicia? Tanto Nestoria como Dionisia negaron terminantemente el embarazo de la muchacha. Dionisia agregó que había permitido marcharse a su sobrina porque junto a los blancos mejoraría de condición y aprendería a leer y escribir. Pero muchos se enteraron de los síntomas sufridos por la joven; allí, donde se vivía en una verdadera promiscuidad, era difícil mantener en secreto tales cosas, a pesar del temor inspirado por Nestoria, y de que no dejaba un momento a solas a su pupila.

El amigo de Agustín había conocido posteriormente algunos detalles del destino corrido por Felicia: Zulema no se la llevó a Santa Trinidad. La dejó con unos familiares en Aricocha, hasta el día del alumbramiento. Felicia murió durante el parto, y Zulema se hizo cargo de la criatura. Entonces fraguó la idea de dejarla en las puertas de Santa Trinidad, para ver si sus patrones se interesaban por adoptarla. La belleza del recién nacido tentó a don Raimundo Ruiz y Amenábar, que por entonces carecía de hijos. Y adoptó al chico abandonado.

Pero subsistía el enigma, ¿de quién era el hijo de Felicia?

Hasta el día de su muerte Nestoria guardó celosamente el secreto. Pero Dionisia, en los últimos momentos de su larga enfermedad, confirmó las especulaciones: Felicia había regresado encinta de su viaje a la montaña con Nestoria. Sin embargo desconocía al padre. Y tampoco Nestoria quiso nunca confesárselo. Otra persona se enteró posiblemente de esta parte del secreto: la vieja Zulema, que también había muerto once años antes.

Pero la gente de la tribu estaba segura de que el niño era hijo de esos espíritus malignos adorados por Nestoria.

Felipe demandó silencio cuando Agustín terminó su relato, y dijo, con gran mesura:

—Es una curiosa historia y que, sin duda, aporta algunos antecedentes. Esa tribu, ¿queda cerca de la Plaza del Buitre?

—A los pies del Mirador del Indio, señor. Mi amigo me contaba que los brujos de su tribu conocían unos pasajes ocultos en la selva por donde se puede llegar muy cerca de la Plaza del Buitre, a un lugar que los hechiceros llaman la Morada del Espíritu de la Montaña.

—Bien: su historia sin embargo deja puntos sin aclarar —prosiguió Felipe, calmoso—. Por mucho respeto que me inspire la señora Nestoria, es perfectamente posible que esa niña Felicia haya sido violada durante su viaje a través de la selva. Por otros indígenas, por blancos o bandoleros, simplemente. Para mí la palabra de un brujo no es dogma de fe, como tampoco lo es la de los sacerdotes de ninguna religión. Nestoria jamás habría reconocido que su discípula había sido violada, porque estaba su prestigio de por medio. ¡Por eso inventó la historia del «Espíritu de la Montaña»! Eso me recuerda el mito del Espíritu Santo de los católicos. Todas estas historias tienen orígenes semejantes, como ustedes ven. ¡Siempre se buscan las explicaciones más retorcidas

para explicar el nacimiento de los llamados Elegidos! Encuentro que su historia aporta cosas que yo al menos no conocía sobre Ruiz. Pero a mi modesto entender no demuestra ni mucho menos su origen sobrenatural.

Murmullos aprobatorios.

—Por otra parte —agregó Reinaldo—, tampoco le consta a nadie que el hijo de Felicia sea el mismo que apareció en Santa Trinidad. ¡Excepto lo que dijo Zulema! Todo pudo ser fraguado por Zulema para darle un buen hogar a un niño cualquiera. Y nada más. Creo que esto ha sido interesante, y estoy seguro que contribuirá a despejar algunas dudas. Quiero entregarles ahora una hoja con sus instrucciones para los próximos tres días. Cualquier cambio se les notificará, como de costumbre. Les ruego leerlas, preguntar sobre cualquier duda, memorizarlo todo, y luego quemar el papel.

Concluida la reunión, todos fueron abandonando la sala. Al salir echaban el papel arrugado en una fuente de barro colocada junto a la puerta. Cuando se hubieron acumulado varias hojas, el propio Reinaldo les dio fuego. Y aunque el humo hacía escocer los ojos, los tres representantes de la Directiva Nacional, y dos jefes sectoriales que permanecieron junto a ellos, siguieron con la vista fija en la pequeña hoguera hasta la extinción de la última llamita.

Los cinco se quedaron solos, en medio de la atmósfera impregnada de humo azulado.

—Me parece que la reunión ha sido bastante positiva —dijo Reinaldo—. Estuviste muy bien al ridiculizar la historia del Supremo. ¡Estoy hasta la coronilla con esas boludeces! Creo que produjo un efecto saludable.

—Así pienso yo también —comentó uno de los jefes sectoriales—. Porque la desmitificación tendremos tiempo de hacerla cuando saquemos a nuestro amigo de su pedestal. ¿Qué han sabido de Adrián Koch?

—Recibimos noticias hace dos días, desde Aricocha —informó Felipe—. ¡Es un tipo extraordinario, un verdadero James Bond!

Koch había llegado con un disfraz de agustino hasta Aricocha. Allí se hizo pasar por un chófer que buscaba trabajo. Como dominaba el castellano no tardó en colocarse en la Compañía Epra, proveedora de carne, leche y verduras de la base norteamericana. De este modo hizo una primera visita inspectiva al lugar. No encontró allí aviones de guerra, como se suponía: solamente aparatos destinados a la aerofotogrametría, y cuatro helicópteros. No existía junto a la base científica una militar. De haberla, debía hallarse al interior de la selva. Pero los camiones llegaban hasta la base solamente. Cualquier otro campo aéreo tendría que ser abastecido desde ese lugar. Los norteamericanos poseían una flota de camiones, y los mismos helicópteros les habrían servido para la tarea.

La existencia de una base aérea militar oculta en la selva constituía un punto neurálgico para los conspiradores. Dadas las buenas relaciones entre el Supremo y la CIA, no podía descartarse el peligro de un sorpresivo apoyo de aviones poderosamente equipados, en condiciones de atacar en menos de media hora. Nada lograron averiguar los infiltrados en la Fuerza Aérea. Pero testimonios provenientes de indígenas que vivían en el interior de la jungla despertaron sospechas: no lejos de la frontera se divisaban de tarde en tarde aviones muy veloces, distintos a los utilizados por los norteamericanos en su base científica.

—En todo caso la misión de Koch está comenzando —comentó Roberto—. Veamos qué nos cuenta más adelante.

—¡No tiene mucho tiempo para hacer su trabajo! —Reinaldo parecía preocupado—. La policía secreta debe estar buscándolo por todas partes. Y en un lugar como Aricocha es difícil mantener el anonimato... En todo caso Koch es un

gran aporte del partido comunista a nuestra causa, Felipe. ¿Qué hay de la norteamericana?

—Ya tuvo su primera reunión con el Supremo en su volteadero de la Isla del Mono —informó Felipe.

—¿Son del partido los dos? —preguntó Roberto.

—Solamente compañeros de ruta. Douglas Unger siempre nos ha colaborado en otros países, en forma muy leal y eficaz. Es un poco timorato, eso sí, y le horroriza la idea de que lo vinculen con nosotros. Por eso siempre actúa en el mayor sigilo, y debemos tomar muchas precauciones para comunicarnos con él.

—¿Y ella? He oído decir que es muy hermosa —comentó Reinaldo.

—Colabora con su esposo. Pero tampoco es del partido. Y las mujeres bonitas son muy veleidosas, como ustedes saben. En todo caso Jack Wiley pisó el palito y le sugirió al Supremo que recibiera a Unger y su esposa. ¡Ese cabrón se preocupa especialmente de conseguirle culos al Supremo! Según los informes de la gringa, el Supremo algo huele. Dio a entender que las cosas se estaban complicando bastante. Y que no conseguía descubrir el nudo de la trama...

—¡Es una valiosa información! Supongo que la gringa sabrá hacer bien las cosas para no delatarse.

—Perfectamente. Trabajó para el servicio secreto norteamericano hace algunos años.

—¿En la CIA? ¿No la habrá conocido ahí Wiley?

—No creo. Sólo hizo algunos trabajos ocasionales, especialmente en Latinoamérica. Y con su nombre de soltera, por otra parte. Lo importante es esto: el Supremo sigue confiando en sus colaboradores inmediatos. Si está inquieto es porque algo intuye. O sea, oye repicar las campanas, pero no sabe dónde.

—¡Me parece tan difícil pillarlo desprevenido! —comentó uno de los jefes sectoriales.

—Todos los hombres, aún los mejor dotados, tienen sus momentos de ceguera. —La confianza impregnaba las palabras de Reinaldo—. Aunque un tirano llegue a manejar todos los hilos de la máquina represiva, los perseguidos también aprenden a moverse con una cierta facilidad. ¡Terminan conociéndole todas las mañas al enemigo! Ustedes han notado que en los últimos años la policía política ha tenido dificultades para seguirnos el rastro. Y las detenciones han sido relativamente escasas. El desastre de Valverde no fue de nuestra responsabilidad.

—Pero le costó muy caro a nuestro movimiento —suspiró Felipe.

—¿Y cómo se comportan nuestros amigos chilenos? ¿Se han tranquilizado?

—Después del incidente de Oribamba se han puesto más cuerdos —dijo Felipe—. ¡Son elementos muy valiosos! No hay que olvidar que gracias a un chileno entramos en contacto con el general Valdés Téllez.

El arquitecto Arturo Baraona, exiliado político chileno, que hacía clases en la Universidad de Bolívar, tuvo como alumno a un hijo del general Valdés. Cuando el militar resolvió hacer una ampliación de su casa, su hijo le recomendó a Baraona. El arquitecto trabó amistad con el comandante en jefe del ejército andino, y sirvió de puente entre el ambicioso militar y los revolucionarios.

Pero así como Baraona había cumplido una valiosa misión, otros chilenos exaltados solían cometer serios desmanes. Y como generalmente se les vinculaba a los movimientos de izquierda, sus actos podían acarrear consecuencias negativas para el movimiento de liberación.

De ahí nacían los temores de Reinaldo.

6

LOS PADRES DE CLARISA poseían una extensa propiedad en el sector oeste de Bolívar, en los faldeos andinos. Allí había nacido ella y sus tres hermanos, todos hombres, menores que Clarisa. Era metropolitana ciento por ciento. Su tía Isabel, en cambio, esposa del Supremo y hermana de la madre de Clarisa, nació en París, donde su padre se desempeñara como embajador durante el gobierno de Pascual Jiménez, el penúltimo presidente democrático del país.

Pero Clarisa sólo hablaba ocasionalmente de su tía. Valerio llegó a pensar que no le tenía un particular afecto, y de ahí tal vez su reserva. Pero se equivocó: la piedra de tope la constituía el marido, don Raimundo Ruiz y Pastene. Y Valerio, curioso por conocer todo cuanto atañía al gran hombre, prefirió eludir el tema cuando descubrió la resistencia de Clarisa.

Sus primeros encuentros con la mujer transcurrieron en medio de una cierta formalidad no prevista el día en que la conociera: en esa ocasión Clarisa exhibió una personalidad

abierta, fácil, comunicativa. Pero cuando resolvió llamarla a la Presidencia, la voz de la viuda se le antojó cautelosa, y aunque de inmediato la mujer lo reconoció, su acogida le hizo pensar en que había cometido un error al llamarla. Pero siguiendo su tradicional costumbre de no dejar nunca las cosas a medio camino, le dijo al azar:

—La llamé con la idea de verla, tal como conversamos ese día en la Presidencia.

—Me parece muy bien —replicó ella entonces, sin cambiar su tono opaco—. Si así lo desea puede pasar por mí esta tarde. O el día que usted me indique. Nos podemos ir juntos desde aquí.

A las seis de la tarde de ese día descendió por la escalera alfombrada de la Presidencia junto a Clarisa, precedidos y escoltados por los funcionarios que abandonaban las oficinas al finalizar la jornada. Aguardaron en la vereda ancha, frente a la puerta principal de la Casa de los Presidentes, fuertemente custodiada, que el automóvil de la mujer pasara a recogerlos. Bocanadas calientes alborotaban un rizo suelto de Clarisa, y golpeaban el rostro cubierto de una fina transpiración de Valerio. La viuda permanecía callada, pero el contacto directo había destruido en parte la imagen recelosa que Valerio captara por teléfono.

Sin duda Clarisa, criada en un medio timorato, dominado por los prejuicios sociales respecto a la relación hombre-mujer, consideraba de buen tono mantenerse distante de una persona a quien venía conociendo recién. Además —según le manifestó días después— odiaba hablar por teléfono: el hecho de no verle el rostro a su interlocutor la inhibía, no la dejaba ser ella misma, la hacía establecer una inmediata barrera.

El coche, conducido por un mestizo, siguió por la Avenida del Libertador en dirección al Sur, y después torció hacia el lago Melica. Tomó luego una calle que corría paralela-

mente a su ribera, dejando de por medio una fila de propiedades con extensos sitios, cuyos fondos remataban en las aguas turbias, pródigas en cañaverales. Allí se extendía el barrio más exclusivo de Bolívar: grandes residencias, rodeadas de parques y jardines bien tenidos, casi todas de antigua construcción, contrastaban con las viviendas monótonas aunque de pasable apariencia edificadas en la acera opuesta. Un portón de madera, con sus goznes empotrados en un muro de piedras desnudas, conducía a un amplio espacio con árboles que cabeceaban ceremoniosos bajo el viento. La casa, de estilo colonial, se erguía a pocos metros del lago. Era como llegar a otro país, por completo ajeno al que comenzaba a menos de una cuadra; allí las ráfagas refrescaban bajo las frondas del parque, de donde surgían rumores de insectos y gorjeos. También la voz gutural de la resaca alteraba la placidez con un pausado ritmo.

—La heredó mi marido de sus padres —informó Clarisa, mientras caminaban por el corredor con pilares hacia la puerta de ingreso.

—¡Es extraordinaria! No conocía ninguna casa de este barrio.

Atravesaron un patio empedrado, con naranjos, rosales y camelios, hasta el ala que enfrentaba el lago, también dotada de un corredor con columnas y una galería; allí el terreno bajaba con un desnivel suave hasta el agua, que cintilaba detrás de espesuras de cañas. El sol daba allí de frente, pero un corpulento ciprés interponía su frondoso follaje, dejando pasar solamente algunos rayos inocuos.

Clarisa no bebía alcohol, pero a Valerio le ofreció whisky. Mantuvo su actitud cauta, quedando la conversación a cargo de Valerio, pero tomaba la iniciativa para impedir que languidciera. Le confesó que alternaba con poca gente. Sus padres venían a Bolívar muy a lo lejos, pero Clarisa los visitaba todos los domingos y festivos. Sus otras relacio-

nes se reducían a sus parientes, tanto propios como de su marido.

Las aguas del lago comenzaron a engullir el sol, junto a la lejana Isla del Mono, visible como una oscura hinchazón en el horizonte. Valerio era la primera persona nueva que conocía en muchos años, porque a sus compañeros de trabajo sólo los trataba superficialmente y nunca después de las horas de oficina.

Cada vez que parecía a punto de entrar en un terreno confidencial se refrenaba. Pero Valerio no se esforzó por hacerla deponer su cautela. Saltaba de un asunto a otro. Por último abordó su tema favorito: la Plaza del Buitre y las Grutas Negras.

—El profesor Eliecer Rodríguez sabe mucho sobre esos lugares —dijo ella, animándose—. Es muy amigo de la casa y me conoce desde chica. Voy a invitarlo una de estas tardes y lo llamaré para que converse con él.

El chófer fue a dejarlo pasadas las nueve de la noche. Al despedirse, rompió un tanto su formalismo:

—¡Ya sabe dónde encontrarme! Es cuestión de que me llame, solamente.

Al conocerla, alentó la esperanza de avanzar con una cierta rapidez en su relación con la viuda. Pero Clarisa correspondía precisamente al esquema que sobre las mujeres de la clase alta andina se formara durante su estadía en Bolívar.

—Las mujeres andinas se cuidan mucho —le había señalado Ramón Gutiérrez, el cónsul chileno—. Imagínate la sociedad chilena hace unos cincuenta años o quizá más. ¡No faltan las que se ríen en las filas, por supuesto! Pero son pocas y se las señala con el dedo. Hasta las divorciadas se cuidan, aunque su sola condición las relega de inmediato a un grupo especial, que goza de poco prestigio.

La vida sentimental de Valerio en Bolívar se reducía a sus

aventurillas ocasionales con las mujeres del medio donde se movía, particularmente la radio y la prensa. Nada estable; la mujer andina, cualquiera fuese su condición, buscaba el matrimonio o, al menos, una convivencia. Y Valerio, luego de su experiencia matrimonial, deseaba vivir libremente algunos años, sin sujetarse a las exigencias de otra persona, por mínimas que éstas fuesen. Tampoco se había topado con una mujer que valiese la pena hacerlo renunciar a su decisión.

A pesar de su cautelosa actitud, Clarisa no dejaba de atraerlo. Detrás de su hermetismo se ocultaba un mundo que parecía interesante develar. Pero la idea de efectuar un largo trabajo para destruir esas barreras, con los riesgos que para su propia libertad implicaba la tarea, no le entusiasmaba. Resolvió mantenerse a la expectativa. Esperaría que Clarisa lo llamase para presentarle al profesor Eliecer Rodríguez, que servía la cátedra de Historia Natural y Arqueología en la Universidad de Bolívar.

Su existencia transcurría sin grandes alternativas. Por las mañanas preparaba el libreto de su diario programa radial, y escribía una columna tres veces por semana para *El Mensajero*, el gran diario independiente de Bolívar. Su especialidad era la política internacional. También se ocupaba de sus corresponsalias. Almorzaba en el centro, en un café frecuentado por periodistas, intelectuales y gente de la bohemia, y en las tardes se recluía en su departamento para sortear el calor. Dormía la siesta, leía y juntaba material para la jornada siguiente. Al esconderse el sol partía de nuevo al centro, recorriendo a pie las seis cuadras que lo separaban del Club de la Prensa. Allí bebía, conversaba o ponía oído atento a los rumores políticos, aunque sin opinar, hasta la hora de la comida. Solían organizarse panoramas para la noche, como salir a comer en grupo, o alguien invitaba a su casa para tomarse un trago, sesiones que generalmente se prolongaban hasta la madrugada. O volvía temprano a su

departamento, cocinaba, escuchaba las noticias transmitidas por el único canal de televisión, de propiedad del Estado, leía y se acostaba. También solía llegar acompañado de algún amigo, entre los que se contaban dos o tres chilenos, o de una de sus ocasionales amantes, casi siempre compatriotas que vivían en Bolívar como asiladas políticas. O que llegaron a Los Andes durante el gobierno de la Unidad Popular, y se quedaron trabajando como modistas, dueñas de tiendas, peluqueras, o funcionarias internacionales o de organismos de gobierno, en cargos obtenidos por mediación de altos personeros o por influencias políticas, comúnmente de izquierda. Aunque esta faceta de su vida transcurría en medio de una gran discreción, muchos conocían sus amistades, entre otros el propio Ramón Gutiérrez, con quien se había topado en más de una ocasión en los restaurantes céntricos.

—Esa amiga tuya de anoche es muy rogelia —le dijo en una ocasión el cónsul—. La embajada me proporcionó informes bastante comprometedores. ¡No vayas a meterte en un lío!

—Mis relaciones con las mujeres nunca abarcan el terreno político, amigo cónsul. Cuando noto alguna intención concientizadora les sigo la corriente un rato para ver si las desvío a los temas de mi interés. Y en caso contrario, me corro simplemente. Las chilenas son las que están más al alcance de uno, aparte de que son las mejores. De las andinas, ni hablar. ¡El círculo es bastante restringido!

Grababa su programa radial invariablemente al mediodía, tarea que le ocupaba una hora, a pesar de que el tiempo en el aire nunca sobrepasaba los diez minutos. Pero la desorganización de la emisora y la impuntualidad del personal de la radio, comenzando por sus directivos, le hacían perder siempre entre cuarenta a cincuenta minutos, y a veces sobre una hora. Su artículo para *El Mensajero* iba a dejarlo tam-

bién por las mañanas, a eso de las once, y aunque sólo debía cumplir con la tarea de entregárselo materialmente al subdirector, Faustino Centeno, un mestizo, siempre se quedaba por lo menos media hora charlando con el hombre rechoncho, de pelo erizado y enormes dientes amarillentos, cuya voz profunda arrancaba raras resonancias de todos los rincones. Centeno intentaba tirarle la lengua sobre la política interna chilena, o de hacerle opinar sobre la situación andina, temas que Ramírez eludía diestramente: nadie lo sacaba del terreno internacional. Y aunque allí Chile tenía cabida, sus comentarios jamás se apartaban de una estricta objetividad.

Tres días después de su visita, Clarisa lo llamó a la radio, porque en su departamento aún carecía de teléfono, a pesar de haberse inscrito un año atrás. Pero la emisora era un buen sitio para recibir llamados en vista de su forzada permanencia diaria para la grabación. Lo invitó a comer para el día siguiente: iría el profesor Eliecer Rodríguez. Se sintió satisfecho; ella había roto el silencio, tal como se lo propusiera, y antes del plazo esperado.

Lo recibió una Clarisa más animada, comunicativa y cordial. Su falda floreada y la blusa blanca de encajes le daban la apariencia de una muchacha dieciochera. Y debía bordear los veinticinco años, según calculaba Valerio. Nubes negras, ondeando suavemente en medio de un calor sofocante, anunciaban un chubasco tropical. Se instalaron en la galería, frente al lago. Sobre la mesa brillaba un servicio de té, tostadas y galletas.

—El profesor Rodríguez es de una terrible sobriedad: jamás prueba el trago.

—Es como usted, entonces.

—A veces tomo. En ciertas ocasiones especiales. El al-

cohol me pone demasiado comunicativa, me desinhibe en exceso.

—¿Y le parece mal?

—Sí y no. Depende. A propósito: en la mañana me encontré con el señor Alarcón. Anduvo toda la semana pasada en una misión por el sur del país. Se acordó de usted, de que había quedado de llamarlo. Ardía de ganas de preguntarme si yo lo había visto, estoy segura. Pero no se atrevió.

—¿Usted sabe mantener a raya a los curiosos, por lo visto!

—comentó Valerio, risueño.

—Hay que ser así en Los Andes. Sé que en Chile la vida es más libre para la mujer. Pero aquí no es así.

—¿Usted nada le dijo?

—¡Por supuesto que no! Mi vida privada es mía solamente. Es raro que le dé acceso a alguien. —Lo miró con sus ojos oscuros, rasgados, donde brillaba una suave ternura—. Y menos al señor Alarcón.

—¿No le parece bien?

—Me es indiferente. Es ambicioso y se cuida mucho. Me da la impresión de que no tiene vida propia, que vive exclusivamente en función de su cargo.

—Sus funciones son delicadas, entiendo. Requieren de mucha prudencia y discreción.

—Por supuesto que sí. Es lo que me hace pensar que ha renunciado a su personalidad en beneficio de sus funciones.

—Es usted muy sagaz. ¡Y muy sicóloga!

La llegada del profesor Rodríguez coincidió con los primeros goterones del chubasco. De los alrededores, de los vidrios, el techo y los muros, llegó un trepidar sordo, que obligaba a subir la voz dentro de la galería. Los truenos, escasos, prolongados y lejanos. El brillo de los relámpagos cubría de una fosforescencia azulina, fantasmal, las aguas del lago.

La propia Clarisa, que Valerio sorprendió varias veces escudriñándolo, pero de inmediato desviaba la mirada, llevó la

conversación al tema de la Plaza del Buitre. Despacio para hablar, el lenguaje entrecortado, casi tartamudeante de Rodríguez, hacía difícil seguirlo. Pero al entusiasmarse con la materia su exposición adquirió coherencia. Había visitado la Plaza del Buitre y las Grutas Negras tres veces, dos acompañando a los rusos y una a los norteamericanos. Su última visita al lugar ocurrió cuatro años antes. Ahora se sentía viejo para intentar una nueva expedición. Y no porque fuese peligroso. Los aviones aterrizaban y despegaban con relativa facilidad. Sólo a lo lejos los vientos o algunas turbulencias entorpecían las maniobras. Rusos y norteamericanos compartían la teoría de que la construcción de la Plaza del Buitre obedeció a un desconocido propósito ritual. Una tradición de los indígenas de esa zona describía una antiquísima raza de hombres blancos que habría poblado *in illo tempore* los contornos del Mirador del Indio. A ella se atribuía la paternidad de esas monumentales obras. Que la Plaza del Buitre fuese un aeropuerto espacial, y las Grutas Negras, los refugios para esos hipotéticos viajeros, como algunos pretendían, el profesor Rodríguez lo rechazaba: tenía su propia hipótesis.

La intensidad del chubasco arreciaba; el paisaje había desaparecido tras una cortina de agua que ondeaba fantasmagórica bajo las luces lívidas de los relámpagos. Aún Clarisa no encendía la luz de la galería. Una agradable penumbra acentuaba los enigmas del tema. Los ojos de Clarisa lo miraban con una insistencia progresiva: sonreía levemente cuando Valerio la pillaba. Calvo en absoluto y lampiño además, el rostro redondo de Rodríguez recordaba al de un niño bruscamente envejecido. Detrás de las gafas de gruesos lentes, sus ojos se deformaban cuando movía la cabeza para enfatizar sus afirmaciones. Aceptaba cualquier interrupción o comentario, con mucha paciencia y una doctoral comprensión.

El símil de una pista aérea acudía de inmediato a los ojos del hombre actual al enfrentar la Plaza del Buitre. Nada más obvio, especialmente al contemplarla desde la altura. Pero ciertos detalles técnicos socavaban esta cómoda opinión. Fueron los rusos los primeros en descubrir que el lugar no constituía una pista óptima de aterrizaje. Repitió varias veces la expresión «pista óptima». Lo inaccesible del lugar para los pueblos primitivos circundantes pudo motivar su elección, sin duda. Pero como Valerio, el profesor opinaba que una máquina interplanetaria debía ser proyectada para aterrizar y despegar en y desde cualquier sitio. Porque para aeronaves convencionales la Plaza ofrecía inconvenientes: no era lógico que una avanzada civilización los hubiese ignorado.

Construida a los pies del Mirador del Indio, y embutida entre elevadas laderas, su emplazamiento facilitaba la generación de vientos que soplaban siempre en una misma dirección: hacia la montaña, porque las alturas favorecen las llamadas corrientes de convección, bautizadas con el nombre de *foen* por los alemanes. Junto a un cerro o un muro elevado —un rascacielos, por ejemplo— el aire cálido de abajo se enfría al subir, estableciéndose un flujo progresivo. Así ocurría en la Plaza del Buitre: los vientos soplaban con fuerza desde el acceso hacia la ladera del fondo. De este modo los aviones debían aterrizar siempre con viento de cola. Solamente la especial longitud de la Plaza restaba importancia a este inconveniente. A su vez las naves despegaban contra el viento, porque la mole del Mirador impedía hacerlo en sentido inverso.

Estos hechos sirvieron de base a la hipótesis del profesor Rodríguez. Hizo una pausa para beber un sorbo de té. Clarisa encendió una lámpara de pie que iluminó discretamente la habitación. Los relámpagos habían cesado, pero no así el aguacero. Clarisa tocó un timbre, y ordenó a la empleada que trajera whisky y hielo.

Para comprender los propósitos probables que inspiraron a los constructores de la Plaza, se requería conocer las características geológicas del lugar. La Plaza se extendía a lo largo de una fisura o precipicio, que alguna vez sirvió de desagüe para la lava del Mirador del Indio. También debió desempeñar las funciones de ventisquero. Aunque el volcán se había mantenido inactivo durante los últimos milenios, en épocas remotas asoló la región con sus erupciones, según las investigaciones practicadas por los científicos. Esto ocurrió por lo menos diez mil años atrás, o sea, coincidía con el término de la última edad glacial. Observaciones personales de Rodríguez, corroboradas por un geólogo soviético, permitían afirmar que el fondo del cauce quedaba por lo menos dos centenares de metros bajo el nivel de la pista. Es decir, sus constructores procedieron en primer término a rellenar este enorme hueco antes de colocar los bloques de piedra.

Pero, ¿y si la Plaza constituía el techo de un inmenso refugio en lugar de ser una inocente pista? Dicho escondite debía medir por lo menos unos trescientos metros de ancho por unos cien o doscientos de altura.

—¡Es una idea fabulosa! —La exclamación de Valerio surgió espontánea. Clarisa no le quitaba los ojos—. Pero, ¿para qué construir un refugio sin un acceso? ¿O usted piensa que ese refugio es accesible a través de las Grutas Negras?

—Es difícil. Los rusos y norteamericanos lo habrían encontrado. Pero si ese cauce sirvió de drenaje para las lavas del Mirador del Indio, tal vez exista una comunicación entre el extremo norte de la pista y el fondo del cráter.

—¡Es una idea realmente genial, profesor! Y resuelve casi todas las interrogantes. —En medio de su entusiasmo Valerio se puso de pie, y comenzó a pasearse por la galería. Clarisa lo miraba como diciéndole: «¿No le decía que valía la pena conocer al profesor?»—. Claro que esto hace doble-

mente fantástico el asunto. Porque se partiría de la base de que fue construida por seres de otros mundos. ¿Ha expuesto su teoría a otras personas?

—A los rusos y a los norteamericanos. No la tomaron muy en serio, a decir verdad. Ni siquiera los yanquis han hecho pruebas de rebote sobre la Plaza para comprobar si hay un hueco. Tampoco el problema les inquieta mucho. Por otra parte todas las expediciones han debido interrumpirse abruptamente, porque el tiempo allí es muy inestable. En un abrir y cerrar de ojos estallan espantosas tormentas. Los nativos atribuyen estas brucas tempestades a ciertos espíritus malévolos, que tienen su residencia en ese lugar y odian a los intrusos.

Cada vez la teoría del profesor le parecía más verosímil: un vasto refugio subterráneo comunicado con el fondo del cráter. Nada más seguro, aun en la actualidad: porque descender por la chimenea de un volcán debía constituir una empresa arriesgada. El profesor había sobrevolado el Mirador del Indio, y pudo ver que los muros cortados a pico del cráter se perdían en las profundidades. Por lo menos tres mil metros separaban el borde de la sima.

—Las estimaciones hechas por los geólogos consideran que el fondo del antiguo cauce debió desembocar a unos mil quinientos metros del fondo del cráter. Aún hoy existe espacio de sobra para que ese refugio siga prestando sus servicios.

—¡Por supuesto que sí! Y un escondite parece mucho más verosímil que una pista de aterrizaje. Un refugio de esas características, por supuesto, que es inaccesible para el hombre actual. Es tan seguro como el fondo de los océanos. Aparte de que se halla emplazado en un lugar tan remoto. ¡Claro que el techo del escondite es demasiado notorio!

—Es cierto —reconoció el profesor. La lluvia recrudecía

de pronto, impulsada ahora por algunas fuertes ráfagas—. Pero considerando que fue construido hace por lo menos unos cinco mil o más años, cuando únicamente pueblos primitivos existían en el mundo, el detalle carece de importancia. Recuerde que la Plaza del Buitre la descubrieron desde el aire. Antes sólo se tenían noticias de su existencia por las leyendas dispersas entre las tribus de la región... Es decir, ese refugio se mantuvo en secreto durante cincuenta siglos. ¡Raramente las obras humanas se proyectan para durar tanto tiempo!

—Hay un detalle, profesor, que no sé si usted lo ha considerado. —Valerio había vuelto a sentarse, y Clarisa le sirvió más whisky—. ¿No hay huellas de la existencia de ese refugio en el extremo sur de la pista? ¿Qué hay ahí?

—Hay rocas y tierra acumulada por antiguos rodados, naturales algunos y otros quizá artificiales. Cuando usted trepa por la ladera sur descubre que ese material rebasa y cubre incluso algunos metros del extremo de la pista; forma una especie de reborde, provocado por la acumulación de material suelto. Como si lo hubiesen hecho de adrede para despistar a cualquier observador sobre la posible existencia de un refugio subterráneo.

También los rusos y norteamericanos repararon en el detalle: los constructores de la pista se preocuparon muy poco de rematar ambos extremos de su obra. Porque las grandes losas se proyectaban por debajo del reborde sur, y también bajo el comienzo de la ladera del Mirador del Indio por el Norte, donde el terreno cobraba altura paulatinamente antes de convertirse en algo abrupto, vertical casi. Y cosa curiosa, también esa ladera se componía de material rodado, seguramente desprendido en tiempos remotos del costado sur del volcán, que alcanzó a cubrir una parte de la pista. Descartando la existencia del escondite subterráneo, el estado actual de los remates de la Plaza podía considerarse

natural, en vista del tiempo transcurrido. Pero también esta particularidad robustecía la teoría del profesor: tal vez los constructores de la Plaza dejaron las cosas así a fin de garantizar el ocultamiento de su verdadera obra.

—¡Las nueve de la noche ya! —exclamó el profesor, echándole un vistazo a su reloj—. ¡Cómo debes haberte aburrido, Clarisa! Tantas veces que me has escuchado hablar de lo mismo...

—¡No se preocupe, don Eliecer! —dijo Clarisa, riendo—. Yo creo que Valerio se ha interesado mucho por sus teorías, ¿no es así?

—¡Por supuesto que sí! Es el planteamiento más lógico que he escuchado. Solamente que...

—¿Solamente qué? —indagó el profesor, al verlo vacilar.

—Nada. Simplemente que su explicación hace aún más fantástica la historia de la Plaza del Buitre.

—¿Y qué importa? ¡Son tantas las cosas fantásticas que nos rodean! Vivimos en medio de misterios. Lo que pasa es que no nos resignamos a aceptarlo. El hombre sigue creyéndose capaz de explicárselo todo. Y no es así. Voy a agregar otro detalle: se dice que los chamanes de las tribus que viven cerca de la Plaza del Buitre conocen unos pasajes secretos para llegar a las proximidades de la Plaza, a un lugar que llaman la Morada del Espíritu de la Montaña. Y esta creencia se encuentra circunscrita solamente a los indígenas de los alrededores del Mirador del Indio. En ninguna otra parte he oído hablar de la Morada del Espíritu de la Montaña. Y la palabra *Morada*, ¿no le sugiere a usted algo cubierto, algo provisto de un techo o una cosa parecida, o una gran caverna, por ejemplo? Como usted ve son muchos los detalles que nos llevan a la existencia de ese refugio... Y su verdadera finalidad constituye otro enigma. ¡No creo que se limitase a servir de un aeródromo escondido!

7

—ZULEMA MANDA DECIR que la vaya a ver, niño Raimundo —dijo el indio Antonio, viejo, desdentado y con una mano paralítica, desde el borde del camino.

De los bananeros surgía la alegre algazara de los peones en medio de los machetazos y el ruido de las grandes hojas removidas. Raimundo, a caballo, acompañado por un mestizo joven, de ojos adormecidos, sacudió rápidamente la sorpresa que le produjera el mensaje del indígena.

—¿Zulema? ¿Está viva?

—Sí, está viva, y con buena salud.

—¿Cuándo la viste?

—Hace una semana estuve por allá. Y me pidió que le diera este recado.

Recién llegado a Santa Trinidad, después de permanecer cinco años en los Estados Unidos con sus padres, Raimundo comenzaba a aclimatarse a la hacienda donde transcurriera su niñez. Durante esos cinco años Raimundo sólo había sabido de Santa Trinidad a través de su padre, que

nunca dejó de vigilar sus negocios, propiedades e intereses desde Nueva York. Mientras su madre se sometía a un complicado tratamiento para curarse de una enfermedad a la piel, Raimundo prosiguió sus estudios secundarios en un colegio neoyorquino.

—¿Cómo se puede ir a la tribu de Zulema? Ella me dijo que Beto conocía a un indio que podía llevarme. Pero Beto murió el año pasado.

—Yo soy ese indio, niño Raimundo. Cuando usted me diga partimos para allá.

¿Cómo Zulema se había enterado tan rápidamente de su regreso? La interrogante intrigó a Raimundo cuando volvía a su casa bajo el sol del mediodía. Pero su padre debió avisar el próximo retorno de su familia, y alguien comunicó la noticia a Zulema. Las historias de la vieja india, y las horas vividas junto a Tina, pertenecían ahora a un pasado casi mágico, nebuloso. Pero lentamente, a medida que recordaba esa época de su niñez, la hacienda y sus diversos lugares, el rincón donde Zulema lo ayudara a iniciarse en el amor, las futuras revelaciones anunciadas por la india acudieron a su memoria. Y aunque al principio la noticia traída por Antonio únicamente lo desconcertara un tanto, pronto sintió renacer un secreto impulso, que progresivamente cobraba ímpetu, de acudir donde Zulema.

Los años pasados en el extranjero cambiaron su personalidad, pero no para hacerlo olvidar ciertas interrogantes que de pronto lo asaltaban. Como la historia de su origen, revelada por sus padres cuando tuvo la suficiente madurez para comprender. Pero siguió llamándolos «papá» y «mamá», porque así se lo pidió Raimundo. Era el hijo único de un primo de Raimundo Ruiz y Amenábar, muerto con su mujer en un accidente caminero por las cercanías de Itakí. Sus tíos —ahora sus padres— lo adoptaron cuando cumplía tres meses de vida. Raimundo y Raquel evitaban tocar el tema,

quizá para no herir su susceptibilidad. Pero a él no le incomodaban especialmente esos detalles: creció junto a quienes conocía como padres.

Sí: Zulema no se equivocaba. Raimundo intuía que su destino lo iba encauzando hacia algo definido, concreto, aunque enigmático. Pero ahora, a los quince años de edad, se daba cuenta cómo influía sobre la gente, que su presencia siempre causaba una inmediata reacción en los demás, que nunca pasaba inadvertido. Y también que le demandaba un esfuerzo mínimo despertar inquietud y hasta temor en sus interlocutores. Y explotaba conscientemente estas condiciones para conseguir sus fines. Ahora, después de recibir el recado de Zulema, comprendió bruscamente que la vieja india constituía la clave para la definición de su futuro.

Necesitaba acudir donde Zulema para escuchar la segunda revelación. Sus padres irían pasado mañana a Bolívar para regresar al cabo de una semana acompañados de amigos y parientes. Como antes, la hacienda volvería a llenarse de visitas durante la temporada veraniega. Aguardaría que los papás partiesen y, guiado por el instinto, resolvió mantener en secreto sus propósitos.

Aparte de Antonio, escogió a cuatro personas para que lo acompañasen. Emplazada en medio de la selva, no constituía un gran problema llegar a la tribu de Zulema para los conocedores de la región, como el propio Raimundo. Aunque no existiesen caminos, el tránsito de caballos, carretas y hasta camiones de las haciendas que algunos resueltos pioneros explotaban desafiando la naturaleza, habían originado huellas bastante precarias pero suficientes para afrontarlas cabalgando. En dos días llegarían a destino. Otros dos donde Zulema, y Raimundo estaría de regreso antes de la llegada de sus padres con las visitas.

A la hora de comida su padre dijo:
—La pandilla del mestizo Félix Pedraza anda haciendo de

las suyas por estos lados. Hizo dos asaltos últimamente y no dejó a nadie vivo. En la hacienda Corpus Christi, que no queda tan lejos de aquí, degolló a toda la familia Iracheta, esos españoles que llegaron hace diez años. ¡Pobres! Más les habría valido quedarse en España...

—Pero a la mayoría de los españoles les ha ido bien —comentó Raquel, mirando a Raimundo que comía calladamente. Una lámpara de hierro iluminaba el extenso comedor. El calor se batía en retirada: los grandes ventiladores del techo enviaban periódicas bocanadas de aire fresco al rostro de Raimundo, y perturbaban suavemente los rizos de su madre—. Que a los Iracheta los hayan asesinado es mala suerte, no más.

—Y como esos españoles son tan amarretes, seguramente no tenían el suficiente personal armado...

—Cuando sea presidente terminaré con todos los bandidos —dijo de pronto Raimundo, con seriedad.

Su padre echó a reír.

—¡Así me gusta, hijo! No hay que achicarse nunca. ¿Por qué no puedes llegar a presidente? Tendrás dinero y buenas relaciones. ¿Sabes? Es una gran idea. ¡No debes olvidarla!

—¡Claro que no la olvidaré! Y pelearé hasta que lo consiga. Verá usted papá: llegaré a ser presidente de Los Andes.

Su madre lo observaba con una cierta preocupación en su rostro ancho, pacífico, cuyos ojos negros, suaves, solían sonreír. Pero ahora también reflejaron una vaga inquietud.

—La política está llena de decepciones, Raimundo —dijo calmosa—. Y de cosas sucias. Hay que tener un carácter muy especial para imponerse entre esa gente.

—¡No le tengo miedo a la gente! Sé cómo tratarla —replicó Raimundo, con seguridad—. Todo es difícil en esta vida, mamá. ¡No veo por qué la política va a ser tan diferente! Es cuestión de prepararse, no más.

—Así opino yo también. —Raimundo contemplaba a su

hijo con admiración—. Todo es cuestión de saber afrontar las cosas. Tú sabrás mejor que nadie si sirves o no para la política. ¡Lo que es a mí no me gusta! Pero a lo mejor tú tienes condiciones. ¿Quién sabe? Debes aprender a hablar en público, eso sí. La oratoria es el arma del político. Aunque algunos se las han arreglado muy bien sin despegar los labios...

—Pasando a otra cosa, Raimundo —interrumpió Raquel, que no se interesaba particularmente por el tema—. Este niño va a quedarse solo aquí estos días. Vas a tener que cuidarte mucho, Raimundo, después de lo que dijo tu padre.

—Es cuestión de que no salgas sin hacerte acompañar por gente armada. Trata en lo posible de no alejarte mucho.

—¡Sé defenderme, papá! A mí no van a pillarme como a los Iracheta —afirmó Raimundo, brillantes sus ojos verdes. Raquel lo miró con la misma aprensión de la primera vez.

Su padre se lanzó en una verdadera disertación sobre los políticos que conociera y la situación actual del país, que se hundía en un período anárquico bajo la presidencia pusilánime de Andrés Flores y Rubio. Hombre mojigato, vivía rodeado de una corte de aduladores que le impedía enterarse de la realidad andina. Cualquiera día caería bajo un golpe militar, porque los civiles jamás lograron afincarse en el poder.

—Yo quiero ser militar, papá —dijo entonces Raimundo—. Creo que es necesario ser militar para meterse en política en Los Andes.

—¡Es una excelente idea! —exclamó el padre, sorprendido de nuevo por la ocurrencia de su hijo. La misma Raquel no pudo evitar una sonrisa ante el tono resuelto de Raimundo—. Me parece muy bien. Cuando termine el verano haremos las averiguaciones en la Escuela Militar. ¡Ya me habías

dicho una vez que querías ser militar! Veo que no dices las cosas porque sí. Eso está muy bien. ¡Siempre hay que mantener una sola línea en la vida! Así podrás llegar donde quieras.

La advertencia de su padre le hizo adoptar precauciones especiales. Sabía usar las armas de fuego. Escondió en su vientre, bajo la camisa suelta, una pistola Browning de ocho tiros, y el revólver lo dejó visiblemente en el cinturón, enfundado en la cartuchera. Los mayores peligros se presentarían durante la primera jornada. Luego la distancia a los centros poblados y la selva constituirían los mejores resguardos contra los bandoleros.

Partieron a las seis de la madrugada, cuando el sol aún no asomaba. Encabezaban la cabalgata Antonio con dos indios. Detrás de Raimundo iban dos mestizos jóvenes, uno recién llegado a la hacienda. Pero Ignacio, el capataz que reemplazara a Roberto cuando éste se retiró, lo había recomendado especialmente: Abelardo manejaba bien las armas y conocía la región. Avanzaban bajo un cielo bochornoso, inmersos en una atmósfera quieta, húmeda. Cruzaron dos villorrios, y arribaron al mediodía a una huella apenas delineada en la espesura de la jungla. Los guacamayos y cacatúas charlaban sin tomar aliento: sus voces estridentes herían de pronto los oídos. Los monos se columpiaban en bandadas entre los follajes, volando de una rama a otra en medio de agudos chillidos. Raimundo descubrió la silueta sinuosa, larga, de una serpiente arbórea, que se descolgaba entre las ramas.

Se detuvieron en un claro para comer. Al reiniciar la marcha, Raimundo presintió que los seguían. Adelante, Antonio y los indios cabalgaban conversando en voz baja, y atrás los mestizos permanecían callados. Raimundo dio vuelta a la cabeza. Notó que Abelardo miraba la espesura, a su izquierda. Siguiendo esa dirección, el muchacho divisó tras

unas lianas un sombrero blanco que se escondía. Miró de nuevo a Abelardo y el mestizo, al verse enfrentado por los ojos del niño, desvió la vista nervioso. Raimundo extrajo la pistola con disimulo, y la escondió junto a las bridas, sin detener la marcha del caballo.

Llegaron a un amplio calvero, que desembocaba en un arroyo de tranquilo cauce, bordeado de juncos. Una manada de pecaríes huyó gruñendo al aproximarse los viajeros. Hicieron un alto para que los caballos bebiesen. En medio de una creciente tensión, Raimundo escudriñaba de reojo los alrededores. No lo cogió desprevenido la súbita irrupción de varios jinetes que rápidamente los rodearon profiriendo gritos, insultos y amenazas. Antonio y los indios se quedaron paralogizados.

—¡Desmonten rápidos! —gritó el que hacía de jefe, un hombre de rostro redondo, labios gruesos y ojos pequeños y reidores. Usaba un bigote abundante, disparejo. Al reír exhibía el hueco dejado por sus incisivos.

A excepción de Abelardo y Raimundo, todos obedecieron. El joven mestizo espoleó su caballo y se plegó a los salteadores. El jefe lo recibió con una cariñosa palmada en el anca del animal. Pero Abelardo evitó mirar a Raimundo, cuya mano apretaba la culata de la Browning; el metal se fundía con su piel húmeda, comunicándole una sensación de seguridad.

—¿No escuchaste la orden de Félix Pedraza, pichón? —aulló el jefe—. ¿Tengo que repetírtela? ¡Bájate del caballo para hacerte la corbata!

La «corbata» consiste en abrir la garganta y extraer por allí la lengua, que queda colgando. Pedraza avanzó sonriendo hacia el muchacho. Los compañeros de Raimundo, ya en tierra, integraban un grupo aterrorizado junto a los bandidos. Algunos de éstos desenfundaron sus cuchillos. Los indios gemían de horror, porque adivinaban su destino: los

degollarían. Pero los salteadores aguardaban que su jefe diera la partida con el niño.

—¡Ya pichón, abajo! —rugió Pedraza, alargando una mano para coger a Raimundo—. Te haré la corbata y lo mismo le cobraré rescate a tu padre...

Raimundo levantó la pistola con un rápido movimiento. Disparó un solo tiro al rostro de Félix Pedraza, a menos de un metro de distancia. La cara ancha, sudorosa, desapareció en una explosión de sangre. El caballo del bandolero corcóveo. Partió al galope por la selva. El jinete comenzó a caer como un pesado monigote. Una rama de mangle contribuyó a acelerar el proceso. Pedraza quedó inmóvil entre unas cañas. La pistola disparó tres veces más. El animal de Raimundo también se encabritó. Pero el muchacho supo controlarlo. Un proyectil atravesó la cabeza del segundo de Pedraza, antes que lograra disparar contra el niño. Y el otro alcanzó a Abelardo detrás de la oreja. Raimundo espoleó el caballo. Atravesó veloz entre los bandoleros, que gritaban y disparaban atolondrados. Un cuarto tiro voló la cabeza de otro bandido. Antonio, los indios y el otro mestizo aprovecharon el tumulto para escabullirse hacia la jungla.

Raimundo cruzó el arroyo a galope tendido, y se perdió entre las espesuras de la margen opuesta. Varias balas pasaron silbando por su lado, arrancando crujidos de ramas rotas. Pero los bandidos, desmoralizados con la pérdida de sus jefes, no tardaron en abandonar la persecución. Raimundo frenó su cabalgadura para escuchar: ningún ruido llegó de sus espaldas. Se ocultó en un bosquecillo de alcorques, y aguardó: oyó a lo lejos que lo llamaban por su nombre. Pronto aparecían los integrantes de su cabalgata.

Cuando los bandidos partieron en pos de Raimundo, sus compañeros recuperaron los caballos y siguieron el curso

del arroyo durante un tramo para despistar a sus perseguidores.

—¿Cómo se atrevió a disparar sobre Félix Pedraza, Raimundito? —preguntó José Luis, uno de los nativos—. ¡Y sacó la pistola más rápido que Pedraza!

—No le tenía miedo a ese bandido. ¡A ningún bandido! —replicó Raimundo, despectivo—. Sabía que si lo mataba los otros se asustarían.

—Pedraza siempre decía que nadie podría matarlo —comentó el otro mestizo—. Siempre lo decía: no ha nacido el que me mate a mí. Y su gente se lo creía.

—Pero murió —dijo Raimundo, compenetrado del prestigio que había ganado entre sus compañeros—. Y lo mismo ese traidor de Abelardo. Él tuvo que avisarle a Pedraza a qué hora saldríamos de la hacienda.

No les contó que había sacado la pistola al divisar un sombrero escondiéndose tras unas lianas. Esa noche se alojaron en un caserío, ajeno a las incursiones de los bandoleros por hallarse sumergido en la selva. Al día siguiente cayó un chubasco, pero los grandes cauchos sirvieron de paraguas. Casi al ponerse el sol arribaron a la tribu de Zulema, emplazada no lejos de las primeras laderas andinas. A la derecha se erguía un monte alto, de cabeza trunca.

—Ése es el Mirador del Indio —explicó Antonio—. Ahí mora el Espíritu de la Montaña.

El terreno, ahora despejado, aunque cubierto de hierbas, descendía hasta un riachuelo pedregoso, en cuya ribera opuesta se alineaban los ranchos. Humaredas surgían de algunas viviendas.

—¿Ahí queda la Plaza del Buitre?

—Sí, niño Raimundo, ahí mismo. ¿Ve esa cuesta parada? —Antonio señaló una especie de paredón que emergía abrupto de la selva y remataba en la conjunción de dos empinadas laderas, a bastante altura. La proximidad del ma-

cizo montañoso llenó a Raimundo de premoniciones inquietantes—. Subiéndola se llega a la Plaza. Y allí está el Buitre, ¿lo ve?

Sobresaliendo de un reborde de la ladera derecha, asomaba una roca que parecía la cabeza inclinada de un ave vigilando el bajo. Los tonos rojizos del monte, cuyas anfractuosidades proyectaban quebradas sombras bajo el sol a punto de esconderse, revestían el panorama de una cierta irrealidad. Un chorro fresco de viento resbaló por el rostro húmedo de Raimundo; en el cielo, casi negro y sin nubes, una estrella comenzó a titilar junto a la cumbre del Mirador.

El mismo Antonio lo condujo hasta la choza de Zulema. Chicos semidesnudos y perros raquíticos, que ladraban débilmente, los escoltaron. Las gallinas picoteaban entre las viviendas, a cuyas puertas los indígenas se asomaban sin exteriorizar mucha curiosidad. Montículos de desperdicios, que jalonaban los angostos pasajes, desprendían de pronto fétidas emanaciones. Antonio se metió en la ruca, y volvió a los pocos segundos acompañado de una india de rostro avejentado, que miró curiosa a Raimundo.

—Mama Zulema lo espera, niño Raimundo —dijo entonces Antonio.

Una llama ardía sobre un plato de greda, despejando apenas las tinieblas interiores. La atmósfera densa, cálida, con un penetrante aroma a hierbas, dificultaba la respiración. Tosiendo, Raimundo distinguió a Zulema sentada sobre una especie de camastro. Se abrió paso entre vasijas de barro, pisos y taburetes dispersos por el suelo de tierra apiñonada.

—¡Que has crecido, Raimundito! Estás hecho un hombre ya. —Aunque más débil, reconoció la voz de la vieja india—. Te estaba esperando. Invoqué la ayuda del Espíritu de la Montaña para que te protegiera durante el viaje. Él te ayudó a escapar de los bandoleros.

—¿Cómo lo supo, mama? —La sorpresa alteró su voz.

—Porque estuve pensando en ti desde que saliste de tu casa. En ningún momento te dejé solo. Esta noche te llevaré a conocer la Morada del Espíritu de la Montaña. ¿O te sientes muy cansado?

—No, nada. ¿Tú también irás, mama?

—Tengo que ir para guiarte. Así podrás regresar a tu casa mañana mismo. Apenas comience la noche, partiremos. Ahora déjame un rato sola, para preparar el viaje.

¿Cómo había conocido Zulema el ataque de los bandidos? ¿De qué poderes estaba dotada? ¿Era realmente una bruja como creía la servidumbre de Santa Trinidad? Sólo ahora esta acusación cobraba contornos coherentes para Raimundo. ¿Sería capaz de llevarlo a la Morada del Espíritu de la Montaña? Difícil que pudiese caminar siquiera. Quizá el lugar quedaba cerca. Pero nada en los alrededores, excepto el macizo andino, tenía el aspecto de algo tan solemne como para merecer ese nombre.

Mientras aguardaban a Zulema comieron rodeados de indios, que los observaban cuchicheando entre sí. Aún los monos chillaban en la selva, y del arroyo venía el canto de las ranas. Los mosquitos zumbaban en torno a Raimundo. Sentado sobre su alforja, junto a una fogata, sentía que la atmósfera se enfriaba rápidamente. Lo invadía una gran curiosidad. Varios jóvenes entraron en la choza de Zulema. Pronto la anciana india surgía en una parihuela conducida por cuatro mocetones, como un ídolo encogido, pequeño, oscuro, que no tardó en internarse en la selva escoltado por los demás indígenas. Raimundo integró la partida en su caballo, pero Antonio y sus acompañantes esperarían en la aldea. Avanzaron con bastante rapidez por angostos senderos bordeados de espesa vegetación, en medio de una oscuridad apenas interrumpida por la luz de las estrellas. Solamente los chillidos de las aves nocturnas y las voces de los

sapos alteraban la quieta noche tropical, bastante fresca ahora. El camino ascendía en forma sostenida. Al salir del poblacho Raimundo notó que tomaban rumbo al Mirador del Indio. Como a la medianoche la caravana se detuvo; le explicaron a Raimundo que debía dejar allí su caballo. A corta distancia comenzaba una empinada ladera cuya cumbre se perdía en lo alto. Los indios se dispersaron para registrar los aledaños. Zulema inmóvil en su litera. Raimundo se aproximó, caminando sobre el terreno disparejo, breñoso. Las luciérnagas trazaban líneas luminosas entre los grandes helechos.

—Pronto llegaremos a la Morada del Espíritu de la Montaña, Raimundito —dijo Zulema con su voz baja, que parecía un graznido—. Son muy pocos los mortales que conocen este camino. Nunca debes decirle a nadie dónde queda este lugar, ni que has estado aquí. ¡No lo olvides! Debes guardarlo para ti solo. Y así contarás siempre con la protección del Espíritu de la Montaña. Nunca te abandonará. ¡Recuérdalo!

Advertencia inútil: inconscientemente Raimundo comprendía que las revelaciones de Zulema no debían salir de sus labios. Se situó detrás de la parihuela de la vieja, cuya figura encogida apenas se columbraba en la noche. Se adentraron por un angosto pasaje abierto entre matorrales de cactus, que se dirigía en línea recta hacia la montaña. La elevada ladera crecía a menos de doscientos metros del campamento. El caminito subía con una pendiente pronunciada, pródiga en cascajos sueltos, que le hacían tropezar a cada rato. Pero sus gruesas botas lo protegían de las magulladuras. De pronto la huella descendió una decena de metros, siempre orillada de arbustos hostiles, y Raimundo se encontró en medio de densas tinieblas. Allí nacía una cueva, estrecha a la entrada, pero que progresivamente se ensanchaba y ganaba elevación.

Adelante marchaban dos indígenas iluminando el camino con antorchas. La pendiente se tornó más pronunciada y el suelo, aunque disparejo, carecía de las hierbas, raíces y ramas sueltas de la selva. A la luz trémula de las teas Raimundo descubría ensanchamientos que alejaban los muros de la gruta por ambos lados. El techo simplemente no se divisaba. O aparecían pasajes laterales como grandes accesos a la noche. Pero los guías en ningún momento vacilaron. Al cabo de una hora de abrirse paso en medio de la oscuridad, la caravana hizo un alto breve para tomar aliento. Otra hora de marcha y las luces fueron apagadas: Zulema lo llamó. En medio de las tinieblas la mano sarmentosa de la vieja cogió la del muchacho.

—Vamos llegando, niño Raimundo —susurró Zulema—. Aquí comienza la Morada del Espíritu de la Montaña. Pronto lo verás y te conocerá.

—¿Quién es ese Espíritu, mama? —preguntó Raimundo, acometido por una secreta inquietud.

—Es un Espíritu que vive aquí, pero que viene del cielo. Él nos protege del mal y nos ayuda en nuestros momentos de miseria. Pero no a todos: solamente a los elegidos. Y tú eres uno de ellos. Nada temas.

Caminaron prácticamente a tientas unos quince minutos. El piso se convirtió en una superficie lisa, sin ninguna clase de asperezas. En voz baja Zulema impartió algunas instrucciones a sus acompañantes. Raimundo advirtió que los indios se alejaban. Trató inútilmente de distinguir algo a su alrededor. Debían hallarse en el interior de una caverna de colosales proporciones. Ráfagas heladas traían a sus oídos susurros dotados de una rara resonancia.

—Estamos solos, Raimundito —cuchicheó Zulema—. Espera un momento, y llegará la luz. ¡No te muevas de mi lado!

Aguardaron un lapso que se le antojó interminable. Su

inquietud se convirtió en una angustia creciente, que pugnaba por dominar. Por primera vez notó que su confianza en sí mismo lo abandonaba. Algo inminente estaba por ocurrir en medio de ese tenebroso paraje, algo de veras importante. Zulema susurraba jaculatorias, que de pronto interrumpía para reanudarlas siempre con su misma voz monótona. Un punto de luz blanca, brillante, creció rápido en las tinieblas. Parecía un foco dirigido personalmente a Raimundo, porque no iluminaba los alrededores. Ningún ruido. Aunque Raimundo sintió un impulso loco de huir, comprendió que sus piernas no le obedecerían. Algo como una fascinación hipnótica surgía del haz. La luz dejó de crecer, y se quedó a la misma altura del principio, a unos dos metros del suelo. Raimundo distinguió que grandes losas irregulares, de superficie perfectamente plana, formaban el piso. Ahora la claridad la bañaba por entero. Era como hallarse frente al sol. Un disco de plata colgaba en el aire, algo como un espejo reluciente que reflejase la luz solar.

—Acércate Raimundito. Despacio. Quiere verte. No temas.

Obedeció automáticamente la orden de Zulema. Sus trancos pesados lo acercaron lentos a la luz. Tuvo la sensación de que se movía bajo el agua. Algo flotaba en los contornos que confería una especial densidad al aire. De súbito sus pasos no siguieron trasladándolo. Por un instante sintió que su cerebro se convertía en una sola bola de fuego blanco, y que voces ininteligibles estallaban dentro de su cabeza. La angustia aumentó. Se hizo intolerable. Quiso gritar. Brusca-mente la luz murió. Se sintió cayendo en el vacío, dando vueltas, mareado. Gritó. O creyó gritar. Su cuerpo se estrelló contra algo duro.

Se recuperó bajo la luz parpadeante de las teas, de nuevo dentro de la gruta de acceso. Sentado en el suelo, apoyada su espalda en el muro de roca, junto a la litera con la vieja

india que lo observaba. Al verlo despierto, Zulema dio una orden perentoria a sus acompañantes. Cuando se hubieron alejado hasta que las antorchas semejaron puntos trémulos dentro de la cueva, la mujer dijo:

—Ya recibiste la segunda revelación. El Espíritu de la Montaña ahora te conoce. Cada vez que lo necesites, acuérdate de Él. *¡Te reconoció!*

—¿Por qué dices eso, mama? ¿Cómo es que me *reconoció*? —indagó Raimundo con voz débil.

—Nada más puedo decirte. Pero debes creer mis palabras. Mi tercera revelación la conocerás cuando vaya a morir. Aún faltan algunos años. Ahora, ¿te sientes capaz de levantarte para que volvamos?

Raimundo se puso de pie con un pequeño esfuerzo. Sentía un débil dolor de cabeza. Las piernas aún le flaqueaban. Pero el cansancio que experimentara durante el viaje se había desvanecido. Se sintió liviano, como si recién viniese despertando de un sueño reparador.

Pero al mirar su reloj notó que apenas habían transcurrido quince minutos desde el momento en que Zulema y él se quedaron solos dentro de la Morada del Espíritu de la Montaña.

UN RECADO DE IGNACIO ALARCÓN lo aguardaba en la radio: «Pase cuanto antes por el ministerio. Tengo algo importante que comunicarle».

Ignacio había vuelto a su oficina en la Gobernación, más pequeña que la de la Presidencia, pero acogedora y personal. De los muros colgaban grabados, el consabido retrato del Supremo, varios diplomas y la fotografía de una pareja de ancianos: los padres de Alarcón.

—¡Aún viven, gracias a Dios! Mi viejo conserva perfectamente la lucidez. Mi madre se ha visto resentida por una artritis, pero en general su salud es de fierro. ¿Cómo ha estado usted? ¿Ha visto a la señora Clarisa?

Enfrentado a la pregunta, Valerio no tuvo otra alternativa que asentir. Seguramente su parquedad sorprendió a Ignacio y hasta pudo desconcertarlo un tanto. Pero reaccionó con rapidez.

—¡Es una muy buena amistad! Me alegro que la cultive.

Desplegaba su vitalidad de costumbre en contraste con su esmirriado aspecto. Su traje azul destacaba el semblante demacrado y los ojos rodeados de ojeras violáceas.

—¿Y cuáles son sus noticias? Su mensaje me dejó intrigado de veras.

Valerio se sentó en un sillón con respaldo de cuero repujado. Su corbata marrón, perfectamente anudada, le confería una gran corrección. Le gustaba vestir bien, aunque sin rebuscamiento.

—¡Debería condecorarme por la noticia que le tengo! —exclamó Ignacio, que seguía de pie tras su escritorio—. ¡Tiene usted una suerte...! Visitará la Plaza del Buitre antes de una semana. ¿Qué me dice?

Pronunció la última frase con un especial dramatismo. Valerio interrumpió el acto de sacar un cigarrillo, y abrió los ojos y la boca.

—¿Es cierto? ¿Cómo resultó eso?

Nunca esperó escuchar algo así. Un director de cine norteamericano, que se hallaba de paso por Los Andes, visitaría las reliquias arqueológicas ante la negativa del Supremo para autorizarlo a realizar un documental sobre la realidad del país. Trataría de recuperar el dinero invertido en su frustrada empresa filmando un corto sobre la Plaza del Buitre y las Grutas Negras, para cuyo objeto y a modo de compensación gubernamental la Fuerza Aérea andina le proporcionaría un avión. Como los pormenores del viaje se discutieron en presencia de Alarcón, éste propuso el nombre del periodista chileno para integrar la partida. Nadie se opuso, porque también viajarían hasta la Plaza del Buitre otros tres representantes de la prensa, entre éstos un argentino acreditado ante el Gobierno.

—Conocerá a la mujer de Douglas Unger, que es sensacional. —Los ojos de Alarcón relucieron tras los gruesos lentes de sus anteojos—. Parece que el Supremo se la come o

se la comió, y de ahí nació todo eso. ¡Una mujer bien administrada produce mucho...!

El avión despegaría el miércoles siguiente desde la base aérea de Bolívar. Una gran euforia poseyó a Valerio: por fin materializaría una de sus mayores aspiraciones desde su arribo a Los Andes. Desgraciadamente Alarcón no podría viajar: la tensa situación política obligaba a los altos funcionarios del Gobierno a permanecer en sus puestos.

—Usted mirará por mí, y me hará luego una completa relación. —Y acudiendo a un tono confidencial—: Mantenga los ojos y oídos bien abiertos, y cuénteme cualquier cosa sospechosa que vea. ¡No le estoy pidiendo un trabajo de espionaje en compensación! Es un favor estrictamente personal.

Poco costaba comprometerse ante algo tan fácil de satisfacer sin jugarse en exceso. Esta vez no pudieron almorzar juntos: Alarcón tenía una reunión con el ministro a las dos de la tarde.

—Nos acercamos rápidamente a una crisis grave. Mantenga en secreto lo que le digo. Lo peor es que algunos de los hilos, que antes manejábamos, se nos han escapado. ¿Entiende? Lo veo todo muy, pero muy oscuro.

—¿Y qué dice el Gran Jefe?

—Nada. ¡Como si tal cosa! Aunque ciertos detalles revelan que está preocupado. Para los que lo conocen. Pero sigue su vida normal. ¡Se dio tiempo hasta para atender a la mujer de Unger! ¿Qué me dice?

Desde el Club de la Prensa llamó a Clarisa. Llevaba una semana sin verla, desde la tarde en la que el profesor Rodríguez expusiera su original teoría. Captó el oculto regocijo en la voz de la mujer, cosa que no dejó de provocarle una íntima alegría. Quedó en pasarla a buscar esa tarde a la Presidencia. Después del almuerzo regresó a su departamento para terminar un artículo, y en el zaguán se topó con el

administrador de la gran casa de renta, que vigilaba la carga de un viejo camión de mudanzas estacionado frente a la puerta principal.

—¿Quién se va? —indagó Valerio.

—El señor Quezada y su señora —explicó el encargado, un hombre tranquilo, de mirada huidiza, pelo escaso y alma de negrero—. Se van a un departamento más grande para recibir al crío.

—¿Y ya tiene nuevo arrendatario?

—Mañana llega. Es otro chileno, un señor Ortiz, abogado. ¿Lo conoce usted?

Era uno de los chilenos que protagonizara el incidente de Oribamba, conocido por Ramírez a través de Ramón Gutiérrez, el cónsul de Chile.

—¿Y cómo se enteró? ¿Pusieron algún aviso?

Una oculta desazón asomó en la pregunta de Valerio.

—No, lo recomendó el propio señor Quezada. Tenían un amigo común.

Activo militante de izquierda, Ortiz huyó de Chile a raíz del pronunciamiento del 11 de setiembre. Gutiérrez lo creía vinculado con los extremistas andinos, por cuyo motivo su vecindad no le causaba un júbilo especial: su temperamento amistoso le impediría rehuir a un compatriota por sospechoso que fuese a los ojos del gobierno andino. Y esto podría acarrearle dificultades. Hasta la fecha había evitado a los chilenos residentes cuyo pasado político representase un peligro para su tranquilidad.

Clarisa le propuso dar una vuelta en auto antes de dirigirse a su casa.

—Después de estar todo el día encerrada en una oficina es bueno pasear un poco —comentó risueña.

Reinaba un calor tolerable gracias al viento cordillerano

que soplaba desde temprano. Alegre, comunicativa, con una blusa rosa y falda oscura, Clarisa alejó las inciertas premoniciones que el arribo de Ortiz trajera a la mente de Valerio. Conducido por el mestizo de rostro seboso el automóvil se deslizaba a discreta velocidad por una de las grandes avenidas de Bolívar, la del Alcalde Martínez del Fierro. Casas antiguas, de fachadas ceñudas, convertidas en residenciales, compraventa de baratijas, tiendas y almacenes, flanqueaban la vía por ambos lados, cuyos adoquines lustrosos comunicaban una suave trepidación a la carrocería del vehículo. A veces sobresalía entre las chatas construcciones algún edificio de cuatro o cinco pisos, todos de una arquitectura inocua, pretenciosa a veces, pero que le daban un cierto relieve al panorama urbano. Los árboles que bordeaban las aceras solían ocultar con sus follajes los primeros pisos. Pero a medida que la calle se alejaba del centro la vegetación se hacía más rala, hasta desaparecer por último al cabo de un largo trecho de renovales raquíticos, al parecer recién plantados.

Concluido el sector residencial nacía una zona de propiedades arboladas, algunas destinadas a residencias. Pero la mayoría albergaba industrias, barracas, almacenes de abarrotes y frutos del país. Camiones cargados se cruzaban de pronto en el camino, conducidos con bastante desaprensión: viraban bruscamente en medio de la calzada para enfilar hacia un portón abierto, o aún cerrado a pesar de los bocinazos de los chóferes. Los ojos de Valerio se impregnaron con la imagen de un doble neumático que se hundió en un bache lleno de lodo negruzco, cuya viscosidad pareció succionar la pesada rueda. El tránsito debió interrumpirse entonces hasta que el vehículo consiguió liberarse del denso barro.

—Por aquí hay un café muy agradable —dijo de pronto Valerio, escudriñando el borde derecho de camino de maici-

llo regularmente tenido—. ¿Quiere pasar a tomarse un refresco?

Clarisa bajó la vista, perturbada.

—Prefiero no entrar en lugares públicos... ¡Le ruego que me disculpe! Pero soy viuda, usted sabe, y no me gustaría encontrarme con algún conocido.

Sólo en la última frase logró afirmar la voz, y miró a Valerio directamente a los ojos.

—No es necesario que se disculpe. ¡Era una simple sugerencia! —replicó Valerio levemente decepcionado.

—¡No lo tome a mal! —sonrió, recuperado el aplomo—. Las mujeres andinas no somos como las chilenas. ¡Todavía nos falta mucho!

—¡Habla de las chilenas como si fueran el modelo de la mujer americana! —Valerio rió francamente—. Le aseguro que no sé todavía cuáles son mejores, si ustedes o ellas. Como en todo latino hay un machista, me quedo con las andinas. ¡Las chilenas son demasiado independientes!

Llegaron a las inmediaciones del Fuerte Zurita, que gozaba de una fama tan sombría como sus muros de piedra coronados de almenas y torres medioevales. Allí se sometía a los presos políticos a toda clase de brutales torturas, y también se les ejecutaba. Pero sus restos lacerados nunca aparecían. Por razones obvias, Valerio eludía abordar el tema político con Clarisa. Por lo menos, mientras ella no tomara la iniciativa. Ahora se limitó a echarle una mirada de interrogación. Clarisa, en voz queda, inhibida por la atmósfera ominosa que irradiaba la antigua construcción, erguida en el crepúsculo, le informó que era una prisión estatal, como si Ramírez lo ignorase. La hosca silueta de la fortaleza, donde pululaban los uniformados, socavó su ánimo. Pero al verse observado por Clarisa desenterró una risa algo forzada y pasó de inmediato a relatarle su entrevista con Alarcón.

—¡Qué bueno me parece! Ésa sí que es una sorpresa. ¿Por qué no me la había contado antes?

—Porque nunca faltan los buenos temas cuando estoy con usted. Lo estaba reservando para más tarde.

Cuando llegaban al parque de Clarisa, aún Valerio se explayaba sobre la expedición, las teorías del profesor Rodríguez y la buena ocurrencia de Alarcón de incluirlo en el viaje. Clarisa también contribuía a avivar su entusiasmo mencionándole algunos hechos, no del todo novedosos, sobre esos enigmáticos lugares. Todas sus referencias eran de oídas. El sitio más cercano a la Plaza del Buitre que visitara fue Aricocha, cuando su tía Isabel, la esposa del Supremo, invitaba a sus padres a Santa Trinidad. Tampoco vibraba especialmente con las historias de las viejas civilizaciones andinas, como le ocurría a Valerio o al profesor Rodríguez.

—Le caíste muy bien a don Eliecer —dijo, cuando entraban al salón. Y al darse cuenta que le había tuteado—: ¡Oh! Perdón...

—¿Te vas a disculpar porque me tuteaste? ¡Era lo único que faltaba! Es muy bueno que hayas tomado esa iniciativa. El trato de «usted» siempre me ha dado la sensación de falta de confianza.

Pero a pesar de ese primer paso, varias veces sorprendió a Clarisa tratándolo de usted. Su educación estricta, prejuiciada, confería una cierta rigidez a sus relaciones con los hombres en particular. Esa noche Valerio comió allí. Cuando Clarisa fue a dejarlo a la puerta, le cogió una mano en la penumbra del pasillo. Sintió el sobresalto que le transmitió la mujer ante su repentina acción. Por un fugaz instante entrecruzó fuertemente sus dedos con los de Valerio, pero casi de inmediato se deshizo del apretón, y se separó unos pasos. Lo miró sorprendida, como si no hallase qué decirle. Por último echó a reír. Ambos rieron en la semioscure-

dad, para despejar la breve tensión que el incidente proyectara.

El timbre de su departamento sonó cuando llenaba de agua la tetera para prepararse un café. Al abrir la puerta enfrentó a un tipo alto, correctamente vestido, de pelo castaño y canoso en las sienes. Lo reconoció de inmediato, porque se había topado varias veces con él en Bolívar y alguien se lo mostró en el Club de la Prensa durante el almuerzo anual del 18 de setiembre.

—Soy Felipe Ortiz, abogado y compatriota —se presentó, entrando al departamento ante una muda invitación de Valerio—. Perdone que venga a presentarle mis respetos a esta hora, pero lo vi llegar. Soy su nuevo vecino, ¿lo sabía? Si estaba por acostarse, me marché de inmediato. ¡Plugo al cielo no cometer el desaguisado de interrumpir su sagrado reposo!

Algunas copas en el cuerpo avivaban su carácter comunicativo, alegre, y también de una fácil agresividad, según los datos que tenía Ramírez sobre su imprevisto visitante.

—Me alegré mucho al saber que tendría a un chileno por vecino —mintió Valerio, señalándole un sillón—. ¿Quiere servirse un trago?

—¡Uno solamente, el del estribo! —replicó Ortiz, alegre—. Y por favor, écheme con toda confianza en cuanto le baje el sueño...

Habló sin parar de su vida en Los Andes, y de la situación política actual, cada día más insostenible para el Supremo. Valerio lo escuchaba haciendo mínimos comentarios, tratando en lo posible de que Ortiz llevase la conversación. Aunque dotado de una voz naturalmente estentórea, bajaba el tono cuando tocaba algún tema escabroso.

—Usted sabe, ¡hay mucho soplónaje aquí! No se puede

hablar a todo trapo. Aunque sé que usted está en muy buenas relaciones con el Gobierno... ¡No estoy juzgándolo! Cada uno es dueño de hacer lo que se le antoje. Mal que mal se nos ha dado hospedaje, y de alguna manera habrá que corresponder. Pero a mí me asquea un poco esta situación, hablando francamente. Usted sabe: siempre he sido político, y esta condición no se pierde así no más. ¡No quiero comprometerlo, por supuesto! Sé que el Servicio de Inteligencia me tiene entre ojos. Tal vez no soy una buena amistad para alguien como usted, que está obligado a cuidarse. En estos países hay que andarse con pies de plomo. ¿Le doy un consejo de compatriota, ya que aún no puedo considerarme su amigo? —Y bajando la voz—: Se está preparando algo grande, algo que puede significar el colapso definitivo para la estrella del Supremo. ¡No lo comente, por supuesto! Creo que entre chilenos debemos hablar sin tapujos. Y entre chilenos de buena clase, además. Estamos muy por encima de esta gentuza. ¡Puros indios y mestizos! Pero viene algo grande. Ándese con cuidado. ¡No es una amenaza ni una advertencia! Es un simple consejo. Mejor dicho, una sugerencia de compatriota. No es porque piense que usted está comprometido con el gobierno andino. No. Simplemente quiero decirle que es bueno mantenerse al aguarite, como decimos en Chile. No es bueno tener todos los huevos en un mismo canasto, ¿ve usted? ¡Y siempre contará con la ayuda de un seguro servidor!

¿Sería el licor ingerido durante la jornada el que lo hacía decir esas cosas? Valerio intuía que tras su aparente desenfadado algo se ocultaba. En todo caso, y tal como lo sospechara al enterarse de su arribo al vecindario, la presencia de su compatriota distaba mucho de serle placentera. Simpático, inteligente, despierto, sus visitas reiteradas podían traerle complicaciones. Pero carecía de argumentos para eludirlo. Fatalidades del destino, simplemente, se dijo me-

lancólico, mientras se servía una nueva dosis de whisky.

—Tal vez no le han dado muy buenas referencias mías, ¿no? El guatón Gutiérrez me tiene catalogado de peligroso. ¡Es tan cartuchón! Yo lo conocía bastante en Chile, pero aquí se ha revestido de su aura diplomática. «¡Cómo le va!», me saluda con su voz engolada ese pelota. Y no es mala persona, en el fondo. Vale mucho más que el viejo huevón que tenemos de embajador. Ése no se mete con nadie ni opina sobre nada para que no vayan a decir algo contra él. ¡Quién nada hace nada teme! Gutiérrez no es así. Tuvo que ir a Oribamba, aunque no le correspondía, porque se lo pidió el embajador. Por eso se formó una mala idea de mí... ¡Yo me la busqué, es cierto! ¡Me metí en ese lío cabrón...!

Siguiendo su política de limitarse a oírlo, Valerio no lo instó a narrarle el incidente, aunque deseaba conocer sus entretelones. Gutiérrez lo mencionó al pasar solamente, cuando se aprestaba a partir para Oribamba. Pero Ortiz hizo una detallada relación de su aventura, entre trago y trago. La importancia del hecho radicaba en sus consecuencias políticas, porque fue una simple riña de borrachos. Ortiz y dos amigos chilenos habían ido de paseo a Aricocha, para conocer las tierras del Supremo, con fines meramente turísticos, aseguró, bebiendo un largo sorbo de whisky. Al regresar en su viejo Dodge se detuvieron a beber unos tragos en ese infernal hoyo de Oribamba. Pésima ocurrencia, sin duda. Llegaron a una taberna infesta, mal oliente, que más parecía un horno, donde algunos indios borrachos dormían sobre el mesón y hasta en el suelo. Pero la caña era excelente. Después de un opíparo almuerzo en Aricocha, abundante en fritangas y chicharrones, su sed alcanzaba contornos descomunales.

Un jeep se detuvo en la puerta de la cantina, y entraron cuatro norteamericanos de la base meteorológica de Arico-

cha, también bastante bebidos. Uno tropezó con Baraona, el arquitecto, hombre de malas pulgas, y que cuando bebía se tornaba agresivo. Disparó un puñetazo al gringo, y lo lanzó bajo una mesa desocupada, por suerte. Estalló una verdadera batalla en el estrecho recinto. Los mirones corrieron a dar cuenta a la Gobernación, y llegaron los soldados a poner orden. Todos presos. Ocurrió que el gobernador de Oribamba le dispensaba una particular simpatía a los chilenos, y ninguna a los gringos. Había vivido en Chile cuando su padre, un militar ahora retirado, hiciera un curso en Santiago. Resultado: cargó toda la culpa a los norteamericanos y dejó en libertad inmediata a los chilenos. Aún más: como era de noche los invitó a comer a su casa, y se quedaron tomando hasta el amanecer.

Los norteamericanos permanecieron toda la noche encerrados en un calabozo desprovisto de las más elementales condiciones del «confort» impuesto por el *american way of life*, enfatizó Ortiz. Pero al día siguiente llegaron a rescatarlos desde la base aérea, e hicieron una formal protesta por intermedio de su embajada. El embajador Davies manejó el asunto con ese máximo de precipitación y torpeza que suele caracterizar a la diplomacia norteamericana. Acusó al gobierno de Los Andes de estar haciendo un doble juego: por una parte tendía amistosamente la mano, y por la otra hacía vejar a sus compatriotas por asilados políticos extranjeros. Históricamente hablando, los norteamericanos gozaban de escasas simpatías entre el pueblo andino. Durante años explotaron grandes plantaciones de azúcar, plátanos y café y la mayoría de los minerales, procediendo sin misericordia con los nativos. Cuando los vaivenes de la política hicieron que el Supremo estuviese a punto de romper relaciones con el gobierno de Estados Unidos, los yanquis debieron emigrar, pero dejaron un triste recuerdo en el país.

La reacción del Supremo por el incidente de Oribamba

fue violenta: de inmediato declaró *persona non grata* al embajador y conminó a los refugiados chilenos a marginarse de toda actividad política. Porque lo ocurrido podía interpretarse como una provocación intencional para enemistar al gobierno andino con los norteamericanos a instigación de Moscú.

—En este asunto el guatón Gutiérrez anduvo bastante atinado. Se las arregló para dejarnos más o menos bien puestos. Actuó con mucha imparcialidad, y creyó lo que le contamos. O sea, que la pelea había comenzado por una simple casualidad. ¡Nada de provocaciones internacionales ni cosas así...!

Ortiz vació el último trago, se puso de pie con agilidad, y alargó la mano a Valerio.

—¡Nos estamos viendo, amigo! Espero ser un buen vecino, y no traerle dificultades. Si algo le pasa, cuéntemelo. No me gusta complicarle la vida a nadie. Pero sería el colmo que teniendo un compatriota tan a la mano no aprovechara para hacer recuerdos de nuestra querida tierra. ¿No es así?

—Así es. ¡Ya conoce la casa!

—A propósito. —Ortiz había cogido el picaporte con su mano huesuda—. ¿Estaba usted en Bolívar para lo de Valverde?

—Estaba recién llegado, precisamente.

—Cerca de aquí mataron a la Mulata Emilia, una de las pocas marxistas de verdad que estuvo mezclada en el golpe.

—¿Cómo lo sabe?

Valerio recordó la fiera expresión grabada en el rostro de la mujer muerta, a pocos metros de su departamento.

—¡Tengo muy buenos contactos! —rió Ortiz—. La Mulata Emilia y dos guerrilleros fueron ametrallados por las tropas del Supremo, por ingenuos, en realidad.

—Tenía entendido que la izquierda estaba muy comprometida.

—¡Eso fue lo que inventó el Supremo para justificar la matanza que hizo después! Aprovechó el asunto para liquidar a unos dos mil miembros del Partido Comunista y de los Revolucionarios del Pueblo. Valverde se lanzó por su cuenta en la aventura, y trató de ganarse a la gente de izquierda a última hora. ¡Algunos le hicieron caso, y ahora están en el otro mundo o en las cárceles! El conato de Valverde fue algo personal, sin ninguna base ideológica. —Ortiz regresó a la mesa de centro, donde permanecía la botella de escocés y los vasos. Se sirvió otro poco de licor, luego de hacerle un gesto suplicante a Valerio. Éste asintió, nervioso—. ¡Odiaba al Supremo, como le ocurre a muchos! Pero lo odiaba por motivos personales. Se conocían desde jóvenes, y los éxitos del Supremo le amargaron la vida. Valverde era de una ambición desmesurada. Por eso fraguó el golpe. Los militares latinoamericanos son muy aficionados a esas maniobras, como usted debe saber... Y el Supremo, que siempre adivina las intenciones de sus enemigos, lo dejó hacer.

Bebió un sorbo de whisky. Valerio echó un vistazo a su reloj: las dos treinta de la madrugada. Debía levantarse temprano al día siguiente. Pero algo lo impulsaba a seguir escuchando. Súbitamente tuvo la convicción de que estaba a punto de oír algo de importancia.

—Una gran frustración personal impulsó la acción de Valverde. Nada más. ¿Y sabe por qué? Por un simple asunto de faldas. *Cherchez la femme*. Valverde estaba muy enamorado de la mujer de un mayor del ejército. Pero no le correspondía. ¿Ha visto fotos de Valverde? Lon Chaney es un Adonis a su lado. Además era chico, gordo. Su mujer lo dejó por un oficial joven, que huyó fuera del país con ella. ¡Una frustración tras otra! El cuerpo humano no aguanta tanto. Y de repente se entera de que su amada, la virtuosa señora del mayor, es la amante del Supremo. Ni más ni menos. ¿Qué me dice usted?

El sueño de Valerio se despejó. Cogiendo la botella se sirvió whisky. Luego encendió un cigarrillo.

—¿Usted sabe quién es ella?

—No. Solamente sé que está emparentada con el Supremo o su mujer. Tampoco sé qué pasó con ella después del golpe. Al marido lo mataron en un enfrentamiento nocturno, aquí, en la ciudad. Nada más. Fue algo bastante oscuro. Algunos dicen que lo hizo matar Valverde. Otros, que el mismo Supremo, para estar tranquilo. Aunque lo creo capaz de todo, no veo para qué iba a matar a un mayor. Total: ¡el marido siempre es útil en estos casos!

Ortiz remató la frase con un bostezo contenido. Vacío el vaso y lo depositó con un golpe en el centro de la mesa. ¿Conocería Ortiz su vinculación con Clarisa? Parecía poco probable. Pero, ¡quién sabe! Si se hallaba relacionado con los revolucionarios, podía saber muchas cosas. Le asistía la certeza de que nadie, aparte de Alarcón, estaba enterado de sus visitas a Clarisa. Excepto que la viuda estuviese sometida a vigilancia. Nada en los gestos o la expresión de Ortiz revelaba algún conocimiento de su amistad con la mujer. Pero tal vez se trataba de un consumado actor. ¡Y había llegado a vivir allí tan repentinamente!

—Pasando a otra cosa. —Las recientes palabras de Ortiz despertaron en Valerio un gran nerviosismo, que difícilmente disimulaba—. ¿Cómo llegó a estos departamentos?

—Por un maraco que era muy amigo de un señor Quezada. ¿Lo conoció usted? A Quezada, no al maraco. El maraco está metido en el movimiento revolucionario. Es actor, y me ha tocado conocerlo en reuniones por ahí. ¡No soy un conspirador, que conste! —Se besó la cruz formada por su pulgar e índice—. Pero conozco gente del ambiente. ¡Parece que soy del tipo de ese maraco! Y él me dio este dato...

—Me ha ilustrado bastante sobre la historia andina —dijo Valerio, recuperada en parte la serenidad—. No conocía el

aspecto humano de Valverde. En cierto sentido, eso lo enaltece ante mí.

—¿Sí? A mí no, en absoluto. Por su culpa murieron dos mil o tres mil personas. Valverde creyó que se le plegarían los oficiales descontentos, que son muchos. Pero lo dejaron a medio camino. Y se lanzó de todas maneras, arrastrando algunos incautos de la izquierda. Así le dio un pretexto al Supremo para practicar una de sus periódicas purgas. Limpió el ejército y liquidó a muchos auténticos revolucionarios, ¡Valverde le hizo un gran favor...!

Tardó en quedarse dormido. La imagen de Clarisa, siempre compuesta, empujiciada y circunspecta, lo acompañó en su duermevela. Nunca había dudado de su papel de viuda contrita, que aún no se consolaba por la muerte de su marido. Y enfrentarse al Supremo como rival no tenía nada de saludable.

Aunque existía la posibilidad de que la mujer del mayor y Clarisa no fuesen la misma persona, las coincidencias abrumaban. Si Ortiz conocía su relación con Clarisa, ¿qué persiguió al contarle la historia? Lo hizo casi al final, cuando estaba por marcharse. ¿Quiso advertirle los peligros a que se exponía? Encontraba improbable que se hubiese tomado esa molestia con fines puramente altruistas.

Pero su repentina aparición no dejaba de lacerarlo como una pequeña espinas escondida en su piel, y que no podía extraer.

9

EL CORONEL EULOGIO ROJAS, que servía de enlace entre las Fuerzas Armadas y el Grupo de Liberación Nacional, ratificó el apoyo a la revolución de los generales Fernando Oporto y Raúl Valdés, comandantes en jefe del ejército y la aviación, respectivamente. Pero varios problemas inquietaban a Jaime Corvalán, uno de los principales jefes de los rebeldes: entre otros la falta de noticias de Adrián Koch. Se acercaba la fecha cero, y la existencia de la base aérea secreta norteamericana aún no se despejaba. Aunque el propio comandante en jefe de la Fuerza Aérea andina la negase, Corvalán sabía que el Supremo, ayudado por la CIA, pudo mantenerla en el más estricto secreto, aun a espaldas del general Valdés. Uno de los recursos del Supremo consistía en guardarse cartas en la manga hasta el último segundo.

Parecía difícil que los norteamericanos interviniesen directamente en favor del dictador andino, porque una acción así desencadenaría graves implicancias internacionales. Pero, ¿cómo se probaría la participación de los Estados Unidos en

el caso de fracasar la revolución? He ahí la importancia del testimonio de Koch: demostrada la existencia del campo aéreo oculto una acusación ante la ONU no caería en el vacío.

Pero dos días atrás el alemán había enmudecido de pronto. Que lo hubiesen sorprendido y eliminado, constituía un albur natural: la policía seguía sus rastros dentro del país desde que conociera su arribo. Ese lapso de silencio se le antojaba agorero, porque con los métodos de apremio utilizados por la policía política, hasta el agente mejor entrenado podía largarlo todo, o, al menos, una parte del todo.

—Ninguna ONU nos salvará si fracasamos —había comentado Corvalán, durante la última reunión de la Directiva Nacional—. ¡Tiene que irnos bien como sea!

También se analizó la reciente amistad de Clarisa, viuda del mayor Diego Riveros, con Valerio Ramírez. Conocían cada paso del chileno en sus relaciones con la mujer, incluyendo la visita a su casa la recién pasada noche. Los revolucionarios habían infiltrado un criado en la casa de Clarisa, sin que ésta nada sospechase. Aquella precaución, que en principio pareció excesiva e incluso peligrosa, ahora se justificaba. La viuda colaboraba indirectamente a través de uno de los funcionarios de la Presidencia, en quien Clarisa confiaba, y cuyo insignificante cargo lo marginaba de sospechas. Por razones obvias —y así lo comprendieron los rebeldes—, la mujer evitaba vincularse personalmente con el movimiento.

No ignoraban que el periodista chileno se mantenía al margen de la política. Por otra parte su amistad con Ignacio Alarcón podía considerarse circunstancial. Jaime informó de la acción cumplida por Ortiz la noche anterior, en prevención de estos riesgos. El abordaje brusco de Ramírez en algún sitio público tal vez hubiese despertado su suspicacia.

considerando la fama de hombre de izquierda atribuida a su compatriota. Pero la fortuna también los ayudó: Ortiz necesitaba mudarse de casa, y por casualidad halló un departamento vecino al de Ramírez.

—Le hizo ver con todo disimulo a su compatriota que estaba metiéndose en los terrenos del Supremo. ¡Ni siquiera dejó entrever que conocía la amistad de Ramírez con la viuda! Ramírez es un tipo tranquilo, que no quiere meterse en líos. Y menos con el amo de Los Andes. Como necesita llevarse bien con las autoridades para mantener su trabajo, la advertencia de Ortiz debe haberlo inquietado. ¡Él no es un refugiado político, recuérdenlo!

—¿Y si averigua que ya no hay nada entre doña Clarisa y el Supremo? —comentó Valentín Novoa, otro miembro de la Directiva Nacional.

—Como la amistad está en sus comienzos, es difícil que Ramírez se entere. No creo que doña Clarisa se lo vaya a contar espontáneamente. Es una mujer muy reprimida, por lo que parece. Además muy pronto Ramírez parte a la Plaza del Buitre, y entonces desaparecerá todo peligro. ¡Cuando regrese de su excursión un nuevo Gobierno regirá en Los Andes...!

—Pero, ¿y si pasara antes, esta noche, por ejemplo? ¡En la cama las mujeres lo sueltan todo! —insistió Novoa, desconfiado.

—Y el chileno sería capaz de ir con el cuento donde Ignacio Alarcón —agregó Octavio Méndez, un hombre muy encorvado, casi curco, que miraba siempre desde abajo—. Aunque no le gusten los líos, menos le gustaría que las cosas se le diesen vuelta, y se le pusieran peligrosas. ¡El instinto de conservación hace comprometerse a los más cautelosos!

Bastó esa leve anormalidad en la vida de Clarisa para despertar el inmediato recelo de los rebeldes. Y ahora necesitaban su colaboración más que nunca.

—¡Creo que debemos confiar plenamente en ella! —puntualizó entonces Jaime Corvalán, sereno—. Su enredo con el Supremo no nos da título para suponerla una mujer fácil. Desde que murió su marido no ha tenido amistad con ningún hombre. Nos consta, hasta donde es posible que esas cosas consten. ¡Con mayor razón en Bolívar!

—Pero, ¿es que es tan fácil llegar a la cama en los casos de amores a primera vista! —comentó Novoa, siempre preocupado.

—¡Aunque sea fácil! —exclamó Jaime, con seguridad—. Estoy seguro que aunque se convirtiese en amante de Ramírez, nada le dirá de su colaboración con nosotros. Por mucho que odie al Supremo, también debe temerle.

—Pero, ¿es tan intenso ese odio, en realidad?

El escepticismo se aferraba a la voz de Novoa.

—¡Yo creo que sí! Tal vez Riveros murió mientras ella yacía con el Supremo. ¡Las mujeres son tan especiales para reaccionar! —aventuró el coronel Rojas, que hasta entonces guardara silencio—. ¡Pero los sentimientos de culpa deberían bajarles antes de bajarse los calzones!

Todos rieron.

La inclusión de Ramírez en el viaje a la Plaza del Buitre, oportunamente conocida por los rebeldes, llegó a disminuir un poco la tensión. Muchos deseaban alejarlo de Bolívar y Clarisa acudiendo a cualquier subterfugio durante los días cruciales. Pero una acción directa en su contra, como un secuestro, por ejemplo, habría sido peligrosa. Una vez más la Providencia se acordó de los revolucionarios.

—Tracemos los pasos que deberemos dar en las próximas horas —expresó Corvalán—. ¡Debemos cuidarnos más que nunca! No me parece natural la tranquilidad del Supremo. ¿Qué estará esperando?

—El Supremo tiene que vivir desde hace años como un soldado en el campo de batalla —sentenció el coronel—. El

peligro lo acecha de todas partes. Él lo sabe y está tranquilo. ¡Tal vez por este motivo a los civiles les cuesta tanto entender a los militares!

—¡Y viceversa, coronel!

Rieron todos de nuevo.

—Además el Supremo sabe disimular muy bien sus emociones. Si estuviese preparando un contragolpe, algo se habría traslucido. ¡Sus colaboradores no son tan impenetrables! —dijo Novoa—. Además la situación nacional empeora día a día. La pobreza aumenta y nuestra economía se debilita. Nadie invierte en Los Andes. Todos temen un cambio brusco de gobierno, y están a la espera. ¡El descontento se ha generalizado!

—Y ahora nadie cree en él. Tiene enemigos en todas partes —agregó Corvalán—. ¡No lo creo capaz de seguir sacando planes salvadores como un mago saca conejos de su sombrero!

—¡Ojalá así sea! —suspiró Méndez—. ¡El Supremo adivina ciertas cosas!

—Es que siempre contó con el respaldo del poder total —enfaticó el coronel—. ¡Fue su gran ventaja! ¿Qué gana ahora con adivinar lo que se le viene encima? ¡Está con las manos atadas!

Ambos hombres aludían a la clarividencia del Supremo para anticiparse a ciertas cosas. Aun con el poder de su parte, cualquier otro habría fracasado en las mismas circunstancias. Cuando los comunistas intentaron derrocarlo, aconsejados por Moscú, sólo Renato Galdámes, el secretario general, tuvo acceso a la decisión. Y debía mantenerla en el más estricto secreto hasta una semana antes del golpe. Pero el Supremo lo supo todo apenas Galdámes regresó de la Unión Soviética, donde recibiera personalmente las instrucciones. ¡Siete días antes de que la orden hubiese sido conocida por los jefes de células!

—Puede ocurrir que una persona conozca todos los pormenores de un plan en su contra, y se encuentre imposibilitada para proceder —subrayó Jaime—. Eso le ocurre al Supremo ahora. ¡Estoy de acuerdo con el coronel!

Y así pensaba Jaime Corvalán hasta el momento de recibir el mensaje esa tarde, pasadas las siete. Concluida la reunión secreta fue hasta su oficina para recoger algunos papeles, y luego se dirigió a su casa haciendo el acostumbrado recorrido por la calle Osorio, una vía tranquila, bastante limpia, con almacenes, botillerías y verdulerías alternados con viejas residencias. Un mendigo surgió de improviso de una esquina, y alargó su mano en demanda de una limosna. Jaime divisó un papel entre los dedos mugrientos. Sacó una moneda, e hizo el intercambio sin mirar en derredor. El portador continuó rengueando por la acera, y detuvo a otro transeúnte para solicitarle una dádiva. El limosnero era uno de los agentes utilizado por el Grupo de Liberación Nacional para entregar mensajes en la vía pública.

«Nuestro acreedor salió repentinamente hoy, a eso del mediodía, con rumbo desconocido. Tampoco se sabe cuándo regresa. Nadie en su casa supo proporcionar noticias sobre su destino. Es de esperar que no haya huido.»

No. No podía tratarse de una fuga. Por mucho que se sintiera acorralado, el Supremo nunca dejaría el campo sin dar la pelea. ¿Dónde habría ido? Tuvo la intuición de que ese misterioso alejamiento constituiría el primer paso para intentar una defensa de su posición. Una repentina desconfianza le acometió en medio de la tarde sofocante.

Permaneció callado en el comedor, respondiendo con monosílabos a su mujer y sus cuatro hijos. Terminada la cena fue a su escritorio, y releyó el mensaje. A estas alturas del plan, parecía imposible que el Supremo encontrase la fórmula para salir del paso.

Excepto que realmente poseyera dones sobrenaturales.

Detrás del parabrisas del automóvil, el Braniff pareció inmovilizarse al enfrentar la pista de cemento, resuelto ya el aterrizaje. Concluidos los arrozales que circundaban el aeródromo, el Pontiac de Jack Wiley rodeó el terminal de la losa, y se dirigió hacia los estacionamientos. Aunque debió atravesar unos cincuenta metros de prados y caminos, se metió al recinto de la aduana justo para ver al enorme aparato celeste y naranja que carreteaba perezoso frente al moderno edificio.

Los pasajeros de un avión de Aerolíneas Argentinas surgían en esos momentos de la Aduana. Se apartó para dejarle el paso a una docena de jóvenes espigados, con pañuelos de vivos colores atados al cuello, al parecer basquetbolistas, y los integrantes de una orquesta típica, vestidos con chaquetas y poleras llamativas. Los precedía una mujer morena, pintarrajeada, de labios gruesos, cuyos ojos brillantes lo escudriñaron sin inhibiciones, mientras un bullicio de expresiones con acento bonaerense invadía sus oídos.

Divisó la figura larga, algo gibada, de Lawrence Harris, con la pipa prendida a los labios, cruzando lentamente la losa de hormigón. Exhibió sus documentos a un guardia armado, perdido en la fila de viajeros, y reapareció caminando sin mayor apuro por el recinto aduanero. Solamente al llegar a la salida sus ojos grises, descoloridos, descubrieron a Jack. Enarcó las cejas hirsutas, y esbozó una sonrisa en su boca grande, de labios delgados.

—¡Hey! —saludó con su voz profunda, cavernosa, desprovista casi de inflexiones.

Jack lo apartó de los viajeros, y lo llevó hasta un lugar despejado.

—¿Anda en su coche? Porque tengo tiempo hasta para dar una vuelta por los alrededores. Tienen que revisar uno de los motores.

Partieron donde Wiley aparcara su automóvil, bajo un sol ya próximo al cenit. Pero una brisa sostenida evitaba que el calor se tornase mortal.

—¿Había venido antes a Los Andes?

Jack abrió la portezuela del cupé, e hizo pasar a su jefe de la CIA.

—Dos veces. Pero de pasada, solamente. ¿Alguna novedad?

Puso en marcha el Pontiac, y abandonaron el recinto del aeropuerto tras una fila de coches y buses de hoteles y agencias de turismo. Brevemente Jack lo puso al tanto de las dificultades que comenzaba a afrontar «nuestro hombre», aunque se le notaba muy tranquilo.

—Acabo de saber que se hizo humo.

—¿Cómo es eso? ¿Quiere decir que escapó?

Lawrence Harris desvió levemente la mirada hacia Jack, porque no la separaba del camino que abría los mustios arrozales, entre cuyas espesuras el agua estancada reflejaba los rayos del sol.

—¡Oh, no!

Jack lanzó una corta risotada, mientras enfilaba por la carretera de asfalto, pródiga en baches, grietas y hendiduras.

Porque el Supremo solía hacer gala de ciertas excentricidades, como esfumarse de pronto sin decirle a nadie dónde iba. Existían testimonios anteriores de estos eclipsamientos, y lo más curioso es que siempre se registraron en vísperas de algún importante acontecimiento político. El propio Jack Wiley fue testigo de una de tales desapariciones en vísperas del golpe de Valverde.

—¿Adónde va?

El tono incoloro de Harris permaneció inalterable.

Wiley tomó lentamente una curva, con un leve chillido de neumáticos. Varios de los hechos protagonizados por el Supremo permanecieron siempre en el misterio.

—Hasta sus colaboradores más cercanos ignoran dónde va en esas ocasiones.

—Seguramente se va a invocar al Gran Espíritu —gruñó Harris, sin alejar sus ojos adormecidos del parabrisas.

Jack volvió a reír. La gente del pueblo revestía de contornos mágicos al Supremo, que éste aceptaba tácitamente. Aún más: se las ingeniaba para acentuar esta aura enigmática, tanto por alguna condición natural como intencionadamente para provocar determinados efectos. Como si lo hubiesen programado para actuar en la vida pública, y sacarle partido a cualquier reacción despertada por su presencia en los demás, adivinando incluso qué aguardaba la gente de sus acciones. Así visto su carácter reflejaba un perfecto equilibrio, que solamente sus actos solían contradecir, cuando se dejaba arrastrar por sus arrebatos de pasión, nunca estridentes y siempre controlados, pero cuyos efectos reflejaban rasgos muy sombríos de su personalidad.

—¡Lástima que no se sepa adónde va! —Lawrence chupó su pipa, pensativo—. Porque hay una serie de cosas planteadas por nuestro amigo que lo favorecen poco. Y no solamente ante la Compañía. También ante nuestro Gobierno. Nunca hemos conseguido que nos muestre todas sus cartas, aunque siempre ha estado dispuesto a colaborar. ¡Ya ve usted cómo se las ingenió con Trópico Dos! Engañó hasta a la Fuerza Aérea de Los Andes.

Ni siquiera el comandante en jefe de la Fuerza Aérea sabía que el oculto aeródromo llevaba dos años ininterrumpidos de operaciones. El aislamiento de la base, perfectamente camuflada en la selva nororiental andina, garantizaba su sigilosa actividad. Y cuando algunos rumores llegaron a conocimiento de los oficiales de la Fuerza Aérea, el propio

Supremo se encargó de ridiculizarlos con particular vehemencia. ¡En qué cabeza cabe una ocurrencia semejante! Los indios de la región son capaces de inventar cualquier cosa. Por otra parte los incidentes fronterizos andinos mantenían la aviación constantemente ocupada, y el estado de insurgencia latente del último tiempo obligaba a un perpetuo estado de alerta, no permitiendo distraer aparatos en la investigación de rumores.

—Sin embargo los revolucionarios algo pisan. Sus contactos indígenas de la zona les han hecho entrar en sospechas.

—¿Sí? ¿Qué han averiguado?

—Nada concreto hasta la fecha, pero... Le informé sobre Adrián Koch.

—¿Qué se ha sabido de él?

—Absolutamente nada. Sospecho que la policía política y nuestro amigo saben algo, pero por algún motivo lo mantienen en secreto. Quizá para evitarse líos internacionales. El embajador de Alemania Federal está preocupado por la desaparición de su compatriota. ¿Qué hará nuestro Gobierno en el caso de un nuevo golpe? ¿Lo ayudarán?

—Esta vez no.

La respuesta de Harris fue terminante, pero sus ojos no se despegaron de la cinta gris de la carretera, bordeada de arrozales.

El Gobierno del Supremo estaba muy desprestigiado. No solamente nada hizo por evitar la corrupción, sino al revés, la alentaba para mantenerse en el poder. Y de la podredumbre generalizada es difícil escapar. Aunque después de su brusco cambio político, cuando reemplazó a la Unión Soviética por los Estados Unidos, eliminó prácticamente todos los bastiones de la oposición con una dureza implacable, los informes de la CIA confirmaban desde varios ángulos el incansable trabajo de infiltración practicado por el marxismo

en todos los niveles del Gobierno y las Fuerzas Armadas. Estados Unidos no intervendría, y no por desconfianza hacia el Supremo: aunque lo sabían capaz de efectuar cualquier maniobra para aferrarse al poder, carecía de fuentes donde buscar apoyo. El marxismo lo tenía condenado. Y para recuperar las zonas de influencias paulatinamente perdidas, que afectaban incluso a las naciones tradicionalmente amigas, los norteamericanos requerían diseñar una nueva política internacional, en cuyos lineamientos no cabían los gobiernos como los del Supremo, de un pasado y presente ajenos a la democracia y el progreso.

Precisamente Lawrence Harris pasaba por Los Andes, en tránsito a Brasil, para informar a Jack Wiley sobre estas decisiones. Aún más: pronto se dismantelaría totalmente Trópico Dos, borrando así toda huella comprometedora.

Un centenar de metros adelante la carretera descendía para describir una curva dentro de una hondonada. El último arrozal había quedado atrás, y ahora sitios eriazos, algunas chacras descuidadas y viejas quintas de escaso valor a pesar de su proximidad a la capital, flanqueaban el camino. Esos lugares se utilizaban para recibir basura, y aunque ésta no fuese visible desde la carretera sino a ratos, las esporádicas bocanadas de hedor la delataban. Los contornos brumosos de los edificios más altos de Bolívar empezaron a perfilarse en el horizonte.

—Usted se marchará de aquí dentro de una semana. Es el motivo principal de mi visita: ordenarle salir de Los Andes.

—¿Quiere decir que lo dejaremos solo? ¡Nada nos habría costado darle una mano con Trópico Dos! ¿Quién habría sospechado algo?

—Todas las cosas tienen su hora. Y a nuestro amigo le

está sonando la suya, a juicio de nuestro Gobierno. Y contra eso usted ni yo podremos hacer nada —remató Harris, con un leve fatalismo—. ¿Sabe? Creo que va siendo hora de regresar al aeropuerto.

Adelante se bamboleaba un viejo camión atestado de bultos, cajones y canastos con frutas. Cuando lo hubo pasado un buen trecho, efectuó un rápido viraje en U. Enfrentó a un moderno bus de turismo, que corría hacia la capital, y a cuyo chófer poco le gustó la maniobra de Wiley, a juzgar por su cara. La pesada máquina hizo un rápido zigzag, pero el conductor logró controlarla.

—¿Sabe, señor Harris? Algo me dice que nuestro amigo aún puede dar una sorpresa. Su desaparición demuestra que algo prepara.

—¿Qué puede preparar excepto su huida a tiempo? Ninguno de sus vecinos lo ayudará. Mientras le guiñaba un ojo a la Unión Soviética lo celebraban, porque lo sabían en una situación precaria. Pero con nosotros apoyándolo ha vuelto a convertirse en un peligro. Hay varios asuntos limítrofes en litigio, y sus vecinos piensan que con nuestro respaldo el Supremo podría obtener alguna ventaja. No. Nadie lo ayudará. Ha caminado durante mucho tiempo sobre la cuerda floja. Desde el punto de vista internacional su conducta ha sido muy... original, por no decir otra cosa. ¿Sabe? He llegado a pensar que es una persona a la que no la afectan los problemas humanos.

—Aunque no lo crea, irradiaba algo sobrenatural.

—Pero aunque todas las brujas de Los Andes vengan en sus escobas a ayudarlo, la próxima vez no escapará. ¡Acuérdese de mí! Por eso es importantísimo que usted se vaya pronto. Trate de no volver a entrevistarse con él. Quédese en su casa viendo televisión. ¿No me contaba usted que el único canal de televisión andino transmite más series de acción norteamericana que los de nuestro país? Dedíquese a

eso. Y no se descuide. ¡Estamos en la mira de los revolucionarios!

Wiley se volvió a mirarlo, y se encontró con el perfil de Harris, ocupado en su mayor parte por su protuberante nariz. Pero rehusó enfrentar sus ojos.

RESISTIENDO PRECARIO LOS EMBATES de la selva, no lejos de los contrafuertes andinos, y a unos cien kilómetros al norte de Itakí, la capital de la provincia, el poblado de Urumayo es apenas algo más que una doble hilera de míseros ranchos alineados en los bordes de la carretera estatal por unos dos kilómetros. Su población no sube de los quinientos habitantes, cuyo sustento lo procuran las plantaciones de caña de azúcar, bananos y ananás, distribuidas entre decenas de pequeños propietarios. Pero hacia el Nor-este, los minerales de hierro del Salado han comenzado a explotarse con el aporte de capitales norteamericanos y alemanes, confiriéndole a la región un repentino auge. Además su vecindad a la frontera le otorgó siempre una importancia estratégica. A menos de tres kilómetros de Urumayo, siguiendo la carretera, hay un regimiento de infantería, y casi colindando con éste, un aeródromo militar.

Son los efectivos de la guarnición quienes le dan una cierta vida a Urumayo. Por lo menos una vez a la semana bajan

al pueblo e invaden las escasas cantinas, cocinerías, y los prostíbulos que llegaron a instalarse allí a pesar de la pobreza del pueblucho.

Al mediodía del 26 de noviembre la monotonía se aprestaba a reeditar su cotidiano programa, sin que nada se opusiera. Los Algarrobos, yucas y chontas de la plazuela central mantenían la inmovilidad de un dibujo, desprovistos de toda brisa. Una hirviente soledad se adueñó de la calle principal, bordeada por las cuatro quintas partes de las viviendas de caña y barro de la población. Solamente de la plazuela nacían otras callejuelas cortas, que terminaban de pronto en la selva, o en el cercado divisorio de alguna propiedad. Toparse con alguna serpiente calentándose al sol en medio del polvo en estasseudovías a nadie alteraba mayormente. Muchas personas perecían cada año, niños en especial, picados por los bichos venenosos. Las disenterías, fiebres intestinales y el tifus, que solían menudear en las épocas de mayor calor, liberaban a Urumayo de los riesgos de la explosión demográfica.

Uno de los escasos blancos del pueblo procedía de Medellín, Colombia, de donde arribara una veintena de años atrás a instalar la taberna más acreditada del villorrio. Ahora don Memo rebasaba holgadamente la cincuentena. Viudo los últimos cinco años, no pensaba moverse de Urumayo que, pobre y desafortunado como pocos, no desmerecía mucho al lado de otras poblaciones de la provincia. Así le decía a su clientela, en su mayoría los soldados del regimiento.

Una mujer gritó a lo lejos. Dormitando apoyado en el mesón, mientras un indio bebía a pequeños sorbos su copa de caña en una de las mesitas del local, don Memo levantó soñoliento la cabeza. El parroquiano también se incorporó y miró la calle, una inmóvil corriente de polvo blanco enmarcada por la puerta, en cuya ribera opuesta la plazuela, pródiga en matorrales, parecía inmersa en un letargo defi-

nitivo. El grito volvió a repetirse, ahora más cerca. Como si la mujer corriese perseguida por alguien, porque sus alaridos menudeaban ahora, siempre aproximándose.

Don Memo dejó su puesto tras el mesón, y se asomó al infierno de afuera, seguido de su cliente, que no soltó el vaso de caña. La mujer venía desde el Norte, por el centro de la calle, levantando una nubecilla que se adhería a la atmósfera bajo el sol ya en el cenit. Otras personas salieron a las puertas, y llamaron a la que corría. Pero ésta no se detuvo ni dejó de gritar. Don Memo entonces avanzó por la vía polvorienta, y se cruzó en el camino de la india, cuya blusa abierta dejaba al descubierto unos pechos flácidos, sudorosos. Debía tener unos cuarenta años, y el tabernero de inmediato la reconoció: prestaba servicios a doña Brígida, que regentaba un prostíbulo a la salida del pueblo, donde el camino describía un recodo. Sólo entonces don Memo, que instintivamente miró en esa dirección, divisó una columna de humo negro ascendiendo lentamente por el aire tórrido. Debía provenir de las inmediaciones de la casa de doña Brígida.

Fuera de sí, la india trataba de zafarse de los brazos de don Memo, sin parar en sus aullidos acezantes, animales casi, despidiendo un fuerte hedor a transpiración. Otras personas, incluyendo al parroquiano, rodearon a la pareja que sostenía esa extraña lucha en medio del terral. En uno de sus tirones por liberarse la mujer casi derriba a don Memo, y el colombiano, reaccionando violentamente, la aferró por los brazos enfundados en una tela mugrienta, pegajosa, y la zamarreó, haciéndola agitar la cabeza como un pelele.

—¿Qué pasa? ¡Por Dios Santo! ¡Tranquilízate y cuéntanos qué pasó...!

Una expresión estúpida se troqueló en el rostro anguloso de la indígena que chorreaba sudor, fijos los ojos bovinos en el tabernero.

—¡Todos...! ¡Todos murieron! ¡Quemados vivos...! ¡Dios y la Virgen Santísima! Ardieron como paja, así, en un santiamén. ¡Dios mío! ¡Perdóname! Yo nada he hecho, Señor... —Y la mujer cayó de rodillas, mientras don Memo, que sentía su cuerpo metido en un horno, acusaba un hielو interior.

—Pero, ¿cómo que ardieron? ¿Hay un incendio? —preguntó, embobado.

—¿Que no ve el humo, don Memo? —acotó otro de los presentes, también trémulo por las palabras de la india.

La mujer apenas hilvanaba las frases. Tosía y se ahogaba al contar la historia, cuyos detalles no hacían sino aumentar el temeroso desconcierto de sus auditores.

Lavaba la ropa interior de las niñas, al fondo del patio, cuando llegó un camión del regimiento con dos cabos y siete soldados. Todos en la casa dormían. Solamente los cabos bajaron, y pidieron hablar con la señora Brígida. Deseaban pedirle que les fiara trago y comida, porque debían cumplir una misión cerca de Urumayo. Después de despertar a su patrona, Matilde volvió a su trabajo. La proposición no entusiasmó mucho a la señora, pero los del regimiento siempre fueron sus mejores clientes. De malas ganas, con la enagua pegada a su cuerpo abundante en pliegues adiposos, despertó a las pensionistas. Y también llamó a Matilde, que hacía de cocinera, aseadora y lavandera del lenocinio.

La india terminó de estrujar unos calzones, se secó las manos, y partió hacia la casa, distante unos cincuenta metros. Una luz repentina la cegó. Al mismo tiempo una bocanada de calor la dejaba sin respiración por varios segundos. Aún encandilada, divisó algunas figuras humanas convertidas en antorchas. Se retorcían de pie. Cayeron luego en medio de un fuego azul, intensísimo, cuyas llamas se acortaron rápidamente. Hombres y mujeres. Los soldados y las asiladas de doña Brígida, desnudos ahora bajo el

fuego súbito. Se encogían entre los restos ya carbonizados de la casa. Detrás de las ruinas, el camión del ejército se contraía enrojecido. Se aplastó lentamente sobre sí mismo. El infernal espectáculo proyectaba un calor inaguantable, y un hedor a carne quemada. En pocos segundos casa, camión y gente quedaron reducidos a restos carbonizados. Una nube de denso humo negro comenzó a levantarse de la hoguera. Dando un rodeo enloquecida, logró alcanzar el camino. Se lanzó a correr aullando. Caía y se levantaba, hasta que don Memo se atravesó en su fuga.

Terminado el relato, fue don Memo el primero en reaccionar otra vez. Partió rumbo a la casa de doña Brigida, seguido por la mayoría. Pero dos mujeres condujeron a Matilde a la cantina. Don Memo, que encabezaba el pelotón, divisó desde lejos los escombros de la vivienda. Escaso humo surgía de las ruinas. Ennegrecidos, aún irradiando calor, los fierros retorcidos del camión semejabán ramas carbonizadas. Imposible descubrir los restos humanos entre ese montón de carbones. El calor y un olor a fritanga, que se adhería a las narices, impedía permanecer allí. Don Memo se alejó, y buscaron la sombra de un gran gomero, a unos cien metros del infierno.

—¿Se les habrá reventado algo a los soldados? ¡A lo mejor traían dinamita! —insinuó alguien.

—¿Y usted cree que no habríamos oído la explosión? ¡Si estamos a medio kilómetro de mi cantina, solamente! —exclamó don Memo—. Yo he oído estallar la dinamita... ¡Es para quedarse sordo!

—Pero, ¿y qué pasó entonces?

—¡Tenemos que avisar al regimiento! —resolvió don Memo—. Tú, Alfredo, que eres el más joven, pídele el caballo a don Benito, y ándate al galope para allá.

—Yo lo acompaño, don Memo. Puede llevarme al anca —se ofreció otro indio, maduro.

Don Benito vivía como a un kilómetro de doña Brígida, y recibió a los dos indios aún adormecido por la siesta. Escuchó incrédulo la historia. Pero facilitó su caballo.

El regimiento quedaba en una hondonada, por cuyo fondo corría un arroyo de bastante caudal. Al final de una pendiente herbosa, los muros, casamatas y bodegas de la guarnición militar se distribuían al lado de la corriente. Desde lejos los dos hombres recibieron las bocanadas de calor y el mismo aroma penetrante que irradiaba la casa de doña Brígida. Atemorizados, resolvieron continuar. Sólo restos humeantes ocupaban los terrenos del campamento. Ningún sobreviviente. Una rara, pesada quietud emanaba de los escombros. Los camiones, jeeps y otros vehículos militares, debían ser aquellas cosas deformes, aplastadas, que se columbraban entre las atesadas ruinas. Un gran pavor los acometió, y regresaron a Urumayo.

Toda la población se apiñaba ahora frente a la cantina de don Memo, protegiéndose apenas del sol en descenso por el único bosquecillo capaz de dispensar alguna sombra en la plazuela. Los acontecimientos habían insuflado vitalidad a la abúlica multitud. Las noticias traídas por Alfredo y Lucho convirtieron la excitación en un subrepticio terror. Don Memo poseía una radio a transistores, pero nada, ninguna noticia, alteraba la programación. Nadie parecía haberse enterado del horror. El camión de Hermógenes Aguirre, un venezolano que hacía fletes a Itakí, adelantó la partida para llevar las nuevas a las autoridades. Tardaría tres horas en llegar, porque los caminos impedían correr a más de treinta kilómetros por hora.

Los urumayinos comenzaban a tejer historias fantásticas.

—A lo mejor se agarraron entre ellos mismos...

—¡Eso es! ¿Y si hubo una revolución? Las cosas para el Supremo estaban malas, se decía en Itakí.

—¡Quizá atacaron de sorpresa!

—Habríamos oído algo. ¿Desde cuándo que las guerras se hacen para callado?

—Pero, ¿y cómo murió entonces toda esa gente? ¡Porque están bien muertos!

—¿Y los aviones? ¿Y el helicóptero? Debieron ir hasta el campo aéreo.

—¡Psch! Hay que pasar por delante del regimiento. ¡También tiene que estar todo quemado! O si no, ya estarían volando por aquí.

—Es cierto. ¡No se me había ocurrido!

La base aérea mantenía en constante actividad dos aviones de reconocimiento, y un helicóptero, que viajaba a diario entre aquélla e Itakí. Recién vinieron a recordar que la aeronave no se había escuchado en todo el día. Al dirigirse a Itakí solía sobrevolar Urumayo.

Cercana ya la puesta del sol, cuando la gente, cansada de esperar, integraba grupos o empezaba a distribuirse entre las cantinas del pueblo, se oyeron ruidos de motores. Dos helicópteros pasaron a bastante altura en el atardecer, en dirección al regimiento. Hermógenes Aguirre había cumplido su misión. Pero los urumayinos debieron aguardar una hora más para escuchar a uno de los helicópteros que se aproximaba al pueblo. Pero el ruido del motor bajó de tono: con toda seguridad había descendido en la casa de doña Brígida. Varios corrieron hacia allá, pero se frustraron: a medio camino vieron al helicóptero que pasaba sobre sus cabezas.

La oscura máquina descendió sobre la plaza, iluminada por el sol a punto de ponerse, en medio de una nube de tierra. Los matorrales y arbustos se doblegaron bajo el repentino ventarrón. Bajaron un oficial y dos soldados, que con sus metralletas preparadas avanzaron hacia el grupo de pueblerinos. La gente retrocedió, atemorizada.

—¿Quién es Alfredo? —preguntó el oficial, deteniéndose a pocos pasos.

El militar bajó el arma y pidió a Alfredo que contase los hechos. Como el indígena mencionó a don Memo, el colombiano también debió narrar su parte. Otro tanto le correspondió a Matilde, ya bastante repuesta. El oficial hacía preguntas y repreguntas, como si no creyese lo que oía. ¿No les había llamado la atención que el helicóptero no acudiese ese día a Itaki?, indagó don Memo. A última hora del día anterior fueron informados desde la base aérea que la máquina sería sometida a revisión, replicó el oficial. Ni siquiera la falta de comunicación radial los sorprendió mucho. La primera noticia que tuvieron de la catástrofe se la proporcionó Hermógenes Aguirre. Don Memo llegó con una botella de caña, varias copas y ofreció un trago a los del helicóptero. Su gesto distendió los ánimos.

—No tenemos idea de qué puede haber ocurrido —dijo el oficial—. Pero es un ataque a los militares. ¡A ustedes nada les pasó! Esas mujeres murieron porque había soldados allí.

—¿Y los aviones? ¿Y el helicóptero?

—¡Destruídos también! Nadie escapó vivo. Nadie. Registramos los alrededores, y no encontramos a ningún militar con vida. Algunos que alcanzaron a huir, fueron quemados lejos del cuartel.

El oficial volvió al helicóptero. La máquina hizo girar su gigantesco rotor, silbaron las turbinas, y emprendió vuelo en medio de la noche.

11

EN LOS ÚLTIMOS TRES AÑOS sus visitas a Santa Trinidad escasearon, porque la carrera militar y sus primeros pasos en la vida política de Los Andes copaban su tiempo. El general Carlos Evaristo Morales comenzaba a distinguirlo, y se rumoreaba que pronto se convertiría en uno de sus principales colaboradores.

Su padre, fallecido dos años antes de un infarto cardíaco, conocía desde la juventud al entonces coronel Leopoldo Zúñiga, ahora ascendido a general de brigada. Le presentó a Raimundo, y el joven lo impactó favorablemente, según le relataría su padre: siempre impresionaba bien a las personas que le interesaban.

—Zúñiga es hombre de confianza del general Morales, y de su mano llegarás a cualquier parte, ¿entiendes? Porque estoy convencido que tienes un brillante porvenir, hijo. Y las cosas no tardarán en darse favorables a tus ambiciones...

No confiaba en la intuición paterna, porque nunca pudo comprobarla. En cambio a su madre, que murió víctima de

una rara enfermedad cuando Raimundo recién ascendía a teniente, pocas veces la engañaba la intuición. Y de ignorar Raimundo que Raquel no era su mamá, habría atribuido a ella algunas de sus especiales condiciones.

Sus últimos catorce años los dedicó a sus estudios militares, tanto en Los Andes como de perfeccionamiento en los Estados Unidos. Y no sólo por la ayuda de su padre, sino porque además siempre fue un cadete brillante. En ese lapso Raimundo se preparó a conciencia para lo que veía avecinarse con gran certidumbre: su ascensión al mando supremo de Los Andes. No lo pregonaba, por supuesto. Ni siquiera a su padre se lo decía. Y cuando éste le recordaba sus palabras en el comedor de Santa Trinidad, anunciando que estudiaría para militar como un medio de llegar a la presidencia, Raimundo se limitaba a reírse, sin negar ni asentir. El papá nunca indagaba mucho, porque siempre vivía sumergido en negocios y otras actividades parecidas. Tampoco su muerte, como la de su mamá, lo alteró especialmente. Y no por el hecho de conocer su condición de hijo adoptivo; su falta de apego a las personas, fuesen hombres o mujeres, derivaba de su estructura biológica, sin duda, porque jamás lo afectaron esos sentimientos. Algún día Zulema tal vez resolviera aquella faceta de su personalidad, porque Raimundo, poco dado a la introspección, no se preocupaba de averiguarlo. Únicamente lograban afectarlo los secretos contornos que rodeaban su nacimiento.

Se casó con Isabel Quiñones y Andrade, tanto por darle gusto a su padre, que siempre estuvo vinculado a la familia de su mujer, oriunda también de los alrededores de Aricocha, como porque la posición de los Quiñones, antiguos terratenientes de Los Andes, convenía a su porvenir político. Isabel poseía un gran atractivo, condición vital para el futuro Supremo, porque otro tipo de lazos no lo motivaban. Isabel sabía ser discreta, y no trataba de penetrar su perso-

nalidad, cosa que habría sido decisiva para distanciarlos. Sus continuas aventuras con otras mujeres siempre transcurrieron discretamente, sin dejar huellas ni permitir siquiera que algún rumor llegara a oídos de Isabel. Y la verdad es que Isabel nunca se enteró de nada al parecer, aunque dada su prudencia innata, quizá se hizo la desentendida. Por otra parte las mujeres andinas, educadas dentro de un machismo secular, procedían siempre de la misma manera.

Ni los hijos lograrían alterar su personalidad. Los sabía parte de su familia —el sentido de posesión era fuerte en él—, y se preocupaba de darles cuanto quisieran, pero raramente los soportaba mucho tiempo a su lado. Disimulaba esta opacidad afectiva delante de su mujer y su padre porque habría desconcertado, e incluso molestado a sus familiares más inmediatos. Total: nada costaba fingir un poco. Pero a veces se sorprendía al descubrir la facilidad con que olvidaba hasta la existencia de su familia cuando no estaba junto a él.

El propio general Zúñiga le confió una visita de inspección que incluiría Itakí, Aricocha, Oribamba y otras localidades de su región. En los días precedentes, la idea de viajar a Aricocha comenzó a asediarlo. Y Raimundo sabía que le bastaba desear ciertas cosas para que le fuesen concedidas. Cuando Zúñiga lo llamó para encomendarle la misión, sus confusos deseos de viajar se materializaron en la idea de que Zulema los guiaba. No veía a la vieja india desde su visita a la Morada del Espíritu de la Montaña, y aunque le interesaba realmente conocer la última revelación, jamás se le habría ocurrido presionarla. Debía esperar su llamado. Ni siquiera el peligro de que la anciana muriese lo preocupaba: Zulema sabría cumplir su promesa. Quizá ella misma, valiéndose de sus poderes, influyó para que Zúñiga le ordenase la inspección; creía en lo mágico como algo concreto, lógi-

co, no discutible. Pero sus condiscípulos siempre lo tuvieron por un racionalista, porque nunca le confesó a nadie sus ideas frente a los hechos sobrenaturales. Mantuvo siempre una actitud fría ante la religión, que sus padres le hacían practicar. Separaba inconscientemente la religión de las supersticiones, tal vez porque el ritual de la primera la revestía de mucho formalismo. En cambio las groseras creencias de Zulema le tocaban alguna fibra íntima, desconocida, sumergida muy en lo hondo de su conciencia. Dentro de su gran confianza para proceder en todos los terrenos, solamente Zulema y sus ocultos manejos habían logrado causarle una cierta aprensión. Sensación irritante, porque a nada temía.

La salvación del alma, la lucha entre el Bien y el Mal, y la resurrección de los muertos lo dejaban frío. Al confesarse siempre se guardaba lo más decisivo. Y cumplió con ese rito mientras su madre lo controlaba, porque después de su muerte no volvió a hacerlo, aunque mantuvo en secreto su alejamiento de la Iglesia. Nunca le confesó al sacerdote, por ejemplo, que tenía varios muertos a su haber. Rodeaba esos aspectos de su vida de un total hermetismo.

En la guardia del regimiento de Aricocha le avisaron que una mujer llamada Zulema necesitaba verlo esa misma noche. Agonizaba en la sala común del hospital de la ciudad. Ahí estaba la respuesta a sus inquietudes de los últimos días: Zulema le haría la revelación final. Pero antes debía comer con el coronel Rudecindo Fernández, comandante del regimiento, que lo había invitado en cuanto lo viera llegar. Calmoso ingresó al comedor de oficiales, una vasta habitación con vigas al descubierto, muros enjabelgados y ventanas provistas de gruesos barrotes. Fernández apareció cuando un ordenanza conducía a Raimundo hasta la mesa del coronel, y saludaba con secas venias a la concurrencia.

El coronel quería noticias de la capital. Hombre de pelo crespo, labios gruesos y nariz aplastada, herencia de algún

antepasado negro, sus ojos saltones nunca miraban de frente. Raimundo fue cauteloso en sus respuestas: deseaba tirarle la lengua a ese mulato disfrazado.

—Yo creo que el Gobierno no sabe aplicar la dureza como corresponde —comentó Fernández con su voz ronca, arrastrada—. Es muy duro cuando no es necesario, y no lo es cuando debe serlo...

Trajerón los aperitivos.

—Voy a ponerle un ejemplo sobre la marcha —prosiguió—: al mayor Aguayo le demostraron su gran amistad con el agregado militar soviético, y que por su intermedio estaba metiendo material de propaganda, aprovechándose de las franquicias diplomáticas...

—¡Un momento, mi coronel! —interrumpió Raimundo, clavándole los ojos—. Eso no pudo establecerse en el sumario. Conozco a Aguayo desde la Escuela Militar, y no lo creo capaz de un acto así.

A Raimundo Ruiz le constaba que Aguayo se comprometió con los rusos, y seguramente lo utilizaban como una especie de correo. Pero en esa época Raimundo se iniciaba en la política, y su instinto le aconsejaba no abanderizarse en el campo internacional. Andrés Flores y Rubio, derrocado siete años antes por el general Carlos Evaristo Morales, fue muy criticado por haber establecido relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y sus satélites. Pero Morales mantuvo esta decisión, e incluso celebró convenios comerciales con los rusos: amplió lo hecho por su antecesor. La actitud del general Morales no contaba con el respaldo de una parte del ejército, donde la derecha gozaba de influencias, aunque sin ser mayoritaria. En el ámbito castrense primaban las ideas liberales y democráticas, porque la izquierda no pesaba para nada.

No ignoraba Raimundo Ruiz que Aguayo se libró gracias al apoyo de altos oficiales, con influencias en el Gobierno,

como el propio general Leopoldo Zúñiga: el sumario estableció su culpabilidad. Pero las pruebas fueron escondidas, y con seguridad incineradas antes de que trascendiesen. La intuición de Raimundo lo inducía a extremar su cautela; algo se gestaba a la sombra del corrompido régimen de Morales. Pero el dictador seguía fuerte, y necesitaba escalar otros peldaños durante su gobierno, como darse a conocer en las altas esferas, establecer los contactos básicos, y prepararse para el porvenir. Si Morales cayese ahora, por ejemplo, sus expectativas se verían amagadas. Ninguno de los posibles sucesores de Morales convenía a sus intereses. Se barajaban los nombres de los generales Alfonso Retamal y Florindo Tapia, el primero de origen modesto, con rasgos que gritaban su ancestro indígena, y el segundo de carácter inestable, grosero, preocupado siempre de dejarse ver junto al presidente.

Con cualquiera de los dos en el poder, Raimundo veía amenazada su carrera política e incluso militar. Las deferencias de ambos oficiales derivaban del poder económico y social de su familia: en el fondo tanto Retamal como Tapia no querían a Raimundo Ruiz. De ahí que la permanencia de Morales en el poder un par de años más le parecía indispensable. En un país como Los Andes, cualquiera que se convirtiese en dictador como Morales, podía eternizarse en el cargo, quedando al mando de la nación por diez, veinte o treinta años. Pero a Morales no se le veía un gran porvenir debido a sus graves errores. Raimundo calculaba que su oportunidad se presentaría en un tiempo más.

Como sus opiniones no contaban con el respaldo de su invitado, el coronel dejó de insistir en Aguayo. Fernández bebía seguido, y trataba de que Raimundo lo imitase. Pero Raimundo se cuidaba mucho del alcohol como norma general. Además debía enfrentar a Zulema esa noche, y necesitaba toda su lucidez: el trago le provocaba sueño. Terminada

la cena el coronel lo invitó a la cantina, pero Raimundo se excusó con firmeza: un compromiso familiar lo obligaba a retirarse de inmediato.

En un jeep conducido por un cabo Raimundo se dirigió al hospital, emplazado en las afueras de Aricocha, a la vera de una calle polvorienta y escasamente iluminada. Una jauría de perros vagos hurgaba en los basurales acumulados junto a la rústica vereda del establecimiento. Raimundo golpeó la puerta del antiguo edificio, cerrado a esas horas. Pero su condición de oficial de ejército fue suficiente para el administrador. Pidió ver a Zulema en un lugar sin testigos. El administrador, que no hacía otra cosa que asentir y agacharse ceremonioso a cada palabra de Raimundo, lo dejó instalado en su oficina, y partió a cumplir sus instrucciones. Las paredes blancas, desprovistas de cuadros, excepto algunos diplomas, atestadas de manchas, grietas y descascaraduras, acentuaron su estado premonitorio.

La enferma se agravaba por momentos, y podía fallecer de improviso, le advirtió el administrador, mientras lo guiaba por un corredor mal iluminado. La blanca ropa de cama cubría a Zulema hasta el cuello. Parecía una momia encogida, agrietada, reseca. Silbaba al respirar, y su voz apenas se oía. Abrió los ojos al llegar Raimundo, pero casi de inmediato volvió a cerrarlos. Su mismo agotamiento aumentaba su natural impavidez. Sus palabras surgieron débiles, como si alguna fuerza superior le hiciera modularlas y superar su decreciente vitalidad.

—Ya eres un hombre, niño Raimundo. Te esperan grandes cosas, pero también muchos problemas. Te he llamado porque le hice un juramento a Nestoria, la gran maga de mi tribu, cuando estaba agonizando. Ella hizo un pacto con el Espíritu de la Montaña en tu nombre. Le prometió que te presentarías en su Morada cuando llegases a la madurez a escuchar sus revelaciones. Y para que mi alma descanse en

paz cuando haya muerto esta noche, tienes que cumplir esa promesa. Sé que lo harás. Algunos hombres de mi tribu conocen el camino y nada te costará llegar. Pero entra solo en su Morada, porque al Espíritu no le gustan los extraños. Y anda siempre de noche, nunca de día.

—Explicame, mama, ¿quién es ese Espíritu?

—Vino del cielo al principio de los tiempos, cuando existía aquí una raza de hombres blancos. Esos hombres construyeron para el Espíritu la Plaza del Buitre y su Morada. Pero se rebelaron contra el Espíritu y fueron castigados. Entonces el Espíritu se marchó, pero volvió un poco antes que yo naciera, y se presentó a Nestoria. Ella fue la primera que conoció su Morada. Antes nadie la conocía. El Espíritu le pidió que le llevara una muchacha virgen, y Nestoria fue con Felicia, una india de mi tribu. La llevó al mismo sitio que tú conociste. También vino la luz y Felicia se desmayó —aspiró una bocanada de aire con un susurro—. Poco tiempo después Nestoria notó que Felicia esperaba un hijo. Y ese hijo eres tú, niño Raimundo.

—Pero, ¿quién fue mi padre?

Su voz se esparció extrañamente por la habitación de alto techo envigado, iluminada por una ampolleta desnuda que colgaba de un clavo en el muro.

—Nadie sabe quién fue tu padre. Quizá Nestoria lo supo, pero nunca lo dijo. Felicia murió cuando tú naciste, y yo te llevé, por encargo de Nestoria, que seguía recibiendo los sueños del Espíritu de la Montaña, hasta las puertas de las casas de Santa Trinidad. Y allí te encontraron los que conociste como padres.

Raimundo sabía en parte esa historia. Por dramáticas que fuesen las revelaciones de Zulema, no lo emocionaron mucho. También había escuchado el caso de Felicia, y sospechaba que alguna relación tenía la joven india con su origen. Siempre dudó de la versión de sus padres, de que era hijo

único de un primo lejano, fallecido con su mujer en un accidente. A través de ciertos comentarios de viejos indios, escuchados a hurtadillas en las casas de la hacienda, se enteró de su llegada a Santa Trinidad y de otros detalles vinculados con su nacimiento. Y aunque ese aspecto de su vida siempre lo inquietó, nunca habría intentado averiguarlo por intermedio de sus padres.

—¿Cómo te comunicabas con el Espíritu?

—A través de los sueños, igual que Nestoria. Al morir ella comencé yo a recibir los sueños cada vez que visitaba su Morada. El Espíritu posee grandes poderes. Hace ver visiones en los cielos, unas luces brillantes que aparecen y desaparecen.

—¿Qué son esas cosas?

—Ilusiones, solamente. Demostraciones de sus grandes poderes. —Pareció tomar aliento—: Llegarás donde quieras, niño Raimundo. Pero en los momentos de duda debes ir a la Morada del Espíritu de la Montaña. ¡Él nunca dejará de ayudarte!

Zulema calló. Raimundo acercó el oído a la cara de la india, y pudo escuchar su respiración decreciente. Llamó al administrador del hospital quien, luego de examinarla, la cubrió con la sábana. Había muerto.

Raimundo se alejó calmamente. Una gran fuerza interior lo poseía y, también, una ciega confianza en sí mismo y su futuro.

12

CRUZABA FRENTE AL PALACIO de los Presidentes, rumbo a la radio, luego de visitar a Ignacio Alarcón, cuando un automóvil se detuvo ante la puerta del edificio. Se sobresaltó al divisar tras la ventanilla a Clarisa, que lo saludaba con una sonrisa amplia. Se acercó al vehículo para abrir la portezuela, pero el chófer se adelantó. De blanco, en medio de la atmósfera caldeada de la mañana, la mujer descendió del coche. Al estrechar su mano cálida, las revelaciones nocturnas de Ortiz acudieron a la mente de Valerio. Tenía resuelto no volver a verla por algún tiempo: la sombra del Supremo proyectándose sobre la viuda lo alteraba.

—¿No entraste a ver si estaba, por lo menos? —Fue la primera en hablar.

Se disculpó con una cierta precipitación, invocando sus preparativos para el viaje a la Plaza del Buitre. El automóvil de Clarisa se dirigió al estacionamiento, y otro coche con dos oficiales se detuvo en el mismo sitio. Los militares saludaron a Clarisa con una ostentosa amabilidad.

—¡Voy muy bien acompañado! —agregó, tratando de parecer cordial y comunicativo, cosas que inexplicablemente no sentía—. La mujer de Unger, el cineasta americano... ¡Es sensacional, me han dicho...!

—¿Sí? ¿Ella va también? —La sonrisa desapareció de su rostro.

—¡Por supuesto! ¿La conoces?

—Este... ¡No personalmente! Pero alguien me habló de ella días atrás —dijo vacilante, como arrepentida de sus palabras.

—Bueno. —Varias ideas se amontonaron en su imaginación, rodeando el rostro sardónico de Ortiz—. ¿Cómo no va a ir cuando el viaje lo organizó el Gobierno para Douglas Unger, que quiere filmar un documental de la Plaza del Buitre?

Sólo ahora, frente a Clarisa, el nombre de Unger cobró importancia para Valerio. La primera vez, la noticia de que viajaría a los famosos lugares le hizo pasar por alto incluso el comentario de Ignacio sobre las relaciones del Supremo con Virginia Unger. Pero el recuerdo de este comidillo trivial, unido a las revelaciones de Ortiz, revistieron súbitamente de una connotación particular las actividades sentimentales del Supremo. Alarcón admiraba ese aspecto de la personalidad de su amo, materialización quizá de las fantasías eróticas del flacuchento funcionario, empedernido solterón. Virginia Unger y Clarisa, los dos amantes del Supremo, quizá simultáneamente, porque según Ortiz la viuda aún no se desligaba del dictador. De ahí tal vez el elocuente desagrado de Clarisa al enterarse de la presencia de Virginia Unger en la excursión. Un sordo furor contra el Supremo, y contra sí mismo lo acometió, porque de pronto, en la acera calurosa, aún poco transitada, descubrió el atractivo de la mujer. Hasta entonces permaneció latente, oculto bajo diversas represio-

nes, entre otras la propia actitud defensiva de la viuda, que se empeñaba en mantener las relaciones dentro de límites formales. Pero la visita de Ortiz destruía la virtud de Clarisa. Curiosamente, Ignacio Alarcón, que cantaba las hazañas sexuales de su jefe, nunca insinuó nada sobre las relaciones de éste con la viuda. Pero también la posición de Clarisa dentro del Gobierno pudo haberlo inhibido para incluirla en sus pelambrillos.

—Espero que te vaya muy bien en tu paseo —dijo Clarisa con una cierta brusquedad—. ¡Qué lo disfrutes mucho...! Perdóname ahora, pero tengo que hacer varias cosas.

Pasó por delante de Valerio, y trepó los escalones de piedra entre los guardias inmóviles. Desapareció en el amplio pasadizo sombreado, sin dar vuelta la cabeza. Valerio se quedó sumergido en un remolino de frustraciones, sintiendo la tentación de seguirla y de marcharse, todo paralelamente. Ni siquiera Clarisa insinuó que la llamase. Una limusina negra, escoltada por motoristas, llegó al palacio. Valerio dejó de vacilar y siguió su camino. Nadie venía en el elegante vehículo: seguramente esperaba a un personaje. Apuró el paso. El sudor caía en grandes goterones del rostro de los motoristas. Las facciones oscuras, aindiadas de los soldados, apenas disimulaban la tentación de quitarse los cascos protectores y enjugarse la transpiración con sus manos enguantadas. Pero debían permanecer allí, en posición firme junto a sus máquinas, bajo el sol aplastante, irradiando un olor a sudor acumulado.

Un perro vago levantó hacia Valerio sus ojos tristes, cuando tomaba la dura decisión de cruzar la ancha Avenida del Libertador. Tuvo que caminar despacio, deteniéndose de trecho en trecho para respirar y no sofocarse. Escasos transeúntes.

¿Por qué el desagrado de Clarisa al escuchar el nombre de Virginia Unger? ¿Celos, tal vez? ¿Y si su malestar lo

ocasionaba el solo hecho de imaginar las relaciones que se establecerían entre Valerio y Virginia durante el viaje? Lo acometió un brevísimo optimismo. Pero no: detrás se advertía la imagen poderosa del Supremo, el infatigable amante de cuanta mujer se cruzaba en su camino, al decir de Alarcón. Él, Valerio, no podía contar para nada en el asunto. Ortiz tenía razón. Y tampoco le cupo duda que el abogado sabía perfectamente quién era quién en esa historia. Y no ignoraba la amistad de Clarisa con Valerio. Lanzó un gran suspiro, que en el aire caliente pareció un enorme jadeo.

Se abría paso dificultosamente en medio de la atmósfera, que le oponía una resuelta resistencia. Quizá el origen de su actual debilidad fuesen la traspasada, las revelaciones de Ortiz, su reciente encuentro con Clarisa. Y, también, su destino en Los Andes. Se sintió bruscamente miserable, abandonado en aquel país caluroso, sometido a una dictadura total, donde debía cuidarse de no herir siquiera con el humo de un cigarrillo a los representantes del poder. Porque de su tacto dependía su permanencia allí hasta que lograra regresar a su patria, cosa bastante lejana aún.

Todo se le antojó absurdo de pronto. Una india gorda, bamboleándose con un canasto en la cabeza, lo precedía por la vereda. Buses acezantes y algunos automóviles se deslizaban sobre el asfalto hirviente. Se sintió abrumado por la desesperanza en medio de esa atmósfera letal, densa, impregnada con las emanaciones del cemento caldeado. Siempre evitaba hacer un recuento de los años transcurridos desde que resolviera marcharse de Chile a tentar suerte. Ahora sus escasísimos éxitos y sus grandes fracasos libraron una corta y desigual batalla en su imaginación, mientras un tábano revoloteaba en torno a su cabeza con un zumbido odioso, sordo, insistente. Derrotado en toda la línea. Debía volver a Chile. Nada ganaba permaneciendo en ese medio adverso,

pródigo en indios resentidos y gente medrosa, que no sabían cómo protegerse de la tiranía ni a quién acudir en demanda de protección.

El Supremo: un nombre que simbolizaba la esencia del servilismo, de la entrega y la sumisión. Un nombre acuñado especialmente para Raimundo Ruiz y Pastene, porque ninguno de los anteriores gobernantes lo utilizó. Un nombre que de súbito, espontáneamente o a sus propias instancias —nadie lo sabía— la población indígena de Aricocha y sus alrededores comenzó a darle cuando recién asumía el poder. Pero sin duda se originó en las implacables medidas adoptadas por el dictador contra quien osara oponérsele. Un nombre que se impuso rápida y silenciosamente, que Raimundo Ruiz aceptó desde el principio. Así al menos opinaban sus allegados.

La grabación del programa radial y el almuerzo en el Club de la Prensa algo lo tranquilizaron. ¿Volvería a sentirse el mismo Valerio de sólo dos días antes? Y todo porque la vida privada de Clarisa le hizo reflexionar en su propio destino.

Almorzó solo, con escaso apetito. En una mesa alejada divisó a Ortiz en animada charla con dos periodistas andinos. Lo saludó cordialmente al llegar, y Valerio sospechó que en el diálogo de los tres sujetos su nombre solía irrumpir. Contempló distraído los muros descascarados del viejo Club, que requería de un remozamiento total, pero nadie aportaba un centavo para la empresa.

Durmió la siesta, y al despertar, con el sol próximo a esconderse, se dio una larga ducha. Se sintió mejor, aunque el pesimismo pugnaba por volver. No se vistió: se colocó la bata, y se sentó frente a la máquina de escribir para preparar su siguiente comentario. Tardó en concentrarse, en hilvanar las primeras frases. Pero pronto la máquina comenzaba a teclear a un ritmo sostenido.

Empleó algunos minutos en corregir el texto, y luego lo pasó en limpio. A las ocho y media puso agua a calentar para el café. El trabajo lo había hecho olvidar momentáneamente sus oscuros pensamientos. Pero las ideas derrotistas regresaron a su imaginación con los bríos de una multitud que acude a oír interesantes revelaciones de la autoridad. Imposible alejarlas ni detenerlas. ¿Y si partía donde Clarisa? Pero se arriesgaba a que lo recibiese fríamente, quizá molesta. No. Sus actuales problemas tenía que afrontarlos solo, sin ayuda de nadie.

Entonces descubrió un sobre cerca de la puerta. Se inmovilizó. Alguien debió meterlo recientemente por debajo de la hoja. Y no había escuchado ningún ruido. Lo recogió, y lo examinó por sus dos caras. Sin nombre ni remitente. Humedeciéndose los labios resecos, rasgó el papel blanco. Un perfume tenue llegó a su olfato. Adentro había una tarjeta: «Vaya a Príncipe de Asturias 764. Es urgente». Ninguna firma, pero sí la hora y fecha de expedición: 24 de noviembre, a las ocho de la noche.

Se dejó caer en el sillón y se quedó con el mensaje en la mano, sumido en confusiones, poseído de un repentino temor. ¿Quién podía citarlo? La calle quedaba a unas siete cuadras de allí, más o menos a medio camino del lago. Casas viejas, residencial en parte, favorita de profesionales y comerciantes: en Príncipe de Asturias se concentraban los consultorios de médicos, dentistas, abogados y las oficinas de corredores de propiedades. La recordaba como una calle serena, adoquinada, bordeada de árboles frondosos, porque allí vivía el dentista que lo atendiera una vez. La idea de una trampa irrumpió en sus pensamientos. Y también el nombre de Ortiz se unió a su brusca ocurrencia. Pero, ¿para qué todo eso? Si alguien quisiera implicarlo en una conspiración, no tenía para qué acudir a un expediente tan ingenuo. Ignacio Alarcón. Desconocía su domicilio particu-

lar. Pero, ¿por qué ese mensaje anónimo? Y se resolvió: iría a la cita, ocurriera lo que ocurriese.

Caminó las siete cuerdas a pie, por calles poco iluminadas, con gente asomada a las puertas de las casas, o que conversaban en las veredas. El calor cedía progresivamente. A medida que se acercaba a su destino la desconfianza, los temores y dudas comenzaron a desaparecer. Y al enfilear por la acera de Príncipe de Asturias, con sus espaciados sauces y bastante solitaria, se sentía tranquilo, como poseído de un cierto fatalismo. Un vecino farol, a medias oculto por las ramas de un llorón, reveló claramente el 764.

Ninguna luz surgía por los resquicios de las ventanas de la casa, bien tenida, aunque de construcción antigua. No tuvo que esperar luego de tocar el timbre. La puerta se abrió y el perfume suave del mensaje adquirió corporeidad, se hizo personal. Se metió en las tinieblas de un pasadizo, aunque al fondo se columbraba por un tragaluz un resplandor débil, quizá procedente de algún patio. Escuchó el suave jadeo antes de que su mano entrara en contacto con una piel ardiente. Se sentía sofocado. Una piel desnuda se extendía bajo su mano, que siguió ascendiendo por un brazo hasta un hombro cálido. Un brazo le envolvió el cuello, y una boca hambrienta se abrió bajo la suya. La suavidad de una lengua se adentró entre sus dientes. Un cuerpo desnudo se apretaba contra su cuerpo vestido, acometido de suaves, instintivas contorsiones.

Sin verla en la oscuridad, sin que dijese una sola palabra, presintió a Clarisa. La mujer se apartó un instante de Valerio, lo cogió de una mano, y lo condujo a través de una habitación en tinieblas hasta un dormitorio que recibía una claridad fantasmagórica desde afuera.

Ella misma lo ayudó a desvestirse, siempre acezando, sin dejar de besarle, de oprimir sus labios contra su progresiva desnudez.

La casa también pertenecía a Clarisa. Un antiguo matrimonio de servidores se encargaba de cuidarla.

—¿Por qué no la has arrendado?

—¿Y dónde habríamos podido encontrarnos, entonces? —exclamó Clarisa, riendo—. No podría meterme en un hotelucho de mala muerte, o hacer estas cosas en mi casa, ¿no te parece?

La tranquilidad y confianza en sí mismo regresaban. La vida de nuevo comenzaba a cobrar un sentido provisto de una mínima coherencia. ¡Qué fácil parecía todo! Clarisa sintió celos de Virginia Unger por él, Valerio, y no por el Supremo.

—¿Cómo conociste a Virginia Unger?

—Por Alarcón. Una vez que fui a hablar con él me contó que había conocido a una gringa sensacional. Pero yo no sabía que iría a la Plaza del Buitre.

Conversaban en la semioscuridad del cuarto, a media voz, como si alguien pudiese oírlos. La habitación daba a un patio, de donde provenía la luz. Todo olía a limpio, a nuevo.

—Te has preocupado de mantener impecable esta casa —comentó, distraído.

La piel húmeda, tibia de la mujer, quedó vibrando levemente, como poseída de una repentina tensión.

—Aquí me juntaba con don Raimundo Ruiz y Pastene —dijo quedamente, midiendo sus palabras, como hablando consigo misma, o hiciese recuerdos en voz alta—. Pero todo terminó hace más de dos años, cuando murió mi marido. ¡No pude soportar más esa situación!

Se apretó a Valerio, y el firme pecho de la mujer presionó su bíceps. La presencia del Supremo, repentinamente materializada en algún rincón de la alcoba, se desvaneció.

—¡Pensarás que soy un monstruo! —sollozó—. Y tienes toda la razón. No merezco piedad de nadie. ¿Entiendes? ¡De nadie!

—No digas tonterías. Supongo que estarías enamorada, ¿no?

—Sí, estaba muy enamorada. Fue el primer hombre que amé de veras...

—¿Y tu marido? ¿No estuviste enamorada de él?

—No, nunca lo amé. Me casé con él para librarme de Raimundo. Pero fue inútil. Al mes de casada lo engañé... Y seguí engañándolo durante todo nuestro matrimonio.

Recordaba al Supremo desde que tenía uso de razón. En ese tiempo sus padres se visitaban con Isabel, la esposa del Supremo, y solían veranear en Santa Trinidad, cuando la carrera política de Raimundo Ruiz se hallaba en sus inicios. Clarisa pensaba que siempre había estado enamorada de su tío. A su vez él era seco con ella, nunca le dio confianza, característica que constituía un rasgo innato de su personalidad. Le besaba fríamente en una mejilla para saludarla o despedirse, y no recordaba haber recibido una caricia de Raimundo Ruiz en la niñez. Pero cuando cumplió los catorce años, sus relaciones cambiaron de súbito.

Entraba al salón en vísperas del almuerzo, y notó que los ojos de Raimundo la escudriñaban de extraña manera, como queriendo penetrarla. Fue algo rápido, que no volvió a repetirse mientras permanecieron en el comedor. Como si su tío la hubiese olvidado completamente. Pero Clarisa seguía sintiendo la mirada de Raimundo fija en ella, y cada cierto tiempo lo observaba a hurtadillas, pero sin ningún resultado.

Clarisa se dirigía a su dormitorio, para recostarse un rato y eludir el calor de la tarde, cuando unos pasos firmes a sus espaldas la hicieron volver la cabeza. Raimundo abrió una puerta que daba a una sala largo tiempo en desuso, y se la

señaló con un gesto perentorio. Al otro lado del patio, en el corredor, dos indios viejos desgranaban choclos, y no se percataron de la escena. Trémula, Clarisa obedeció. Su tío cerró la puerta, pero la vasta habitación, con olor a encierro, siguió recibiendo una débil claridad a través de las cortinas corridas. Entonces Raimundo, calmoso, sin quitarle los ojos, y manteniendo una total mudez, se desvistió en su presencia hasta quedar desnudo. Clarisa lo miraba aterrorizada, sin atinar a moverse ni a decir nada. El hombre avanzó hacia ella, que retrocedió lentamente hasta tropezar con un viejo sofá. La mirada del futuro Supremo despedía un destello hipnótico, que la inmovilizó. La hizo dar media vuelta, le desabrochó el vestido, y se lo quitó. Luego, acometido de una repentina ternura, comenzó a acariciarla y terminó de despojarla de toda la ropa. Un terror mezclado con una secreta excitación le impedía defenderse. Porque el amor que desde largo tiempo le profesaba lentamente reaparecía, ahuyentando su miedo.

La experiencia del hombre de treinta años hizo el resto. Desde entonces su amor por Raimundo se convirtió en adoración, en una emoción excluyente de cualquier otro sentimiento. Sin embargo jamás logró conocerlo. Hablaba poco con ella, y aunque sabía escucharla, se aislaba en sí mismo, revistiéndose de una barrera impenetrable. De ahí que en sus relaciones la enigmática personalidad de su tío siempre le inspiró un secreto temor.

—¿Cómo es? —preguntó débilmente Valerio.

—No sé. Es una persona terrible, nada más. Creo que no distingue el bien del mal. O por lo menos finge ignorarlo. Hace uso de todo, de hombres y mujeres. Mientras no te tercies en su camino, te deja vivir, y hasta puedes prosperar a su alero, como lo han hecho muchos. Pero si descubre que te interpones, o lo sospecha solamente, te aplasta como a un insecto. Es muy hábil, en todo caso, y sabe hacer las

cosas. Siempre toma las precauciones indispensables, porque no es grosero ni vulgar. Pero es preferible no conocerlo, no entrar en relaciones con él.

—¿Y tu marido? ¿Sospechó algo?

—No lo sé. Mi marido era demasiado frío, demasiado preocupado por hacer una carrera brillante en el ejército. Le complacía que yo fuese pariente del Supremo, aunque no se casó conmigo por eso. Yo tuve la culpa, es la verdad. No debí casarme, porque sabía que no estaba enamorada. Y tampoco podía enamorarme mientras siguiera con Raimundo Ruiz.

—Pero te libraste. Y es lo importante.

—A un precio muy alto, demasiado alto. Prácticamente arruiné mi vida.

—¿Por culpa del Supremo?

—En parte, sí. Pero se metió otro tipo en el asunto, alguien que seguramente conoces de nombre: Ignacio Valverde, el famoso coronel. —Escuchó su tensa respiración—. Ese tipejo repugnante se enamoró de mí, y se me declaró en una fiesta del Club de Oficiales. Había tomado bastante... Me puse a reír, y lo eché a la broma.

Pero Valverde, humillado con la reacción de Clarisa, le dijo al oído, en medio del bullicio de la concurrencia, que conocía sus relaciones con el Supremo. Y se alejó. Fue tal su terror que no se atrevió a contarle a nadie el incidente. Estuvo tentada de confesárselo a su marido. Pero se arrepintió. Tampoco iba a decírselo al Supremo. Entonces se le hizo clara su ambigua situación, lo difícil que le sería seguir manteniéndola. Pero a la semana Valverde intentó su golpe. Fue derrotado, hecho prisionero y fusilado, todo antes de dos horas de su captura. El Supremo ni siquiera lo hizo interrogar. Habían sido amigos en una época, pero Clarisa sabía que esos sentimientos no se albergaban en el corazón de Raimundo Ruiz y Pastene.

—Pero también Diego murió durante los enfrentamientos... Fue demasiado para mí. No era mala persona, y realmente me quería, aunque su frialdad natural le impedía exteriorizar su amor como me hubiese gustado.

—En cambio tu tío parece que es un maestro en esas cosas.

Clarisa enmudeció. Luego su mano descendió suave por el vientre de Valerio, y una rara, ahogada risa, surgió desde sus entrañas. Se dio vuelta lentamente sobre Valerio, y las puntas de sus senos, endurecidas, se hundieron en el pecho del hombre. Empezó a restregarlos despaciosamente contra su piel. Sintió el aliento de la mujer en la cara, y luego su boca se unió a la de Valerio acometida de una repentina, irreprimible voracidad.

13

LAS NEGRAS NUBES SE DESPLAZABAN perezosas, a punto de largar su carga de agua. Al entrar en Aricocha el chubasco rompió furioso, sin aislados goterones que lo anunciaran. Los limpiaparabrisas se demostraban incapaces de despejar los chaparrones que cubrían el vidrio. Pero aceleró en lugar de disminuir la velocidad: el estado de los caminos se encargaba por sí solo de fijar los límites a cualquier exceso. Adoptada una resolución sobre sus próximos pasos, toda demora se le antojaba intolerable.

Fracasada su misión para establecer la existencia de la base secreta dentro del plazo fijado, porque la policía política le pisaba los talones, debía considerar milagrosa la nueva pista que casualmente hallara. Aunque siempre ocurre así: cuando un trabajo acucioso falla por motivos incontrollables, nunca deja de rendir frutos tangenciales.

Acababa de estacionarse cuando divisó por el espejo retrovisor al doctor Rudolph Wilson, meteorólogo jefe de la estación, dirigiéndose a su oficina con un hombre bajo,

moreno, aunque norteamericano a todas luces, y al que nunca viera antes. Cruzarían junto a su camión. Bajó de la cabina y se quedó inmóvil, dejando el vehículo de por medio. Aunque conversaban en voz baja, Koch alcanzó a oír que el moreno decía:

—... nuestro hombre anda por estos lados, como siempre lo hace en vísperas de alguna crisis. Seguramente va a la Plaza del Buitre. Hasta hoy estaba en su hacienda...

Nada más pudo oír. Pero bastó para que sus mecanismos asociadores funcionasen: el norteamericano se refería al Supremo. Conocía bastante la vida del dictador para saber de sus visitas a un desconocido lugar emplazado en los alrededores de Aricocha, según algunas versiones en la propia Plaza del Buitre. Sabía de las relaciones del Supremo con una vieja que oficiara de doméstica en Santa Trinidad, muerta varios años antes, y la cual lo habría conducido a una misteriosa Morada del Espíritu de la Montaña. Además esa mujer se había enterado del secreto del nacimiento de Raimundo Ruiz y Pastene.

Estas habladurías, escuchadas por Koch entre los obreros indígenas de Epra y en las cantinas de Aricocha, quedaron archivadas en su mente, sin saber qué importancia darles. Pero se reactualizaron al oír el diálogo de los norteamericanos. Quizá allí estuviese la clave de todo, e incluso del aeródromo fantasma. Averiguó que el moreno, de nombre Wiley, solía visitar la base, y se le consideraba un agente de la CIA destacado en Bolívar. Hubiese sido preferible proceder en un estricto secreto, pero esta misión requería del apoyo de su contacto en Aricocha, el dentista del pueblo.

Dejó el camión en Epra, y aprovechando la ausencia de su jefe, se dirigió a la residencial bajo el diluvio. Al pagar la cuenta, la encargada de la pensión, una mestiza inexpresiva, le informó:

—Un hombre vino a preguntar por usted hace como una hora.

Koch fingió una total frialdad:

—¿Sí? ¿Dejó su nombre?

—No, pero dijo que volvería más tarde.

—¿Lo había visto antes?

—Parece que trabaja con el dentista, el señor Andrade. Lo tiene para hacer el aseo, y para los mandados...

El chubasco cesó. Un viento cálido alteraba con sus silbidos el silencio de la consulta, emplazada en los fondos de una vieja casa colonial. Andrade se alteró visiblemente al saber que habían identificado a su sirviente.

—Tuve que mandarle recado, porque recibí un mensaje desde Bolívar. Quieren que abandone su misión ahora mismo. ¡No debió venir!

—Nada tema: es difícil que me estén siguiendo ahora. Debo meterme en la selva para terminar mi investigación, y necesito que alguien me acompañe. A la selva no le temo, porque me he criado en ella. Pero si me pasara algo, sería bueno que la gente de Bolívar lo supiera.

Pero no le explicó que necesitaba alguien que lo guiara hasta la Plaza del Buitre. Andrade le recomendó a un mestizo que trabajaba con un zapatero en las afueras de Aricocha. Conocía la región y era de fiar.

—Otra cosa: usted nada sabe de mi visita, ¿entiende? Si dentro de tres días no recibe noticias mías, avise a Bolívar. Antes no.

Al anochecer se alejaba de Aricocha en compañía del mestizo Tomás, disfrazado como los indios del lugar, incluyendo un sombrero de paja y una manta corta. Un destartado bus los condujo a un villorrio situado en la frontera de la selva, y desde allí siguieron a pie, orientándose hacia la Plaza del Buitre. A Tomás le inspiraba recelos la meta de Koch, pero éste lo tranquilizó asegurándole que lo enviaría

de regreso en cuanto llegaran a destino. Koch quería asegurar el secreto de su misión.

Durante el día avanzaron evitando las factorías y escasos poblados que luchaban incansables contra las arremetidas de la jungla. Las últimas horas no se toparon con un alma; solamente los monos, cakatúas y guacamayos estallaban en chillidos al notar su presencia. Al atardecer el Mirador del Indio se mostró a través de un claro, pero desde su posición la cabeza del ave cuyo nombre adoptara la Plaza permanecía invisible para Koch.

Reanudaron el camino de amanecida, y tomaron por una ladera suave, progresivamente libre de vegetación. Se encontraban cerca del sitio visitado por el Supremo de vez en cuando, según los informes reunidos por Koch y confirmados por Tomás. De ahora en adelante debería limitarse a esperar el arribo del Supremo, acontecimiento que su intuición no dejaba de anunciarle. A medida que transcurrían las horas su idea se consolidaba, despertándole una secreta inquietud. Tomás le proporcionaba información sobre la zona y repetía, con pocas variantes, los enigmáticos aspectos de la niñez del dictador, conocidos por todos los indígenas de Aricocha y sus contornos.

Estas historias, naturales para los pobladores de la provincia, nunca fueron interpretadas en la dimensión que Koch empezaba a atribuirle por los enemigos políticos de Raimundo Ruiz y Pastene, oriundos en su mayoría de los principales centros urbanos andinos. Se limitaban a calificarlas como anécdotas desvirtuadas y magnificadas por los supersticiosos nativos, y que el Supremo, mañosamente, se cuidó de cultivar para revestir de temerosos contornos su personalidad. Pero aquí quizá se encontraba la clave del enigma, aunque no respecto a la política del país.

—Los gobiernos civiles no resultan en Los Andes —le había dicho una vez su jefe en Epra, hombre entregado exclu-

sivamente a su trabajo, y que caminaba con anteojeas dentro del régimen actual—. No han sido capaces de crear una tradición política. Ninguno se preocupó por consolidar la democracia: sólo llegaban al poder a llenarse los bolsillos.

Y se explayó sobre el corrompido régimen de Andrés Flores y Rubio, el último gobierno civil de Los Andes, que terminó rodeado por una corte de aprovechadores, exclusivamente preocupados de enriquecerse a costa de las arcas fiscales. Al asumir Flores y Rubio existían dos partidos políticos, uno de derecha tradicional, y otro de centro, bastante liberal, pero en las postrimerías de su gobierno, apoyado por un ejército al mando de generales gordos, reblandecidos y eternizados en sus grados, los partidos se hallaban subdivididos en nueve. Tuvo que surgir un coronel como Carlos Evaristo Morales para poner las cosas en orden: sacar a Flores, enviar a retiro a todos los generales, y asumir el gobierno con plenos poderes.

Pero también algunos regímenes militares cometieron errores, a juicio del jefe de Koch. En especial el del general Remigio Pezoa, muerto en raras circunstancias, según algunos envenenado, y cuya desaparición originó un vacío de poder, permitiendo la convocatoria a elecciones y el triunfo de Pascual Jiménez, antecesor de Flores. El general Pezoa había llegado con grandes ínfulas alfabetizadoras, y dilapidó el dinero de los contribuyentes en construir escuelas para la indiada. Craso error: porque cuando abundan los mestizos e indios, mantener la ignorancia es vital. Que Koch no fuese a considerarlo retrógrado por esta opinión. (Koch se hacía pasar por un ecuatoriano de ascendencia alemana). Pero en los países tan pobres como Los Andes, es imposible levantar el nivel de vida de la población sin desastrosas consecuencias económicas, especialmente cuando la raza se encuentra muy mezclada.

—Le aseguro que son preferibles los negros que los indios

y mestizos. Con éstos no hay nada que hacer, excepto mantenerlos como peones, bajo el látigo, y tratando de que aprendan lo menos posible para no despertarles el apetito reivindicatorio. Mientras nuestros gobiernos tengan clara esta idea, podremos vivir tranquilos. Por suerte así lo ha entendido el Supremo. Teníamos mucho miedo de que se lanzara de nuevo con la alfabetización cuando entró en tratos con los rusos...

—¿Y cuál ha sido el papel de la Iglesia Católica en Los Andes? —preguntó Koch. Conversaban en la estrecha oficina de la bodega, impregnada con la fragancia relajante de los plátanos arrumados en los patios—. Porque en muchos países le crea problemas a los gobiernos...

En Los Andes la Iglesia jamás se habría prestado para proteger a los enemigos del régimen. Incluso en la época de la amistad del Supremo con el marxismo, la Iglesia se mantuvo ajena a la política contingente. Porque el arzobispo de Bolívar era hombre de derechas, y aunque sus ideas no contasen con el apoyo unánime le la curia, llevaba veinte años a la cabeza de los católicos andinos. Mientras se preocupase de marginar la Iglesia del poder temporal, gozaría del apoyo irrestricto de Raimundo Ruiz y Pastene. Aunque el Supremo no profesaba abiertamente el catolicismo —sus ideas religiosas, como muchos otros aspectos de su personalidad, los mantuvo siempre escondidos— representaba a la oligarquía terrateniente andina, y por lo tanto a la derecha, a pesar de su circunstancial acercamiento al comunismo.

En el caso de que nada acaeciera dentro de las próximas veinticuatro horas, Koch pensaba escalar el cerro para echarle un vistazo a la Plaza del Buitre, aunque fuese desde la distancia. Como a las cuatro de la tarde, cuando Koch y Tomás dormitaban bajo un calor que la cercanía de la

montaña tornaba tolerable, un ruido bronco se acercó rápidamente. Era un helicóptero.

Protegidos por un bosquecillo, pronto divisaban un aparato militar que descendía progresivamente sobre la selva. A Koch no le cupo dudas que allí venía el Supremo. El helicóptero desapareció tras una estribación del cerro, y el ruido del motor se extinguió: había aterrizado no muy lejos.

En las proximidades del sitio donde debía estar la máquina, Koch dijo:

—Vuélvete a Aricocha, y cuéntale todo al señor Andrade, para que informe a Bolívar. Espero estar de vuelta en dos días más. Si no regreso, que me busquen por estos lados...

Tomás no se hizo repetir la orden. Koch abrió su mochila, y sacó una granada de alto poder, que le proporcionaran los revolucionarios. Y preparó su pistola. La idea de tener al Supremo al alcance de la mano lo llenó de una creciente euforia. Quizá él solo, ayudado por la suerte, resolviese de una vez el dilema, evitando una revolución sangrienta.

Aprovechó los últimos fulgores del crepúsculo para acercarse otro poco al helicóptero. Debía abrirse camino apartando las lianas, helechos y ramas de mangle con toda cautela para no meter ruido. Un silbido a su izquierda le hizo agacharse veloz. Alguien se lanzó sobre Koch desde atrás, y lo envolvió con unos brazos de hormigón. Trató de librarse de su adversario, pero un soldado surgió al frente y le hundió la metralleta en la garganta. Tosió, asfixiado casi. Otros dos uniformados lo despojaron rápidamente de sus armas, mientras su captor, aún invisible, seguía apretándolo con furia. Ninguno despegó los labios durante el ataque. Lo condujeron hasta el claro donde un gran helicóptero aguardaba el fin del día. Algunos militares recorrían los contornos, y una fogata humeaba. Un oficial se acercó al prisionero, y le gritó:

—¡Quédese ahí de pie hasta que vuelva Su Excelencia!

Los soldados le ataron las manos a la espalda, y colocaron grillos en sus pies. Le prohibieron sentarse. El sol se puso, y la noche llegó con celeridad tropical. Un trozo de cielo con estrellas titilantes se desplegó sobre su cabeza. Turnos de dos soldados montaban guardia cerca de la lumbre, y se preocupaban de que permaneciese de pie. Debía orinarse en esa posición, y el líquido caliente corrió por sus piernas. Se sentía acalambrado, sediento. Pidió agua, y obtuvo una risotada. Como insistiera, uno de los centinelas le tiró a la cara el resto de su café hirviendo. Gritó de dolor, mientras los militares, riendo, lo conminaron a callarse apuntándole con sus armas.

Sus captores no se preocuparon de averiguar si andaba solo o acompañado. En medio de sus crecientes penalidades recordó al hombre de la CIA. Y en su cerebro torturado surgió una idea: ese agente, o los propios norteamericanos sospechaban de Koch, y le hicieron escuchar el diálogo. No le mintieron, ciertamente, pero había caído en una trampa. El Supremo lo hizo buscar apenas aterrizó el helicóptero. Podía inferir el destino del mestizo Tomás y de Andrade, el dentista de Aricocha.

Cayó a tierra con sus miembros entumecidos. Los soldados lo obligaron a incorporarse a culatazos. Sentía rota una costilla, y la cara inflamada por los golpes. Apenas veía por un ojo. La noche siguió su lenta, interminable marcha. Cerca del amanecer los militares se pusieron de pie. Apareció el oficial, y a una orden suya, todos se cuadraron: un hombre avanzó desde la selva. Sólo ahora Koch columbró que, por ese lado, una oscura mole penetraba en el cielo hasta una gran altura: el Mirador del Indio.

El Supremo regresaba sin acompañantes luego de una ausencia de varias horas. Pero conocer el motivo de su paseo nocturno de nada le serviría. El sol saltó bruscamente de la noche. El oficial informaba al Supremo sobre la cap-

tura de Koch, en una voz suficientemente alta como para que el prisionero escuchase.

—Se estaba acercando cautelosamente al campamento, Excelencia. Traía pistola y una granada. ¡Estos espías tan famosos caen como niños de pecho!

—Sus comentarios están de más, coronel —interrumpió secamente el Supremo—. Tomaré desayuno, y llevaremos al prisionero a conocer la Plaza del Buitre.

Desde la distancia fijó sus ojos verdes en Koch. Y a pesar del creciente calor de la mañana, sintió un escalofrío. Debió presenciar cómo el Supremo se sentaba a una mesa que le armaron rápidamente, y bebía una taza de café caliente acompañada de huevos con tocino y pan, sin apurarse. El hambre y la sed del prisionero crecieron hasta impedirle la visión por su único ojo. Volvió a pedir agua con su voz enronquecida, pero ni siquiera lo miraron. A una orden del coronel los soldados le arrancaron la ropa a tirones, y lo liberaron de sus ataduras. Desnudo lo llevaron al helicóptero, donde ya estaba el Supremo. Las turbinas silbaron, Koch fue tirado al suelo, y un soldado le aplastó el pecho con su bota. Por su ojo bueno Koch notó cómo los árboles de la selva se hundían rápidamente, y luego el cielo azul se extendió hasta el infinito, salpicado por unos buitres que sobrevolaban en círculo sobre alguna carroña. Se estremeció de nuevo. ¿Lo interrogarían? Pero sospechaba que sus informaciones carecían de toda importancia. El plan revolucionario había abortado. Quizá a esas horas las huestes del Supremo andaban buscando a los jefes y miembros principales de la resistencia. Su propia captura parecía la culminación de una estrategia elaborada por el dictador, y que ahora comenzaba a ponerse en práctica.

Notó que el helicóptero disminuía de velocidad, aunque sin descender. Lo obligaron a ponerse de pie. Una sonrisa apenas esbozada alteraba las graníticas facciones del Su-

premo. Lo empujaron hasta la portezuela abierta, pero lo sujetaron al borde del abismo. Ahogó un grito, porque presintió el fin que le deparaba el Supremo. Varios cientos de metros abajo se extendía una superficie pareja, ancha y larga como una pista de aterrizaje. El helicóptero flotaba sobre el extremo norte de aquella calzada gigantesca, donde comenzaba un monte muy alto, precedido por una pendiente suave, cubierta de rocas sueltas. Allí estaba la Plaza del Buitre. Koch se echó para atrás, tratando de desprenderse con un último esfuerzo de sus captores. Y entonces se vio proyectado en el vacío por un fuerte empujón.

Su alarido de muerte se extinguió bajo el helicóptero en fracciones de segundo. El Supremo ordenó con un gesto que cerrasen la puerta de corredera, y se reclinó serenamente en su asiento.

PARTIERON A LAS DIEZ de la mañana del 27 de noviembre, desde el aeródromo militar de Bolívar. Al cruzar la losa, ya hirviendo bajo el sol, Valerio comenzaba a sentirse realizado por primera vez desde su arribo a Los Andes.

El propio Alarcón lo condujo hasta el aeropuerto en un automóvil del ministerio de la Gobernación. Pasó a recogerlo a las ocho y media de la mañana, cuando Valerio recién terminaba su desayuno. Pero se hallaba vestido desde las siete, hora en la que se despidió de Clarisa, y volvió a su departamento.

Alarcón le reiteró sus recomendaciones en voz baja, para evitar que el chófer escuchase.

—Es posible que a su regreso todo esté despejado.

—Para bien o para mal. ¡Quizá me encuentre con sorpresas desagradables!

—Hay que tener fe. Total: tan mal no le ha ido aquí.

—¡En absoluto...! —Contuvo su entusiasmo, para no alertar al otro.

Alarcón lo miró de reojo, pensativo.

—¿Ha visto a doña Clarisa? —indagó, como al azar.

—¡No, no! Es decir, la vi anteayer, por última vez... ¡Me invitó a su casa! —Trató de aparentar indiferencia, cosa bastante difícil cuando recordaba las últimas horas vividas junto a la viuda—. He conseguido entusiasmarla con la Plaza del Buitre, porque nunca le interesaron mucho esas cosas...

—Así son las mujeres: viven en otro mundo muy distinto al nuestro.

Los demás integrantes de la expedición aguardaban en el campo aéreo. Alarcón los presentó uno por uno a Valerio, once en total, excluida la tripulación, integrada por diez miembros de la Fuerza Aérea. Ese número comprendía no solamente al piloto, copiloto, radioperador, e ingeniero de vuelo, sino además un comandante y un capitán, y también, pensó Valerio, algunos miembros de los servicios de seguridad, indistinguibles en sus uniformes caquis. La frialdad de Virginia Unger se le antojó ostentosa, pero su marido lo saludó con cierta bovina cordialidad, mientras la mujer, volviendo la espalda al grupo, se sumergía en la contemplación de la pista aérea que, aparte de varios aviones detenidos a un costado, nada pintoresco ofrecía. Virginia llevaba un pantalón ceñido, y una translúcida blusa sin mangas. La escasa acogida que le dispensara la mujer no dejó de afectar a Valerio. Resolvió ignorarla el resto de la jornada: le enseñaría modales. Se puso a conversar sobre el viaje con Alberto Ricci, un periodista argentino acreditado en Bolívar. Hombre espigado, de tez oscura, nariz y labios carnosos, poseía una voz bastante alta, un poco gutural. Se sentaron juntos, aunque sobraban los asientos para que cada pasajero dispusiera de una ventanilla propia. Los Unger se instalaron adelante, junto a la cabina del piloto, acompañados por su equipo, cuatro personas en total, y algunos aviadores que atendían a la rubia mujer con exageradas risas.

—¡Qué mujer! ¿No, amigo chileno? Es de lo mejor que he visto últimamente.

—Se defiende bastante —replicó Valerio, con una indiferencia que no sentía. Recordó a Clarisa, y su imagen lo reconfortó. Bruscamente, mientras las comparaba, pensó que tanto una como la otra habían sido disfrutadas por el Supremo. Lo conmovió un golpe de ira, que le hizo lanzar un prolongado suspiro.

—¿Recuerda algo triste? —preguntó el argentino.

—No, nada. Son ideas impertinentes, que de pronto aparecen. ¿Ha visitado alguna vez la Plaza del Buitre y las Grutas?

—Nunca. No crea que es algo que me interesa mucho conocer. Lo hago por exigencias de mi diario. Habría preferido quedarme en Bolívar haciendo cosas más agradables. Especialmente ahora que el panorama se ve un poco confuso.

Bajó la voz al decir esto. Pero su relativo aislamiento los resguardaba de oídos indiscretos.

El avión, detenido en un extremo de la pista, hizo rugir los motores anunciando la inminencia del despegue.

—¿Y usted? ¿Había estado antes en esos santos lugares?

—Tampoco. Pero me interesan mucho. Me atrae todo lo que sean civilizaciones desaparecidas.

—Debe ser un gran admirador de Pawels, Däniken, Berlitz y otros.

—No tanto, realmente. Han mitificado mucho. Prefiero ver con mis propios ojos esas demostraciones de pasadas culturas...

El aparato tomó velocidad y Valerio postergó sus comentarios hasta que la máquina se desprendió de tierra firme. Siempre afrontaba con una leve inquietud esos momentos, lo mismo que los aterrizajes.

—Tenía muchas ganas de venir a la Plaza del Buitre. Hasta hice una tentativa bastante tonta, hace como un mes.

Y le contó su viaje a Oribamba, en la creencia que desde allí le sería fácil organizar una expedición hasta esos remotos lugares.

—La verdad es que nadie en Los Andes sabe mucho sobre la Plaza del Buitre. Muy pocos la conocen en Bolívar. Recién me presentaron una persona que estuvo allí. Aunque mi ida a Oribamba me sirvió poco para mis proyectos inmediatos, me abrió las expectativas para el futuro. Es curioso, ¿no?

—Suele ocurrir.

El argentino llevaba una vida integrada al ambiente artístico y de prensa bolivarianos. Evitaba mezclarse con todo lo que oliera a política solamente, excepto para su trabajo como corresponsal. El año cumplido en la capital andina le demostró que una excesiva curiosidad, o la búsqueda de especiales fuentes de información, no favorecían la longevidad.

—¿A qué complicarse la vida, después de todo? ¿No le parece?

Virginia enfiló hacia la cola de la aeronave, en demanda del baño. Valerio se volvió hacia Ricci, cuyos ojos oscuros brillaron cuando la norteamericana pasaba junto a ellos, y le expresó en voz alta su completo acuerdo por la prudencia profesional del argentino. Cuando la mujer volvía le echó una ojeada a su perfecta figura.

—¡Uf! —hizo el argentino—. Si sigue pasando por aquí, esa mujer me va a provocar un infarto.

El vuelo hasta la Plaza del Buitre tomó una hora y quince minutos. ¡Qué próximo se hallaba para un avión ese remoto lugar! Y debió tolerar un día entero en un bus roñoso, infesto, para llegar a Oribamba, solamente. Ahora, cuando el sol seguía ascendiendo hacia el cenit, la cima canosa del Mirador del Indio se perfiló con claridad. Se pegó a una ventanilla para no perderse el panorama. Los meandros de una corriente relucían en medio de las espesuras, horadada

a lo lejos por el claro de una hacienda. Luego se extendía una zona pantanosa, con una porción de agua bastante grande, de donde emprendió vuelo una bandada de patos silvestres, tal vez asustados por el ruido del avión. A lo lejos, casi pegadas a la montaña y en la ribera de un arroyo, las chozas de un reducto indígena.

El aeroplano en descenso enfiló hacia la cresta agresiva de una estribación cordillerana, que al ser traspuesta reveló un estrecho valle. Sobrevolaron otros dos contrafuertes, y al rebasar el último, Valerio se sobresaltó: la Plaza del Buitre se desplegaba a su vista en toda su magnitud. Voces excitadas saludaron la sobrecogedora visión, entre ellas la de Virginia Unger. Al Sur la recta vía, cuyos bordes algo sinuosos fueron originados seguramente por los derrumbes de la montaña, remataba en el precipicio, que se alzaba directamente desde una selva neblinosa. Y por el otro extremo desaparecía bajo la ladera del Mirador. Asombraba el tamaño ciclópeo de la obra y su abrupto emplazamiento. ¿Cómo pudieron construir algo así en ese sitio? ¿De dónde trajeron las enormes losas, perfectamente unidas unas con otras? ¿Y con qué fin se proyectó algo tan a trasmano de todo? Quizá el profesor Rodríguez tuviese razón: bien podía constituir aquella la techumbre de un colosal escondite, que desembocaba por el Norte en el interior del cráter apagado del Mirador. Al observar la Plaza desde allí, la idea de Rodríguez parecía más plausible que la hipótesis de un campo aéreo. Para tal efecto no se veía apropiada, y aguardó nervioso que el avión describiese una larga vuelta sobre la selva, siempre bajando, y enfilase por último directamente hacia la desembocadura del antiguo glacial. Nadie hablaba. La máquina penetró en el desfiladero a poco más de veinte metros de altura sobre las simétricas losas. El tren de aterrizaje golpeó la piedra: carreteó un centenar de metros, y se detuvo.

Estaba en la Plaza del Buitre.

—¿Muy emocionado? —preguntó Ricci, cuando se dirigían a la salida.

Un fuerte viento, bastante frío, los saludó al emerger del avión. Virginia Unger, ya al pie de la escalera, se cogió los hombros con las manos para eludir las heladas ráfagas. Douglas se quitó la chaqueta, y trató de ponérsela a su mujer. Pero ésta la rechazó, pidió que aguardasen un poco, y subió de nuevo la escalerilla. Pasó rozando a Valerio, y su perfume le ocasionó un ligero enervamiento.

—*Excuse me!* —susurró ella a su lado, con una amplia sonrisa.

Bajó los peldaños, precediendo a Ricci, y sus pies hollarón la vieja piedra pulida. El viento zumbaba en sus oídos, y al mirar hacia el cono trunco del venerable volcán lo acometió el vértigo y la conciencia de su pequeñez. Los costados del estrecho valle se proyectaban hacia lo alto como paredones pétreos, encajonando en sus entrañas la lisa superficie de la Plaza. Y el Mirador del Indio, recortada su cabeza coronada de nieve eterna contra un cielo muy azul, aunque con oscuras nubes que se asomaban por su flanco este, se mecía como dispuesto a precipitarse sobre el pequeño grupo.

—¡Qué frío hace! —comentó a su lado el argentino.

Pero Valerio, precavido, llevaba una vieja chomba que el clima de Los Andes nunca le permitiera usar. Menos de mil metros lo separaban de los cascajos y tierra amontonados en el remate norte de la pista, a los pies del Mirador. Siguiendo una corazonada partió hacia allá, e invitó a Ricci a seguirlo. Pero el argentino prefirió hacer el recorrido más tarde, cuando se hubiese abrigado un poco. El comandante de la nave y otro oficial disertaban sobre las curiosidades del lugar. El primero señaló con el dedo el sitio donde se abría el acceso a las Grutas Negras, a la izquierda del extremo norte de la Plaza, no lejos de la base del volcán.

—¡Eh! No se aleje mucho, que pronto tendremos un chubasco. ¡Y aquí son cosa seria! —le gritó el comandante al verlo alejarse tan decidido.

Se sentía empujado por un impulso mágico, como si antiguos fantasmas guiasen sus pasos, que apenas arrancaban alguna resonancia de las rocas. Marchó rápido, porque las ráfagas se multiplicaban, y se olía el agua en el aire. ¿Existiría un refugio bajo sus pies, como opinaba el profesor Rodríguez? La brusca ocurrencia confirmó un nimbo opresivo al panorama, que hasta entonces no advirtiera. Como si alguien lo acechase desde las inmediaciones, alguien nada amistoso ni bienintencionado. Iba llegando al término de la ancha calzada. Se detuvo y miró atrás: un grupo parecía seguir sus pasos. Distinguió a Virginia Unger, su esposo, el camarógrafo y un oficial, que no se había separado de la mujer durante todo el viaje.

Ricci y los demás pasajeros y tripulantes debieron meterse al avión. Dos soldados y un civil caminaban junto a la ladera oriente, conversando con animación, porque sus palabras llegaban con tanta nitidez como las del otro grupo, bastante más próximo a Valerio. Como lo expresara el profesor Rodríguez el viento soplaba hacia la ladera del volcán. Llegó a las primeras rocas y dudó un instante. Iba a meterse entre dos grandes peñascos para continuar avanzando hacia la base del Mirador, cuando una potente voz estalló a sus espaldas:

—¡Capitán Rojas: lo llaman desde la comandancia!

Un soldado utilizaba un megáfono desde la portezuela del avión. El capitán se disculpó ante los Unger, y les señaló el cielo hacia el Norte. Valerio levantó la vista. Las nubes descendían arremolinadas sobre la estrecha garganta, luego de rebasar la cresta del Mirador. El grupo distante volvía sin apuro al avión. Douglas Unger se plegó al oficial, intimidado quizá por su advertencia. El camarógrafo dudó un ins-

tante, pero luego siguió de mala gana a Virginia, que caminaba resuelta. Valerio estuvo tentado de esperarla, pero al recordar la actitud displicente de la mujer se internó solo entre las rocas.

La fuerza del viento le oponía de pronto resistencia en los estrechos pasajes, pero otras veces los peñascos lo protegían. Invisible ahora desde la Plaza, los precarios senderos lo alejaban del monte en dirección al costado oeste. Hacia el Mirador el cúmulo de guijarros imposibilitaba la marcha, excepto que se resolviera a escalarlos. Se hallaba a unos cien metros de la ladera. Un agudo grito de mujer llegó desde las cercanías. Luego, sólo el silbido del viento. Corrió donde Virginia Unger sin duda gritaba. Una idea cruzó por su imaginación: que el camarógrafo, aprovechándose de la soledad, trataba de violarla. Le costó poco avanzar, porque allí las rocas raleaban. El grito había surgido detrás de una de las piedras más voluminosas del lugar, y al girar en su torno se encontró con la norteamericana. De pie junto a una mole de granito, dándole un costado, con una mano en la boca, miraba hacia adelante como fascinada, jadeando.

El camarógrafo no se divisaba en parte alguna. Tampoco desde allí veía la causa del horror de la mujer. Corrió los últimos metros. Al verlo llegar Virginia se precipitó sobre Valerio y lo abrazó fuertemente, temblando convulsa. Al seguir su mirada, descubrió al hombre desnudo. De espaldas en una posición retorcida, con una de las piernas doblada bajo el cuerpo en un ángulo imposible, y el brazo izquierdo extendido como un guiñapo sobre un canto rocoso, se proyectó bruscamente como el símbolo de la muerte en ese agreste lugar. La cabeza aplastada contra el suelo terroso, y la pierna libre apuntando hacia ellos, fláccidamente.

Virginia sollozaba y Valerio trataba de tranquilizarla. El

perfume de la mujer alejaba de su mente la cercana visión. Miró en torno, buscando al camarógrafo.

—Volvió al avión, seguramente —explicó ella, entrecortada—. ¿Quién será ese hombre?

Se expresaba en un castellano muy fluido. Siempre aferrado por Virginia, se acercó al cadáver. La mujer ahogó otro grito: la cabeza del hombre, abierta junto a la oreja, había expulsado parte del encéfalo sobre la tierra. No llevaba mucho tiempo muerto, quizá un poco más de un día, calculó Valerio. El rostro de facciones angulosas mostraba magulladuras, pero su expresión de horror, retratada en el ojo abierto —el otro desaparecía bajo una hinchazón oscura— paralogizó a Valerio. Estrechó a Virginia, y el contacto de su cuerpo firme le insufló una repentina vitalidad. Sus ojos se encontraron, a escasos centímetros. La mujer dirigió la vista al cadáver, al sexo que descansaba entre las piernas, anidado en una abundante pelambre oscura, y se apretó convulsivamente a Valerio.

Sus bocas se unieron, acezantes. Las manos de Valerio bajaron la cremallera del pantalón de la mujer. La misma Virginia se encargó de hacerlo resbalar hacia abajo, y se echó de bruces sobre una roca baja, cuidando de tener a la vista el anónimo cadáver. Valerio procedió con toda libertad, acometido de una excitación demencial, mezcla de horror y deseo, de huir de allí y de morir unido a la mujer, que lanzaba verdaderos aullidos animales. El chubasco reventó furioso, empapando los cuerpos de los fortuitos amantes. El agua rebotaba sobre la triste figura de Koch. Llenó la cuenca de su ojo abierto, y rebasó luego por la mejilla. La pupila muerta parecía mirar a la pareja desde el fondo de una fuente. El viento rugía, y el agua arrancaba un ruido sordo, retumbante, de los alrededores. Los cuerpos sobre la roca alcanzaron el paroxismo. Luego, la brusca inmovilidad. Virginia quedó doblada encima de la piedra, los ojos

cerrados, jadeando, entreabiertos los perfectos labios. A horcajadas sobre ella Valerio recibía sobre su espalda el diluvio que su ropa ya no lograba absorber.

El acceso a las Grutas Negras no estaba lejos, según señalara el comandante. Arrastró hacia allá a Virginia, que echó una última ojeada al cadáver antes que las rocas lo ocultasen. La densidad del chaparrón y las piedras obstruían la visibilidad. A duras penas Valerio consiguió descubrir una oquedad negra, larga, abierta a los pies de la ladera oriente del viejo glaciar. Virginia vaciló.

—¿Vamos a meternos ahí?

—La entrada a las Grutas es así —explicó Valerio, recordando sus investigaciones—. Pero adentro es amplio.

Gateando penetró por la estrecha abertura, con Virginia a su zaga. A los pocos metros de avanzar, ahora sobre la roca pulida, se pusieron de pie en medio de la más completa tiniebla. De afuera llegaba apagado el estruendo de la tempestad. Pero un trueno reventó como un dinamitazo, desencadenando una serie tan violenta de ecos, que Virginia volvió a gritar, pegándose a Valerio.

—Metámonos más, así no nos molestará el ruido. La formación del lugar agranda los ecos...

—¿No habrá bichos venenosos aquí? —preguntó Virginia, trémula.

—La temperatura de la Plaza los aleja. Nada temas.

Se internaron iluminándose a ratos con el encendedor de Valerio. Tropezaron con un montón de leña y, también, con los restos de una fogata entre cuatro piedras adecuadamente dispuestas. Alguien se procuró calor allí en fecha reciente. El suelo, cubierto por una fina capa de arena seca. La luz temblorosa del encendedor reveló un muro refulgente, liso, a dos metros de distancia. Palpó la superficie, y comprobó que tenía la consistencia del cristal pulimentado. Bajo la débil claridad parpadeante se vio reflejado a sí mismo junto

a Virginia, en las tenebrosas profundidades de ese milenario espejo.

—¡Qué maravilla! ¿Quién pudo hacer todo esto? —balbuceó.

Como respuesta, desde la distancia llegó la explosión fragorosa de un trueno. Y también los silbidos del huracán. La imagen del Supremo se asomó fugaz en su imaginación. Sí: se hallaba en los misteriosos dominios del dictador de Los Andes. Y también recordó que los nativos visitaban la Plaza del Buitre utilizando los secretos pasajes: esa leña constituía una clara demostración de sus andanzas.

—¿Podríamos prender una fogata? —preguntó Virginia.

Con el encendedor y algunas hojas de su libreta de apuntes, la seca madera no tardó en arder, despejando un tanto la oscuridad. El ruido persistente de una gotera acudía desde las inmediaciones. A la luz de la fogata Valerio descubrió una poza casi circular, junto al muro liso; el agua goteaba desde lo alto, de un lugar invisible para ellos. Aunque se encontraban en el interior de una gruta, el líquido poseía una cierta tibieza. Quizá cruzaba por las cercanías de alguna zona cálida, resto de la antigua actividad volcánica del Mirador. Incluso la temperatura ambiental parecía confirmar la supervivencia plutónica. Lo embargó una leve inquietud. El profesor Rodríguez fue enfático en asegurar que las últimas erupciones del volcán se registraron en épocas prehistóricas. Pero esa agua cálida parecía indicar otra cosa: o una actividad recién reiniciada, o que hasta ahora permaneciera inadvertida. Esto último tal vez fuese lo más probable, en vista de la falta de medios o interés por realizar una investigación exhaustiva en esos lugares.

—¿Sabías que el Supremo suele venir por estos lados, según dicen? —deslizó la pregunta con toda intención.

—¿Sí? —Virginia no dio muestras de interesarse en exceso—. Nunca me dijo nada.

—¿Lo conoces?

—Lo conocí cuando recién llegué a Los Andes. Desde entonces nos hemos visto varias veces. —Y añadió con naturalidad—: ¡Hace el amor como ninguno!

—¿Y te dejó venir para acá, cuando habría sido mucho mejor para él tenerte en Bolívar, sin ningún problema?

—Douglas no es un problema para mí —replicó Virginia, segura—. En todo caso Raimundo andaba fuera de Bolívar. Creo que volvía hoy. ¡Habría sido difícil para mí acompañarlo! La paciencia de Douglas tiene sus límites. ¡Y si me hubiese quedado en Bolívar no me habrías conocido...!

Riendo de buena gana, Valerio echó más leña a la hoguera. Pero la idea de que el Supremo se hubiese ausentado de Bolívar lo intrigó. El muerto, ¿quién era? ¿Existiría alguna conexión entre el alejamiento del Supremo de la capital andina y el cadáver? El volcán dormido.

Una luz roja, viva, brotó de la fogata, iluminando un amplio sector. Ambos se reflejaron nítidos en la pared bruñida, como una escena de indescriptible antigüedad, sólo desmentida por sus ropas modernas, pero empapadas. Entonces Virginia se quitó los pantalones, la blusa y el suéter.

—¿Alcanzarán a secarse? —Se irguió desnuda, duplicada junto al fuego en el muro ancestral.

—Nada se pierde con probar —comentó Valerio, sentencioso, desvistiéndose a su turno.

Cogió a Virginia por los brazos, y la estrechó con fuerza. La mujer se limitó a decir:

—¡Sería una lástima perder el tiempo en este fabuloso lugar!

El cuerpo de Virginia poseía una portentosa flexibilidad para amoldarse a los caprichos de Valerio. Su excitación se exacerbó frente al espejo que proyectaba sus figuras iluminadas con las trémulas llamas de la hoguera primordial. Como realizar el acto del amor bajo la mirada implacable

de los viejos espíritus cobijados en esas cuevas, que los impulsaba a una mutua interpenetración para protegerse y sobrevivir a un tenebroso designio.

Pero debieron interrumpir el entusiasta ceremonial cuando unas voces llegaron desde la lejana entrada de la gruta. Valerio reconoció a Douglas Unger. Se precipitaron a la fuente de agua, hicieron algunas rápidas abluciones, y se vistieron con gran celeridad al lado del fuego.

—¿Quién sería ese muerto? —preguntó Virginia, rompiendo el silencio, mientras la voz del cineasta llamándola cruzaba los oscuros vericuetos de la caverna.

—No lo sé. Pero ha sido el mejor cómplice que he tenido —comentó Valerio, terminando de ponerse la ropa aún mojada.

15

RAIMUNDO RUIZ acudió por primera vez solo a la Morada del Espíritu de la Montaña a los tres meses de la muerte de Zulema. Lo hizo siguiendo los dictados de un poderoso, desconocido e irresistible impulso. Quizá guiado por la propia Zulema, que desde el más allá le ordenaba cumplir su compromiso.

Por otra parte necesitaba despejar el enigma, o al menos intentarlo: su primera visita la hizo a una edad muy temprana. No le preocupaba tanto el misterio de su nacimiento, porque sospechaba que siempre permanecería en penumbras. Zulema lo conoció a través de Nestoria, es decir, de segunda mano, y dada la capacidad fabuladora de los nativos, descubrir la verdad sería poco menos que imposible. Pero llegar hasta la Morada del Espíritu se hallaba a su alcance. Como persona práctica además deseaba determinar qué de concreto le ofrecería aquella revelación.

Aprovechó unos días de permiso en sus funciones de gobierno para trasladarse a Santa Trinidad —su familia per-

manecía en Bolívar durante el invierno—, pero previamente impartió instrucciones al administrador de la hacienda para que hiciera venir desde la aldea de Zulema a una decena de indígenas, elegidos entre los amigos de la anciana india. Recordaba los nombres de la mayoría de los integrantes de la primera expedición, y como en ese tiempo ninguno sobrepasaba los treinta años, todos debían sobrevivir.

Cuando llegó a la hacienda ya los indios lo aguardaban. Sólo unos pocos conocían el camino, pero a nadie se lo revelaron por un solemne compromiso contraído con Zulema. Temían por sobre todo traicionar el juramento formulado a la vieja bruja, aunque estuviese muerta, pero sabían que Raimundo quedaba excluido de la prohibición.

Al atardecer de la segunda jornada de marcha llegaron al pie de la montaña donde se abría el acceso a la Morada del Espíritu. Sin detenerse a descansar Raimundo continuó camino escoltado por tres nativos, provistos de linternas en lugar de antorchas como la primera vez. Se orientó fácilmente por el laberinto de pasajes y conductos que se desplegaban a través del macizo, pero notó inseguros a sus acompañantes: el lugar les inspiraba miedo.

Al llegar al sitio donde recuperara la conciencia luego de su encuentro con la luz, Raimundo prosiguió solo, y pronto el haz de su linterna alumbraba el piso cubierto por grandes baldosas de piedras irregulares, que se perdían hacia todos lados. Avanzó sobre la lisa superficie, sintiendo sobre su cabeza la misma impresión de vacío de la vez anterior. Frescas bocanadas provenían desde el fondo de la cima. Paseó el faro por los alrededores, pero nada descubrió.

El instinto le advirtió que no debía seguir registrando aquel lugar. Y también de que no era conveniente permanecer mucho tiempo allí. Esperó unos instantes, de pie sobre el basamento granítico, escuchando. Únicamente captaba el apagado rumor de lejanas ráfagas de viento. La linterna no

alcanzaba a revelar los límites de ese inmenso refugio. Lo acometió el repentino impulso de marcharse al instante, como si alguien oculto en las inmediaciones se lo ordenase en silencio. Aunque no tuvo miedo, decidió obedecer; dio media vuelta, y pronto caminaba sobre el suelo natural de la cueva de acceso.

Poco aficionado por naturaleza a las especulaciones —nunca se dio tiempo para ellas, además— las actuales circunstancias las tornaban ineludibles. ¿Se habría equivocado Zulema? Estaba tan vieja, después de todo. Gran ingenuidad de su parte, quizá, la de acudir hasta ese remoto sitio. Pero recordaba nítidamente el potente foco que lo encandilara en su anterior viaje. ¿O los poderes de la vieja Zulema le hicieron ver ese sobrenatural fulgor? ¡Quizá de qué manera la anciana bruja influía sobre su mente infantil! ¿Fueron meras ilusiones, creadas por una especie de hipnosis o algo semejante? Sólo la brusca impresión experimentada minutos antes de enfrentar algo invisible, desconocido y poderoso, que lo conminaba a retirarse sin dilaciones, le impidió llegar a una conclusión definitiva. En todo caso su compromiso con Zulema estaba cumplido.

Llegó al campamento pasada la medianoche. Se acostó en su tienda de campaña y tuvo el primer sueño. Nunca había soñado, o, al menos, no recordaba los sueños al despertar. Ahora en cambio todo quedó nítidamente grabado en su memoria. Como que alguien se hubiese encargado de imprimir en su mente ciertas imágenes, o quizá palabras fáciles de traducir en ese período de inconciencia. Siempre ocurriría así en lo sucesivo cuando visitaba la Morada del Espíritu: únicamente actuaría como un receptor pasivo de esos mensajes oníricos. En ese estado toda inquietud o curiosidad personal quedaban inhibidas. No tardó en percatarse de que el Espíritu sólo se interesaba por absolver sus interrogantes relacionadas con el futuro de Rai-

mundo: el pasado carecía de toda trascendencia para Él.

Importaban exclusivamente los motivos que condujeran a Raimundo a la Morada del Espíritu. Porque acudió en demanda de ayuda e hizo bien. Dentro de poco su vida correría peligro. El fracaso de un plan que actualmente tramaba uno de sus superiores, arrastraría a Raimundo. Pero se le presentaría una oportunidad de volver las cosas en su favor: obedeciendo ciegamente a su instinto conseguiría el triunfo. Sin embargo su verdadero destino no estaba en esta época. El Espíritu de la Montaña lo llamaría a reunirse con Él para entregarle una nueva vida más allá del tiempo y el espacio actuales. Pero antes Raimundo llegaría a la cumbre de sus ambiciones con la ayuda del Espíritu.

Hasta aquí su sueño.

Despertó con la mente lúcida, recordando con nitidez el mensaje. Se asomó fuera de la tienda: todos dormían en el campamento. La fogata aún ardía. Miró la hora: la una de la madrugada. Al meterse en el saco de dormir el reloj marcaba las doce y cuarenta minutos. Había despertado automáticamente, como para que pudiese recapitular en lo soñado. Hecho éste que siempre se repetiría en el futuro.

Sobre la advertencia de un inminente peligro para su vida, Raimundo algo sospechaba. En cuanto a las apreciaciones del Espíritu sobre su porvenir, ¿qué habría querido decirle con lo de «entregarle una nueva vida más allá del tiempo y espacio actuales?» Detrás de ese planteamiento Raimundo columbraba algo sibilino, ambiguo, confusamente premonitorio. Algo que siempre intuyó, desde su arribo a la Morada del Espíritu acompañado de Zulema, cobraba coherencia ahora: una fuerza inasible, oculta y presente ejercía una tui-ción sobre su destino.

¿Quién o quiénes se escondían bajo el nombre de Espíritu de la Montaña? ¿De dónde procedía? ¿Era de origen natu-

ral o sobrenatural? Estas interrogantes lo asaltaron mientras repasaba su sueño recostado en la tienda. Poseía mínimos elementos de juicio: las palabras de Zulema y la luz con que se manifestara en el primer encuentro. Recordó que no parecía dotada de una existencia física. Sin embargo Zulema le dijo esa vez: «¡Te reconoció!» Como si alguien detrás de ese fulgor lo estuviese escudriñando. Se acordaba perfectamente. El modo de proceder de la entidad dejaba de manifiesto un origen distinto al natural. Excepto que todo no hubiese sido sino el producto de una ilusión creada por las raras facultades de la misma Zulema.

Pero un gran poder latía detrás del enigma. Comprendió también que las conjeturas a nada lo conducirían. Mientras sus párpados se cerraban bajo el sueño, una nueva fuerza y confianza en sí mismo lo poseyeron.

Un año después Raimundo Ruiz y Pastene, ahora coronel de ejército —el más joven de su promoción— debería comprobar el don profético del Espíritu de la Montaña. Durante ese lapso ningún sueño volvió a alterar sus noches. Tampoco intentó otra visita a la Morada del Espíritu: quería primero esperar los acontecimientos vaticinados.

Se desempeñaba a la sazón como secretario general del gobierno de Carlos Evaristo Morales cuando su protector, el general Leopoldo Zúñiga, decidió dar un golpe de estado para derribarlo. Lo había estado preparando durante años. Raimundo Ruiz lo acompañaba secretamente en la conjura y, aunque en el momento de tomar la decisión recordó el anuncio del Espíritu, no vaciló: probaría sus verdaderos poderes.

Pero todo comenzó a desarrollarse como su sueño lo anticipara: Carlos Evaristo Morales, advertido a tiempo gracias a su Servicio de Inteligencia, que logró infiltrarse entre

los conspiradores, hizo detener a Zúñiga con otros ocho altos oficiales comprometidos.

Raimundo Ruiz presintió que el general Morales conocía su implicancia en el conato. Los conspiradores fueron sometidos a tortura, y alguno pudo mencionar su nombre. Pero esa mañana se dirigió al Palacio de los Presidentes como si tal cosa, aunque convencido de que en los próximos minutos se decidiría su vida. Al recordar al Espíritu de la Montaña pensó que había llegado su hora: no debía vacilar ni echar pie atrás.

La conjura fue sofocada a la medianoche, y en el breve lapso transcurrido hasta el amanecer, Zúñiga y sus colaboradores fueron pasados por las armas. Ya en palacio comprobó sus premoniciones: para empezar la guardia interior le pidió la pistola, a pretexto de que se trataba de una orden general emanada de los últimos acontecimientos. Veloces intercambios de miradas al verlo llegar, comentarios abruptamente interrumpidos en la antesala del dictador, atestada de militares que venían a presentarle sus plácemes y adhesión, mientras sus más inmediatos colaboradores fingían no advertir su presencia, confirmaron sus sospechas.

No debió esperar mucho. En la gran sala del despacho presidencial, Carlos Evaristo Morales ni siquiera levantó los ojos algo estrábicos al oírlo llegar. Frente a su escritorio, en posición firme, y mortalmente pálido, aguardaba el comandante Aguayo, otro de los conjurados secretos, que también trabajaba en el Gobierno. Flanqueaban a Morales sus dos edecanes, y a la izquierda, retirados del escritorio, dos soldados permanecían con sus fusiles listos para ser disparados.

—¡Acérquese, coronel! —dijo la voz bronca, un tanto descolorida de Morales—. Quiero que lea esta lista, donde aparecen algunos de los implicados en el golpe del general Zúñiga. ¡A lo mejor reconoce alguno!

Morales disfrutaba de sus sarcasmos. Con su uniforme recargado de galones, medallas y entorchados, el general seguía con la vista baja. Tranquilamente Raimundo, sabiendo que allí leería su nombre, dio media vuelta en torno al escritorio, frunciendo el ceño con un cierto aire de interrogación. Pasó por detrás del edecán aéreo, que se apartó un poco para abrirle un hueco. Y se allegó a Morales.

Los oídos del dictador se escondían bajo una verdadera maraña de pelos cerdosos, largos, que se proyectaban como pinceles fuera de las orejas. Ahora, al ponerse junto al tirano, el manojo izquierdo de cerdas atrajo su atención. ¡Con qué holgura ese asqueroso orificio engulliría una bala calibre nueve! La culata del revólver del edecán aéreo sobresalía tentadora de su funda. Morales no se volvió a mirarlo: se limitó a colocar ante sus ojos el listado de conspiradores. Pero en lugar de leerlo, Raimundo sustrajo el arma del edecán con un veloz movimiento, y a bocajarro, metiendo el extremo del caño en el agujero piloso, gatilló dos veces. Luego saltó atrás y encañonó a los soldados.

—¡Firmes! —rugió—. ¡Al hombro, arrr...!

Los edecanes se quedaron alelados, contemplando cómo Morales dejaba caer la cabeza sobre el escritorio, y la apoyaba en el brazo que sostenía la inútil nómina. La sangre surgió de la oreja hirsuta, y se derramó por la cubierta de terciopelo.

Lo demás fue simple: desde el gabinete presidencial Raimundo y el comandante Aguayo impartieron las órdenes claves: las tropas implicadas, que aún no conocían el fracaso de Zúñiga, aguardaban el momento de actuar, entre éstas el regimiento encargado de la guardia palatina. Antes de una hora el Gobierno cayó en sus manos, y Raimundo Ruiz y Pastene asumía la presidencia con plenos poderes.

Las predicciones del Espíritu no pudieron ser más exactas.

Desde el comienzo procedió con una dureza implacable, destruyendo cualquier síntoma de oposición. Se consolidó en el poder, y el régimen empezó a transcurrir en medio de un clima bastante tranquilo. En la práctica se olvidó del Espíritu de la Montaña.

Pero transcurridos algunos meses intuyó que la oposición, sumergida en un sospechoso anonimato, algo tramaba, algo indetectable para su Inteligencia. Y resolvió efectuar su segunda visita a la Morada del Espíritu. Ahora disponía de helicópteros, y de un cuerpo especial de guardias, cuyos miembros eligiera personalmente. Esta vez se adentró a solas en la caverna y dejó a su escolta en el claro de la selva donde aterrizará la aeronave. El viaje aumentó el misterio que rodeaba su persona: todos en Los Andes conocían la fama maléfica, saturada de brujerías y encantamientos del Mirador del Indio y sus contornos.

Iba resuelto a recorrer el oscuro recinto. Casi llevó algunos de sus hombres, entrenados en las técnicas de comandos, pero un impulso que acudió simultáneamente con plantearse la idea, lo hizo desistirse: recordó la perentoria prohibición de Zulema. De lo cual pronto se felicitaría: ya en las tinieblas de la Morada experimentó la misma sensación de que debería alejarse cuanto antes. Y comprendió que, a pesar de no sentirse atemorizado, un poder superior le impedía internarse en el lugar.

Esta vez alojó en las viejas casas de Santa Trinidad, adonde el helicóptero lo condujo tras una hora de vuelo. Y el sueño llegó sin dilaciones. El Espíritu aclaró todas sus dudas, y le anticipó también varios problemas para el futuro inmediato, de todos los cuales saldría airoso. Paralelamente su proceso de madurez lo iría convenciendo de las limitaciones de su vida actual. Su verdadero destino era el que el

Espíritu le deparaba: no demoraría en llegar a esa convicción. Aun en medio de su sueño la reiteración del anuncio lo alteró. Y seguiría inquietándolo al despertar, una vez concluida la comunicación onírica.

Se aclaraba un nuevo aspecto del enigma: para el Espíritu sus futuras actividades en un lugar desconocido eran insoslayables, tanto porque así lo tenía resuelto desde siempre, o porque muy claramente no vislumbraba para Raimundo otra alternativa. En la semioscuridad de la alcoba el enigma de su origen se hizo presente. ¿Quién fue su padre? Desde las revelaciones de Zulema, se había acostumbrado a considerarse diferente a los demás, pero nunca se preocupó de reflexionar mucho en esas cosas. Tras la reciente revelación tomó de nuevo conciencia de ese hecho. Pero allí se estrella-
ba contra una barrera impenetrable: carecía de medios para desentrañar el misterio.

Le inquietaba que al Espíritu de la Montaña, o quienquiera se cobijase bajo esa denominación, sólo le preocupase tangencialmente su actual labor: el mundo que conocía quedaba excluido de su porvenir. Pero nada más inútil que estrujarse el cerebro con vanas especulaciones. Quizá algún día se enterase de toda la verdad. Porque al cabo de tres visitas a la Morada del Espíritu sabía tanto como al principio. Su impotencia ante el enigma lo enfurecía y desconcertaba simultáneamente.

Por otra parte tenía la sensación de que esa entidad, aunque dueña de grandes poderes, ocultaba ciertas limitaciones. Ahí quizá estribase el verdadero secreto de su propio nacimiento y de que el Espíritu de la Montaña hubiera requerido el concurso de Nestoria y Zulema. Y también lo necesitaba a él, Raimundo Ruiz y Pastene. Quienquiera fuese su padre, al Espíritu le preocupó su venida al mundo. Incluso instruyó a Zulema para que lo llevase a las puertas de Santa Trinidad, es decir, le interesaba proporcionarle un ho-

gar definitivo. ¿Por qué? Tal vez para esa pregunta nunca tendría una respuesta.

Pero no valía la pena preocuparse de establecer la identidad de su padre. Carecía de todo objetivo práctico. Para el mundo era el hijo de Raimundo Ruiz y Amenábar, un destacado miembro de la oligarquía andina. Y al llegar a esta conclusión columbró otro ángulo del problema: por donde lo mirase, debía considerarse a sí mismo como una criatura del Espíritu de la Montaña. Dedicó un cuidado particular a su nacimiento y destino posterior. Y si lo hizo fue porque lo necesitaba.

Es un hecho que siempre el creador se complementa en sus criaturas, y esto no le resta poder. La idea de un Dios que crea graciosamente, sin un objetivo concreto, nunca lo convenció. Pero que una divinidad diese forma a mundos y seres diversos, aunque sólo fuera para convertirlos en sus adoradores, lo encontraba inteligible. Nada más lógico y racional que la interrelación entre hacedor y criatura, que una mutua necesidad entre ambos términos: solamente así la creación se revestía de contornos coherentes.

Pero, ¿era el Espíritu de la Montaña un gran creador, o una especie de subdivinidad, algo como una deidad local, que requería de una complementación más o menos inmediata para realizarse? Esto último se le antojaba lo más probable. Aún más: se valió de una antiquísima raza de hombres blancos para construir la monumental Plaza del Buitre y su refugio. Y a pesar de su evidente superioridad seguía necesitando del auxilio de los hombres, incluyendo a gente sin ninguna educación, como Nestoria y Zulema, que vivieron en medio de la miseria y el subdesarrollo.

¿Constituiría su Morada la clave del enigma? Ese albergue, base de operaciones o como quisiera llamársele, quedaba en ese aislado paraje, a los pies del Mirador del Indio. Y esto, desde tiempos inmemoriales, según la propia

Zulema. Recordó la teoría del profesor Rodríguez, a quien conociera en casa de su cuñada años antes. En ese momento no le pareció tan descabellada, aunque evitó hacer comentarios. Sin embargo las luces que solían atravesar los cielos de Aricocha, relacionadas directamente con la hipótesis de Rodríguez, la propia Zulema las atribuía a meras visiones proyectadas por el Espíritu con un propósito desconocido. Las había definido ambigüamente como «manifestaciones de su poder».

¿Se vincularía él, de alguna manera, con los antiguos constructores de la Plaza del Buitre, con esa extinguida raza blanca? Rechazó la repentina ocurrencia: realmente de poco le serviría el pasado. En tal sentido el Espíritu procedía con una gran lógica: sólo importaban los aspectos positivos inmediatos que fluían de sus revelaciones.

En todo caso la flaqueza que creía columbrar en la inasible entidad quizá le permitiese a la larga encontrar un medio para zafarse de su progresiva potestad.

Los conflictos anunciados por el Espíritu no tardaron en desencadenarse. Primero vino el rompimiento con Estados Unidos, que poseía en Los Andes vastas concesiones agrícolas y mineras, liberadas de todo impuesto. El Supremo quiso terminar con este privilegio, y se precipitó la crisis. Como el Departamento de Estado quisiera presionar, el Supremo declaró non gratos al embajador y a todo el personal de la sede diplomática. Acto seguido inició una aproximación a la Unión Soviética, con la cual el gobierno andino mantenía relaciones desde la época de Flores y Rubio. Se suscribieron convenios y tratados comerciales, militares, culturales y científicos. Los rusos empezaron a interesarse en la Plaza del Buitre, y solicitaron autorización para intentar un aterrizaje en el lugar con aviones especiales traídos de su país.

El Supremo no tenía medios para consultar al Espíritu sobre la conveniencia o inconveniencia de autorizar lo pedido. Y una tajante negativa se hubiese prestado para interpretaciones. Como el pueblo lo vinculaba con la Plaza del Buitre, y los rusos no tardarían en averiguarlo, un rechazo podía debilitar su imagen. Nada positivo le reportaría dejar al descubierto una especie de talón de Aquiles. Y siendo el Espíritu tan poderoso, en nada lo afectarían las exploraciones de la zona.

Tanto las tentativas soviéticas como las que más adelante efectuarían los norteamericanos, nunca prosperaron: súbitas tempestades o accidentes inusitados, obligaban a interrumpirlas abruptamente. Pero estas circunstancias siempre fueron atribuidas a la inestabilidad propia del clima de la región. Algunos, basándose en las tradiciones de los indígenas, invocaron irónicamente la maldición de los remotos arquitectos de esos vestigios para alejar a los intrusos. Pero estos hechos demostraron al Supremo que el Espíritu poseía los medios para desalentar a los extraños, sin llamar la atención o crear nuevas fuentes de interés. O sea, en ningún caso su seguridad se subordinaría a riesgos tan obvios. Y también comprendió que, como fuese, allí se emplazaba concretamente su Morada, y sabía defenderla. Paulatinamente sus probables debilidades se ponían de manifiesto.

La infiltración ejercida por la Unión Soviética a todos los niveles de las fuerzas armadas y la civilidad lo obligaron a viajar de nuevo a la Morada del Espíritu. Ahora durmió en el mismo lugar donde volviera en sí, después de su visita en compañía de Zulema, para evitar el inmediato y largo regreso. Ocultó el saco de dormir en una oquedad para utilizarlo en lo sucesivo. Los sueños adquirían cada vez una mayor precisión: aunque no escuchó nombres ni vio imagen alguna, la identidad del personaje surgió sola en su imaginación al despertar. Debía apresar al secretario general del Partido

Comunista andino no bien regresara de su próximo viaje a Moscú, y hacerlo confesar.

Mediante la tortura, el hombre entregó incluso un completo plan elaborado por el Kremlin para derrocar al Supremo. Rompió relaciones con la Unión Soviética, y desató una implacable persecución contra el marxismo. Buscó de nuevo el apoyo de los norteamericanos, y no tardó en sobrevenir la reconciliación. Otorgó algunas compensaciones económicas a las compañías expropiadas y, secretamente, sin comunicárselo siquiera a su estado mayor, autorizó la instalación de una base aérea oculta en la selva con el propósito de obtener un apoyo sorpresivo en el caso de alguna emergencia. Irónicamente, esa estratagema jamás le prestaría utilidad alguna.

Entretanto los focos aislados de revolucionarios que sobrevivieron a las persecuciones seguían conspirando en la clandestinidad. A ellos recurrió su antiguo compañero de armas, el coronel Ignacio Valverde, para intentar un irracional golpe de estado. La temeraria maniobra le permitió proseguir la limpieza de insurgentes: durante siete días los soldados cazaron por las calles, casas y campos a todo lo que olier a marxismo solamente.

Frente a estos hechos el Espíritu de la Montaña planteó dos situaciones por intermedio del sueño que sobrevino a su nueva visita: aunque aplastado, el movimiento revolucionario renacería, y por mucho que siguiese imponiéndose con violentas represiones, su gobierno adquiriría un ritmo monótono: conspiraciones periódicas seguidas de las respectivas purgas. ¿Valía la pena insistir en el ejercicio del poder por la sola recompensa de mantenerse arriba? Estas conclusiones sonaron como sombríos augurios. Comenzó a sentirse inexplicablemente acorralado: trataría por todos los medios de no volver a la Morada del Espíritu, por clarividentes que fuesen sus consejos.

Durante los próximos dos años los revolucionarios se multiplicaron a un ritmo pasmoso, incontrolable, a lo que se agregó la decreciente economía andina, reflejo de la recesión internacional y de las escasas inversiones extranjeras. Las fuerzas de seguridad se demostraban incapaces de controlar la insurgencia. Llegó un momento en que las cosas se hicieron insostenibles: todo se volvía contra el Supremo, tanto interna como externamente. Y una vez más, muy a su pesar, debió acudir a la Morada del Espíritu de la Montaña.

La actual situación debía enfrentarse poniendo en práctica otro tipo de recursos, soñó esta vez: el simple apresamiento o ejecución de los cabecillas de poco serviría. Ante un hecho así la revolución se desencadenaría a todos los niveles, siendo muy difícil para el Supremo superarla: llevaba todas las de perder. Era indispensable fingir un ataque de enemigos desconocidos, invisibles, porque así el gobierno concitaría automáticamente la solidaridad nacional. La confusión y el terror desatados bastaría al Supremo para recuperar todos los hilos del poder. En esta única ocasión el Espíritu le demostraría el verdadero alcance de su fuerza. Incluso destruiría a uno de sus grandes enemigos, oculto bajo la apariencia de un leal colaborador. Pero aquí terminaría su ayuda en el tiempo actual: después de esto, el Espíritu lo llamaría a reunirse con Él.

El Supremo se hizo esta vez el solemne propósito de no regresar más a la Morada del Espíritu de la Montaña, cualquiera fuese el resultado de la nueva estratagema, en cuya materialización dudaba. El ataque al regimiento de Urumayo y la muerte del general Oporto, lo cogieron de sorpresa. Pero no tardó en comprender su origen. Ahora no cabía duda de que el Espíritu de la Montaña disponía de recursos materiales poderosos, y esta elocuente demostración lo inquietó hondamente. De nuevo recordó los objetos luminosos que solían sobrevolar la región: a veces se esfu-

maban de súbito, o desaparecían en la inmensidad del espacio.

Pero aquella potencia destructora podía ser de un origen distinto al material: ciertos fenómenos catalogados de sobrenaturales se manifiestan en la irradiación de un fuego mortífero. Gran parte del demonismo se basa en esta idea.

Desechó una vez más las especulaciones. Pero sentía crecer su acoso. Como si todo hubiese sido dispuesto de antemano para que así ocurriera. Aunque intentó evitar al Espíritu, la última crisis le dejó como única alternativa pedirle ayuda: de otro modo habría sido derrocado por sus enemigos.

El riguroso cumplimiento de todo lo prometido por el Espíritu, y su advertencia de que próximamente lo llamaría, continuó latiendo en su conciencia como un maligno tumor en pleno desarrollo.

16

VOLVIÓ EN SÍ CON UN AGUDO DOLOR de cabeza y una sensación de mareo. Su rostro chorreaba agua y lo atormentaba el calor. Una atmósfera pesada, hedionda a sudor y tabaco, hacía ingrato respirar.

Poco recordaba. Dejó su automóvil en el garaje, ligeramente pasado el toque de queda, y tomando por la callejuela lateral, bastante oscura, avanzó por el costado del edificio hacia el ingreso. Por las ventanas de los pisos altos surgía luz, pero la planta baja mostraba los marcos tenebrosos de los locales comerciales. Frente a la puerta de la botillería recibió un fortísimo golpe en la parte posterior de la cabeza. Cayó de rodillas y perdió el conocimiento.

Un segundo balde de agua tibia apresuró la recuperación. La única luz dejaba los contornos en tinieblas: una simple ampolleta dentro de una lata de conservas como pantalla. La voz seca del hombre habló:

—Ya ha descansado bastante, señor Wiley. Ahora conversaremos.

Pasado un tiempo distinguió las siluetas de tres personas

sentadas al frente, y el ruido que hacían otras a su alrededor. Pero sus facciones permanecieron invisibles.

—¿Dónde estoy?

—En manos del Grupo Nacional de Liberación, en un lugar secreto. Nadie podrá encontrarlo, si es que lo buscan con todo lo que está sucediendo en el país. Y bien, señor Wiley, ¿cómo se fraguó el ataque al regimiento de Urumayo? ¿Y los ataques de hoy, como la destrucción del helicóptero del general Oporto?

—¿Por qué habría de saberlo yo?

—¡No agote nuestra paciencia, señor Wiley! Tenemos muy poco tiempo. ¿Cómo se planeó el ataque?

—No lo sé. ¡Juro que no lo sé...!

Desde su flanco izquierdo le descargaron un poderoso bofetón en la mejilla. El golpe le removi6 hasta el cerebro, y por un segundo perdi6 el sentido.

—¿Y bien, señor Wiley?

—No sé nada. ¡Lo juro...! También nosotros estamos sorprendidos.

—¿Los de la CIA?

—Los de la embajada.

Volvieron a golpearlo con furia. ¿Cómo demostrarles su ignorancia sobre los últimos acontecimientos? ¿De que su país no tuvo participación alguna en esos ataques? Tratando de convencerlos les informó que su Gobierno había resuelto no prestar ningún apoyo al Supremo. O a cualquier gobierno latinoamericano semejante, para destruir su imagen imperialista.

—¿Reconoce usted que los norteamericanos tienen una base aérea escondida en la selva?

—¡Les aseguro que no es cierto! —Ahora mintió—. Y menos con la política actual de mi Gobierno. Si hubiese existido la intención de instalarla, les puedo jurar que nunca se llevó a la práctica...

—¿Sí? Pero nosotros sabemos que el ataque al regimiento de Urumayo es obra de ustedes, y de nadie más.

—Pero, ¿por qué habríamos de atacar a tropas leales al Presidente para ayudarlo? Tienen que ser racionales, también. Compréndanme. ¡no veo cómo es posible ayudar atacando!

—Nosotros se lo explicaremos, señor Wiley. —Ahora tomó la palabra otro hombre, dotado de una voz ronca, quizá artificialmente desfigurada—: Ustedes atacaron el regimiento de Urumayo a requerimiento del Supremo, o quizá de mutuo acuerdo, para permitirle declarar el estado de sitio y desatar una nueva ola de represiones. ¡La peor de todas!

—Pero toda esa gente fue quemada, murió en forma inexplicable, según entiendo. ¡No por armas conocidas!

La luz seguía perforándole las retinas. Escuchó la respiración de sus captores. Los revolucionarios sabían que los elementos usados en Urumayo y contra el helicóptero de la Fuerza Aérea, volatilizado en vuelo con el general Oporto y toda su tripulación, no eran conocidos. Pero los norteamericanos habían desarrollado rayos láser y de partículas muy poderosos, capaces de fundir a la distancia cualquier material. Algunos de estos dispositivos de destrucción debieron emplearse en los últimos ataques.

Montados en satélites artificiales, o en aviones proyectados para volar a gran altura, como los U-2, permitían atacar desde el espacio blancos previamente elegidos. Y los países carentes de los necesarios instrumentos de detección, estaban inermes ante el ataque. Y esto se hizo con un propósito realmente demoníaco: habilitar al Supremo para fraguar la especie, por la simple vía del rumor, o sea, sin anuncios oficiales, de que el ataque provenía del espacio exterior. Y no mentían ya que las armas se disparaban desde satélites en órbita terrestre. Con esta artimaña consiguió introducir

la duda y el miedo a lo desconocido en la población: así nadie se opuso para que adoptase cualquier medida en nombre de la seguridad nacional.

—¡Ustedes están locos! ¿Cómo puede ocurrírseles semejante disparate? Mi país ni ningún otro país, que yo sepa, tienen esas armas. ¡Son simples teorías, quizá ensayos de laboratorio! Pero de ahí a convertirse en realidad aún falta mucho.

Lo golpearon de nuevo. La sangre comenzó a manar de sus narices. Y comprendió que jamás le creerían: para esa gente detrás del ataque a Urumayo estaban los Estados Unidos y nadie los sacaría de esa convicción. Sólo ahora lo misterioso de la agresión al regimiento de Urumayo se perfilaba ante Jack Wiley. Varias versiones llegaron a conocimiento de la embajada, todas de oficiales de ejército, que coincidían en sus lineamientos generales. Pero en ningún momento se avino a considerarlas seriamente, mientras no se conociera una relación oficial de los hechos. Siguiendo el consejo de Lawrence Harris se las ingenió para no dejarse ver por el Supremo. Pero resuelto a ayudarlo aunque fuese anónimamente, partió a la base de Aricocha para tenderle una trampa a Adrián Koch, que sería uno de los chóferes de Epra. Desde ese día el presunto Koch se esfumó de Aricocha, de donde Wiley coligió el éxito de su ardid.

Wiley sospechaba que lo ocurrido al regimiento podía ser una maniobra inventada por el Supremo para evitar, o al menos, postergar el golpe planeado contra su Gobierno. Pero la insistencia en los detalles portentosos del terrible suceso, que en principio atribuyó a simples fantasías, ahora se tornaban amenazadores para su porvenir inmediato. Conocía los infinitos recursos del Supremo, su audacia e imaginación para fraguar cualquier treta, aunque sin duda ahora había llevado las cosas a un límite extremo, aparte de los detalles enigmáticos e inexplicables del acontecimiento. Consi-

guió introducir el terror, la desconfianza y el desconcierto en el pueblo y las fuerzas armadas. Sólo ahora Wiley comprendió que él y sus compañeros de la embajada cometieron un error al no considerar seriamente los rumores sobre un ataque procedente del espacio exterior, como se sostenía cautelosamente en todos los niveles del Gobierno. Dado el descontento de una gran parte de las fuerzas armadas andinas, no se habrían prestado para apoyar una farsa. O sea, algo de verdad alimentaba esa fantástica historia. Según los informes recogidos por la embajada, el Supremo mantenía un gran hermetismo.

Cualquiera que fuese la naturaleza del hecho, mantener el suspenso por un tiempo indefinido lo beneficiaría. Mientras menos luces proporcionara, mejor manejaría la situación: para empezar asumió el control total de las fuerzas armadas. Sólo él daba las órdenes en la actual emergencia. De una plumada despojó del poder de decisión a todos los generales, sin que nadie se opusiera. De golpe y porrazo el Supremo había retomado el poder absoluto de la nación.

Como para creer en sus dones sobrenaturales, se dijo semiatontado, fingiendo haber perdido la conciencia con el último golpe para ganar tiempo.

La habitación donde interrogaban a Jack Wiley quedaba en el sótano de una casa vieja, en las afueras de Bolívar, rodeada de un sitio cubierto por densos matorrales de malezas y con árboles añosos, corpulentos. La ausencia de luces en las ventanas desquiciadas acentuaban el aspecto de abandono de la propiedad. Pero en la cocina, junto al acceso al subterráneo, tres hombres jugaban a las cartas alumbrados por una lámpara a parafina. La fachada de la casa, como la de las colindantes, se erguía frente a un camino de tierra, desprovisto de toda iluminación pública. Una espesa oscuridad

ocupaba la vía, encajonada entre viejos paredones de adobes.

Dos camiones avanzaron despaciosos, con sus faros apagados, guiándose solamente por la pálida fisonomía de la calle. Se detuvieron antes de llegar a la casa y desde ambos descendieron unos cuarenta hombres armados, vestidos con uniformes del ejército. Varios portaban unos depósitos de metal a sus espaldas, con largos tubos conectados a aquéllos. El resto traía metralletas. Mediante escalas metálicas traspusieron la pared, y se abrieron paso entre la maraña con gran sigilo.

—Señor Wiley: sin la ayuda de Estados Unidos, el Supremo nada habría podido hacer. Sabemos también que la intención del Gobierno norteamericano es la de negar su ayuda a los regímenes dictatoriales de cualquier país. Pero uno es lo que dice el presidente de Estados Unidos, y otro lo que hace el Pentágono, ¿no es así? Y sabemos a ciencia cierta que los satélites dotados de láser son una realidad.

—Pueden seguir interrogándome por un año, y nada podré decirles. Como ustedes mismos lo piensan, existen informaciones fuera de nuestro alcance, que ni siquiera sospechamos. Ningún agente de la CIA o del FBI o de cualquier otra organización, puede tener acceso a toda la información sobre la defensa de los Estados Unidos. Cuando mucho conocerá una parte, la que se estime necesario que conozcan. ¡Yo no sé nada sobre lo que a ustedes les interesa conocer!

Y así pensaba Jack Wiley. ¿Qué sabía él cómo se manejaban los asuntos internacionales al nivel del Gobierno o de los altos mandos militares de su país? En los últimos años, y a raíz del espionaje enemigo, las informaciones se restringieron al máximo. Las experiencias de avanzada tecnología se efectuaban en el más estricto secreto, especialmente las

vinculadas con las armas estratégicas. Algo sabía sobre satélites espías y asesinos, como se les llamaba, y quizá los revolucionarios no se equivocasen en sus apreciaciones. Pero las recientes órdenes de su jefe inmediato, Lawrence Harris, eran precisas: no solamente se le negaría toda ayuda al Supremo, sino además se dismantelaría la base aérea secreta de la selva.

—¡Miente usted! —empezó el primer interrogador, irritado—. El 23 de noviembre, tres días antes del ataque a Urumayo, usted fue a la base meteorológica que tienen sus compatriotas en Aricocha. Por esos mismos días el Supremo viajó a sus tierras, como siempre lo hace en casos de emergencia. ¿Va a decirnos que fue pura coincidencia?

—¡Por supuesto que sí! Hace más de una semana que no veo al Supremo. —Aquí decía la verdad—. Mi viaje a la base fue rutinario, como siempre lo hago.

—¿Sí? Pero ocurre que anoche dos colaboradores nuestros aparecieron misteriosamente acuchillados en las afueras de Aricocha, uno de ellos el dentista del pueblo. Y hoy se encontró muerto en la Plaza del Buitre a un alemán amigo nuestro, Adrián Koch.

La puerta de la pieza donde los tres hombres jugaban se abrió con sigilo. Dos soldados encañonaron a los guardias con sus metralletas. No alcanzaron ni a soltar los naipes. Siempre en silencio llevaron a los revolucionarios al patio. El comandante del grupo se asomó a la escalera, escuchó un segundo, y luego descendió los escalones de piedra seguido por cinco hombres armados. Un soldado abrió la puerta de un puntapié. Gritos estallaron en la habitación apenas iluminada. El coronel ordenó a los captores de Wiley que se alinearan contra la pared, e hizo soltar al norteamericano. Luego dirigió el foco de luz sobre los siete prisioneros, y fue examinándolos uno a uno. Señaló a cuatro, y éstos fueron sacados de la habitación junto con Wiley, que apenas caminaba.

Regresaron los soldados con los tres guardias capturados al principio del operativo, y también el coronel los hizo ponerse de espaldas contra el muro. Adivinando sus intenciones, los cautivos trataron de abalanzarse sobre el militar. Las ráfagas de metralleta frustraron la tardía acción. Los seis hombres quedaron inmóviles junto a la muralla.

El coronel trepó rápidamente la escalera, mientras sus hombres registraban los bolsillos de los caídos. Una vez afuera el oficial ordenó a los soldados con lanzallamas que procedieran. La casa ardió con grandes llamaradas.

En un salón del Palacio de los Presidentes, con muros revestidos de madera, donde los ruidos de la calle no se oían, y detrás de cuyas ventanas se extendía un fresco jardín, los generales Félix Cabrera y Galindez, recién nombrado comandante en jefe de la Fuerza Aérea, en reemplazo de Fernando Oporto y Rodríguez, y Anselmo Ferrer y Orellana, la primera antigüedad del ejército después de Raúl Valdés y Osorio, actual comandante en jefe, esperaron escasos segundos la llegada del Supremo. Ni siquiera alcanzaron a especular sobre los motivos de la presente citación: Raimundo Ruiz y Pastene cerró la puerta a sus espaldas, e invitó a los oficiales a tomar asiento en torno a una mesa.

—A contar de este momento, señor general Ferrer, usted asume la comandancia en jefe del ejército. Su antecesor, el general Raúl Valdés y Osorio ha sido detenido por orden mía, porque se demostró su vinculación con el movimiento revolucionario.

—Le agradezco mucho el nombramiento, Excelencia. Pero, ¿cuándo ocurrió lo del general Valdés?

—Anoche efectivos de seguridad apresaron a cuatro cabecillas del movimiento. Al mismo tiempo liberaron a Jack Wiley, agregado a la embajada norteamericana, y que había

sido secuestrado anoche, pasado el toque de queda. Los prisioneros fueron interrogados, y se supo lo del general Valdés, cosa que yo sospechaba. Será ejecutado en breve.

Una corazonada le había hecho vigilar a Jack Wiley: se le ocurrió que los revolucionarios tratarían de secuestrarlo para averiguar lo acaecido en Urumayo. Los captores fueron seguidos, y los de seguridad aguardaron que acudieran los cabecillas. El Supremo no dudaba que serían ellos los encargados de dirigir el interrogatorio de Wiley. Aunque Wiley alcanzó a ser golpeado, no sufrió grandes daños.

—La revolución ha sido desbaratada. Todos los jefes están presos, y serán ejecutados antes de que anochezca. Pero antes hablaron. Me confirmaron que el general Oporto estaba implicado en la conspiración. Afortunadamente para él murió antes.

Los ojos del Supremo permanecían impasibles.

—¿Qué hay de nuestro problema de fondo?

El Supremo se levantó y caminó hasta una ventana. Habló mirando afuera:

—Sé tanto como ustedes, señores generales. —Se dio vuelta y enfrentó a sus subordinados—: Tal como se lo dije hace unos días, no sé de dónde provienen estos ataques, ni qué se pretende con ellos. Y según mis antecedentes, ningún país tiene armas parecidas a las que se usaron en Urumayo. He recibido informaciones de que se han visto objetos desconocidos volando sobre Aricocha.

—También las recibí yo, Excelencia —dijo el general Ferrer—. Pero, ¿cree usted que son los responsables de estos ataques?

—Señor general —empezó el Supremo, adoptando un tono grave—: no podría sostener algo así, aunque por principio nunca niego ninguna posibilidad, por descabellada que parezca. Pero quiero que me escuche bien: los ataques al regimiento de Urumayo fueron auténticos y de origen descono-

cido, hasta donde yo sé. Lo mismo los otros ataques, como el que terminó con el traidor Oporto, de un jeep del ejército cerca de Aricocha, y la destrucción del puente sobre el Vilcayali. No sé qué puede venir ahora, pero la intuición me dice que no debemos temer grandes cosas. ¡Si quisieran aniquilarnos con ese poder que tienen, ya lo habrían hecho!

—Y su intuición nunca lo ha engañado, Excelencia —comentó Ferrer, servil, mirando a Cabrera, que asintió con un seco movimiento de cabeza.

—Por otra parte ese ataque fue providencial, porque nos ha permitido aplastar la conspiración. Si nos libramos de este enemigo desconocido —revistió sus palabras de un bien estudiado dramatismo— tendremos por delante veinte años de gobierno tranquilo, sin conspiraciones ni revolucionarios. Me preocuparé de eliminar hasta el último vestigio de insurgencia, porque ahora tenemos todos los hilos en nuestras manos. En lo que ustedes seguramente me dispensarán toda su colaboración.

—¡Por supuesto, Excelencia! —contestaron ambos generales al unisono.

—Es una oportunidad que no podemos perder —añadió Ferrer—. ¡Siempre que nuestro enemigo nos deje tiempo!

—El enemigo desconocido es el peor de todos. Así lo ha entendido el pueblo, que por la simple vía del rumor se encuentra asustado, y ha resuelto hacer causa común con su gobernante. Estoy seguro que si convocara a elecciones, obtendría la primera mayoría. ¡Y lejos...! —terminó, riendo secamente.

Los dos generales también rieron, porque los arranques de humor del Supremo no se prodigaban.

—¿Cree usted, Excelencia, que sería conveniente hacer un anuncio oficial sobre la naturaleza del ataque? —insinuó Cabrera, vacilante.

—¡Por ningún motivo, general! —saltó el Supremo, con

seguridad—. Nada ganaríamos. La actual situación de temerosa expectativa que ha surgido espontáneamente, como siempre ocurre cuando una amenaza desconocida pero concreta se cierne sobre el hombre, es la más conveniente para nuestros propósitos. Las amenazas invisibles nunca pasan inadvertidas: la gente se entera de ellas por instinto, en la práctica, sin que nadie se lo diga. Y eso ha ocurrido aquí. Cualquier anuncio oficial sólo crearía el pánico. Y ése es un enemigo peor que los conspiradores. Un hecho nos favorece: los ataques son esporádicos, y no parecen atenerse a un plan específico. Es de esperar que las cosas no varíen, y terminen como empezaron.

La velada amenaza que encerraban sus palabras aumentó el desconcierto de ambos generales.

—Quiero reiterarles mi orden anterior, señores generales: todas las decisiones de guerra las tomaré yo, mientras duren las actuales circunstancias. Esto es vital: ninguno de ustedes debe ordenar operaciones bélicas o ataque alguno, por necesario que parezca, sin antes consultarme, ¿entendido?

17

ATERRIZARON A LAS CUATRO de la tarde del mismo día de su zarpe en el aeródromo militar de Bolívar, en medio de una gran efervescencia, y sin conocer los motivos del imprevisto regreso. Órdenes superiores, fue la respuesta que obtuvieron del capitán de la aeronave. Pero la tensión de los tripulantes permitía colegir la gravedad del caso. Sin duda los oficiales conocían las razones de esa repentina decisión, pero guardaban silencio. El propio capitán, que horas antes no se separaba del lado de Virginia, se mantuvo aislado de los pasajeros. Evitaba a la mujer, notó Valerio desde su asiento junto a Ricci, seguramente porque se sentía incapaz de no abrirse con ella.

El brusco desenlace de la gira, que enfureció a Unger, y el hallazgo del cadáver, restaron importancia a la aventura de Valerio y Virginia. Porque Unger salió en busca de su mujer cuando el comandante recibió la repentina instrucción de volver, y no porque estuviese particularmente inquieto por la ausencia de Virginia.

Al ver llegar a Valerio, aún con la ropa mojada, Ricci se limitó a comentarle la insólita determinación de poner término al viaje. Ni siquiera tuvieron tiempo de recorrer el lugar. Pero no se notaba contrariado por el hecho. El muerto sirvió de pretexto a los oficiales para cambiar el tema, porque los pasajeros no dejaban de hacer preguntas. El mismo capitán encabezó una patrulla para ir al sitio del hallazgo, guiado por Valerio. También los acompañó el camarógrafo de Unger, que tomó varias fotos de los restos. Los soldados cavaron una rápida sepultura, que cubrieron con pesadas piedras. El trámite no demandó mucho tiempo, y como a las tres de la tarde, cuando el viento hubo amainado, el aparato carreteaba por la pista para despegar. Su permanencia en la Plaza del Buitre no superó las cinco horas, en lugar de los tres días contemplados en el programa original. Incluso las instrucciones del comandante comprendían la alternativa de dejar allí a Unger y su equipo el tiempo que requiriesen para la filmación y luego regresar a buscarlo cuando el norteamericano así lo indicase. Pero volvían sin que Unger siquiera se hubiese formado una idea aproximada de los antiguos vestigios.

Valerio reflexionaba que el viaje había sido organizado para su propia conveniencia, porque sin duda era el más favorecido. Fue el único, con Virginia, que recorrió una parte de las Grutas Negras y algo de la Plaza del Buitre. Indudablemente su inquietud no quedó satisfecha. Le faltó tiempo para explorar más detenidamente el lugar, e intentar además la verificación de la teoría del profesor Rodríguez, buscando una posible comunicación con el hipotético refugio subterráneo, cuya existencia se le antojaba ahora más factible después de su caminata sobre las grandes losas de piedra.

Sus recuerdos se vieron interrumpidos porque Ricci comenzó a especular sobre los probables motivos del regreso.

Al argentino le parecía decisiva la aparición del cadáver, pero Valerio debió recordarle que el comandante del avión conoció el hecho después de recibir la orden de cancelar la expedición.

—¡De veras que lo encontró usted con la señora Unger! No me ha contado esa parte de la historia, ¿cómo fue eso?

Sucintamente Valerio le narró lo acaecido, pero la mente del argentino se ausentó de allí, y no siguió preguntando. El resto del viaje fue sombrío, silencioso, con una tensión que cundía por momentos. Una sola vez Virginia cruzó junto a él rumbo al baño. Pero no se detuvo a conversarle, seguramente para destruir cualquier suspicacia. También la norteamericana se notaba preocupada.

Desde el aeropuerto llamó a Alarcón, pero no lograron comunicarlo con él: se encontraba reunido con el ministro. Entonces telefoneó a Clarisa. La viuda se limitó a decirle escuetamente que pronto se comunicaría con él. De su voz Valerio dedujo que también su amiga compartía la inquietud generalizada. Un automóvil de la Fuerza Aérea fue a dejarlo a su departamento. Y allí encontró un mensaje de Clarisa, donde lo citaba para esa noche en la casa de Príncipe de Asturias.

Aprovechó las horas que faltaban para escribir una reseña de su viaje a la Plaza del Buitre. Sorpresivamente, como a las ocho de la noche, apareció Ortiz. No disimulaba el nerviosismo, y se metió al departamento mirando a sus espaldas, como si lo persiguieran de cerca. Afuera la oscuridad. Una brusca irritación contra el abogado poseyó a Valerio. Debió esforzarse por disimularla, porque en las actuales circunstancias la presencia de Ortiz tornaba peligrosa su propia seguridad. Pero al pensar que tal vez el hombre pudiese despejarle algunas dudas, le hizo adoptar una aparente cordialidad.

—Perdone la intromisión, pero quiero advertirle algo: es-

tán ocurriendo cosas muy graves, ¡gravísimas! —Hablaba en una voz baja, confidencial—. Nadie sabe de qué se trata. Por favor: no vaya a repetir lo que le cuento. Pero le ruego informarme cualquier cosa que sepa, ya que usted tiene acceso a tan buenas fuentes...

Seguro, pensó Valerio, acometido de nuevo por una secreta ira al ver la facilidad con que Ortiz trataba de implicarlo en sus manejos.

—¿Qué ha pasado?

—Se dice que un regimiento completo fue exterminado en misteriosas circunstancias cerca de un pueblito llamado Urumayo. Esto pasó ayer, cerca del mediodía. ¿Ha sabido algo usted? Por favor, dígamelo si lo sabe. ¡Es de vida o muerte para mí y muchas otras personas...!

—No he sabido nada. Y escuche: no quiero meterme en sus líos. Lamento tener que decírselo, pero yo nada tengo que ver con sus amistades ni los revolucionarios.

No pudo contenerse más: la tensión del día había llegado a su punto crítico.

—¿Le falta hombría para ayudar a un compatriota?

—Ortiz recuperó su aplomo—. ¡Debía darle vergüenza! Haciendo causa común con esta gentuza. Usted, un chileno, un hombre democrático. ¿O es que se comprometió con don Raimundo Ruiz? ¿Cree que él le alargará la mano, por mucho que usted le jure lealtad de guata? ¡Se equivoca, mi amigo! —Los ojos de Ortiz brillaban peligrosamente, y Valerio vaciló—. Pase lo que pase, esta vez el tirano caerá. Y solamente yo podré ayudarlo para que los revolucionarios olviden su amistad con algunos personeros del régimen. ¿Cree que no sé que andaba por la Plaza del Buitre, en un viaje oficial?

Valerio se quedó paralogizado.

—¿Cómo lo supo?

—No se preocupe, pero tenemos toda la información.

Aún más: sabemos que usted encontró a un muerto. ¡Y sabemos quién es ese muerto!

—¿Quién es?

Nada valía seguir fingiendo ignorancia. Pero ahora su irritación dejaba paso a un secreto pavor.

—Es un alemán llamado Adrián Koch, que trabajaba para los revolucionarios. Investigaba algo vital para nosotros, y apareció muerto en ese sitio, muy lejos de su lugar de operaciones. ¿Sabe quién lo mató? Solamente una persona pudo hacerlo: el Supremo. ¡Solamente él!

—No diga tonterías. cualquiera de los miembros de la policía política pudo matarlo.

—¡Está muy equivocado, mi amigo! Sólo al Supremo se le habría ocurrido la idea de tirarlo a la Plaza del Buitre, porque él siempre la visita cuando algo grave se avecina. ¿No lo sabía usted? Hay un montón de cosas siniestras, muy siniestras, detrás de ese sujeto. Hasta brujerías, ¿comprende? Sí, brujerías, no se le ocurra reírse. ¡Ese tipo debe tener pacto con el diablo, o algo así!

—¿Usted cree en esas cosas? ¿Dónde queda su materialismo marxista, entonces?

—¡Olvidese de mi marxismo! Cada cosa hay que analizarla en su contexto. Y el contexto del Supremo incluye la magia y otras cosas sobrenaturales. No porque yo crea en la efectividad de esas prácticas, sino porque de alguna manera misteriosa las utiliza, ¿entiende? Es algo que no debe despreciarse al estudiar a un enemigo. Como si fuese católico observante: también habría que tenerlo en cuenta para evaluar su personalidad...

Como estar desnudo frente a una jauría que lo acosaba por todos lados. Ortiz no le proporcionó ninguna luz sobre sus fuentes de información. El nombre de Virginia titiló en la mente de Valerio. ¿Estaría la norteamericana vinculada a los revolucionarios? No había identificado al muerto, ex-

cepto que fingiese. Pero todo eso carecía de importancia ahora. Sobre el ataque al regimiento los revolucionarios se limitaban a especular, porque nada concreto obtuvieron de sus informantes. Y por la simple razón de que éstos nada sabían. De alguna manera ese grave suceso se relacionaba con los últimos pasos dados por el Supremo. Porque no lejos de la Plaza del Buitre se encontraba Urumayo.

—¿Sabe lo que han echado a correr? ¡Usted va a reírse! Pero es para que vea cómo es el Supremo. Dicen que fueron los discos voladores los que atacaron el regimiento... ¿Se da cuenta? ¡Es lo que andan corriendo ahora!

Valerio esbozó una insípida sonrisa.

—¿Qué pudo ser entonces?

—Lo ignoramos. Sólo sabemos que todos los soldados del regimiento perecieron achicharrados, ¿entiende? ¡Cómo si los hubiesen quemado vivos...!

—Pero el ejército está con el Supremo...

—¡Por supuesto que sí! Ahí está el misterio, precisamente. ¿Quién los exterminó si no fueron los revolucionarios? ¿Quién? Bien: ahora me voy, para no importunarlo más. Pero volveré, ¿entiende? Volveré a recoger información. Aunque lo encuentre bastante pusilánime, sé que no me delatará. Usted es una persona con clase, y eso vale. Por otra parte, más pronto de lo que usted cree le devolveré la mano. ¡Tendría que estar loco de remate para fiarse del Supremo! ¿Sabe qué le hizo al general Carlos Evaristo Morales, al que le debe toda su carrera militar y política? ¿Que lo convirtió en su brazo derecho cuando recién era comandante? Le metió dos balas por una oreja. ¡Dos...! —Remató la frase formando la cifra con sus dedos—. Claro que así llegó al poder. Si eso le hizo a su protector, ¡imagínese lo que le haría a usted cuando algo le parezca mal!

Ortiz abrió la puerta, pero volvió a cerrarla, como impulsado por un recuerdo de último minuto.

—¿Se acuerda que le hablé de la viuda de un oficial de ejército, la otra noche? ¿Una medio pariente del Supremo, y su amante, además? —Valerio hizo un esfuerzo para permanecer impassible—. Me contaron otras cosas de esa señora. Parece que también está metida en el Servicio de Inteligencia del Supremo.

—¿Sí? ¿Cómo se llama?

Trató de imprimir indiferencia a su voz.

—¡Ni siquiera me han dicho su nombre, por razones de seguridad! Pero resulta que anoche el nombre de esa viuda salió a relucir de nuevo, y supe la novedad...

Se marchó, haciéndole un gesto de despedida con la mano. Las últimas palabras del abogado exacerbaron su nerviosismo. Además el temor se asomaba de pronto con su rostro cambiante, borroso, indefinido. Caminó hasta Príncipe de Asturias poseído de un desasosiego creciente. Tras las palabras de Ortiz se advertía claramente la segunda intención. ¿Por qué todo eso? ¿Para separarlo de Clarisa? Bajo el cielo anubarrado un soplo tibio empujó una hoja de diario por la calle. El chubasco que los sorprendiera esa mañana en la Plaza del Buitre se aprestaba a reeditarse en la ciudad. Clarisa lo esperaba y lo condujo hasta un salón amoblado con viejos muebles de estilo.

—Tengo la impresión de que están pasando cosas bastante graves. ¿Has sabido algo?

Ella sacó un cigarrillo de un paquete recién abierto y lo encendió.

—Sí, han ocurrido algunas cosas. No lo comentes con nadie, eso sí. ¡Comprendo que es una recomendación bastante tonta!

Clarisa no hizo otra cosa que repetir las informaciones conocidas por Valerio una hora antes a través de Ortiz.

—¿Cómo supiste eso?

—Trabajo en la Presidencia, ¿o lo olvidaste? —dijo ella.

con naturalidad—. Estamos informados de todo. Incluso me llaman a la casa para contarme los acontecimientos más importantes, en especial los que atañen al Supremo...

Pero el Supremo no exteriorizaba señales de alguna particular preocupación, en medio del general nerviosismo imperante en el palacio. Resueltamente Valerio le planteó las visitas de Ortiz, y cómo tanto ahora como la primera vez se preocupó de deslizarle rumores sobre una misteriosa viuda. Clarisa sonrió, aunque al escuchar las primeras palabras de Valerio acusó una inmediata tensión. Cuando el periodista concluyó, había recuperado la serenidad.

—No vale la pena que te oculte nada. —Y aspirando una larga bocanada de humo—: Vas a conocer todos mis pecados...

En lo sentimental, nada subsistía entre Clarisa y el Supremo; de lo contrario no se habría arriesgado a comprometer a Valerio en una aventura tan peligrosa para ambos, aunque al Supremo no lo conmovían mucho los celos. Pero no reaccionaba como el común de los mortales. Cuando Clarisa ingresó a la Presidencia, después de la muerte de su marido, sostuvo una última entrevista con Raimundo Ruiz y Pastene. Allí le planteó su decisión de ponerle término a sus relaciones, cosa que el Supremo no objetó. Pero como Clarisa comenzaría a trabajar para él, en cierto sentido, le pidió que realizara paralelamente ciertas labores de Inteligencia. Sería algo fácil y de gran importancia para el Gobierno después de lo acontecido con Valverde. Aunque virtualmente aplastada, el Supremo intuía que algunos aspectos de la organización revolucionaria se le escapaban. Requería entonces de la colaboración de todos sus leales. Porque esos mismos conspiradores, que no alcanzaron a plegarse a Valverde en su totalidad por la precipitación del coronel, mataron al marido de Clarisa. El Supremo sabía plantear sus puntos de vista en una forma que tornaba difícil escurrirse.

Pasaba por alto la infidelidad de Clarisa, como si el hecho en nada alterase su condición de esposa de un hombre caído en la lucha a raíz de una emboscada. Y ella, siguiendo la humana tendencia al autoengaño, aceptó la proposición.

Colaboró con el Supremo fingiendo simultáneamente que dispensaba una sigilosa ayuda a los rebeldes, para lo cual utilizó a uno de sus compañeros de trabajo como intermediario. Jugando el discreto papel de viuda inconsolable, que no sabía a quién culpar de la muerte de su marido, hizo caer a un verdadero espía de la revolución infiltrado en la Presidencia.

—¿Nunca has pensado que sigues enamorada del Supremo? —preguntó Valerio—. ¿Habrías estado dispuesta a trabajar para él si no lo estuvieras?

—No vale la pena darle vuelta a esas cosas —comentó ella, un tanto alterada—. Ya no estoy enamorada del Supremo, y debes creerme. Por otra parte, sólo de recordar la cara de Valverde cuando me abordó esa noche, y al pensar que esos revolucionarios querían ayudarlo a tomarse el poder fue suficiente para mí. ¡Además, por su culpa mataron a mi marido...!

—Lo siento. ¡Perdóname! Me olvidaba de todo eso. —Y añadió—: Pero, ¡es un juego bastante peligroso! Algo deben sospechar de ti, por lo que me dijo Ortiz.

—¡Por supuesto! Lo hizo para vengarse de mí, solamente. ¡Por encargo de los rebeldes!

—¿Por qué lo crees?

—Porque hoy en la mañana apresaron a mi contacto en la Presidencia, y parece que cantó todo. ¡Están haciendo una gran redada!

—¡Me sorprende tu tranquilidad!

—¿Y qué voy a hacer? Me metí a sabiendas en este lío. Conocía sus peligros. ¡No voy a arrepentirme ahora! Por lo demás todos esos infelices ya están presos. De nuevo el

Supremo los aplastó. Y ahora el golpe les va a doler más. No volverán a levantar cabeza por mucho tiempo. —Y luego de una breve pausa—: Además contra mí no tienen pruebas. Sólo presunciones, ¿ves? Jamás me comprometí directamente con su famosa causa. ¡Excepto que tú me delates! —agregó, riendo—. Tu compatriota se ha salvado porque es muy listo y es un refugiado político. Pero de repente lo van a tomar y poner en la frontera... Pasando a otra cosa, ¿cómo te fue en tu excursión? ¡Qué pena que hayas tenido tan poco tiempo! Fue una gran oportunidad, que a lo mejor no se repite. ¿Alcanzaste a conocer algo?

Le contó todo, incluyendo el encuentro del cadáver de Adrián Koch, que también Clarisa conocía, y su visita a las Grutas Negras acompañado de Virginia. Advirtió una inmediata desconfianza en la actitud de Clarisa. Aparentemente le costaba aceptar la versión del encuentro casual con la norteamericana. Lo sometió a un prudente, pero acucioso interrogatorio, tratando de disfrazar los secretos celos que la acometían. Valerio nada le ocultó, excepto la verdadera naturaleza de sus relaciones con Virginia. Clarisa recuperó la tranquilidad.

La vieja india encargada de la casa vino a anunciar la comida cuando la lluvia comenzaba a caer con un seco tamborileo. Debieron salir a una galería orientada al patio, sobre cuyos adoquines el agua rebotaba ruidosa, para llegar al comedor. Sobre la mesa brillaban dos candelabros de siete velas cada uno. Durante la comida, y como Valerio volviera a recordar la visita de Ortiz, Clarisa le propuso que se mudara a Príncipe de Asturias. Allí podía vivir tranquilo, sin que nadie lo importunase, mientras pasaban esos días cruciales. Nadie sabría dónde encontrarlo. Compartía los temores de Valerio de que Ortiz pudiera acarrearle problemas, dadas sus vinculaciones con los revolucionarios, y porque se trataba de una persona conflictiva.

—Estarás muy bien aquí. Y cuando haya pasado el peligro, puedes irte si quieres —dijo la viuda—. La casa es bastante grande. Hay un segundo patio más adentro, donde vive Melania con su marido, que son muy fieles a mí.

La lluvia tendía a declinar. El ofrecimiento de Clarisa no podía llegar más oportunamente. Amaba su independencia por sobre todo, pero la amenaza de Ortiz le hizo comprender la conveniencia de desaparecer por un tiempo al menos.

Porque los próximos días serían decisivos. Nunca antes un presentimiento se había aferrado tan firmemente en su ánimo.

18

DOS HELICÓPTEROS DE LA FUERZA AÉREA efectuaban un patrullaje de rutina sobre las selvas vecinas al Mirador del Indio, cuando desde su base en Aricocha les advirtieron que un objeto luminoso se dirigía hacia ellos a gran velocidad. El comandante Asenjo, de la primera aeronave, inspeccionó el cielo, y no tardó en descubrir un punto brillante que, de mantener su rumbo, pronto los rebasaría. Desde la otra máquina confirmaron su observación. El desconocido se desplazaba demasiado alto para intentar interceptarlo: los helicópteros apenas volaban a cien metros de la selva que se extendía debajo, y dado su color verde oscuro se mimetizaban con la vegetación para cualquier observador de arriba.

Entonces la cosa incandescente descendió en picada, frenó su velocidad cerca de la cumbre del Mirador del Indio, y desde los dos helicópteros lo vieron introducirse en el cráter del volcán apagado. Ambos aparatos enfilaron hacia la

cúspide del cono, y pronto flotaban sobre el gigantesco embudo que se hundía en medio de las sombras proyectadas por sus laderas. Eran las diez de la mañana del 28 de noviembre.

Al inspeccionar la sima con su prismático, Asenjo creyó divisar un fulgor intenso desapareciendo en el muro sur del cráter. Informó a su compañero de patrulla que descendería por la chimenea hasta donde las condiciones ambientales lo permitiesen. Generalmente en esas zonas se registran grandes turbulencias. La otra máquina debería permanecer sobrevolando la cresta del monte, sin perder de vista a su compañero.

La aeronave descendió rápidamente y sin problemas algo así como mil metros. Jamás un helicóptero había intentado siquiera la hazaña: una gran excitación invadió a Asenjo y sus hombres. Debajo de un reborde de la ladera sur apareció una hendidura, justo en el sitio donde Asenjo divisara el brillo. Al descender el helicóptero otro centenar de metros, se hizo visible una abertura horizontal, de por lo menos un kilómetro de ancho y unos doscientos metros de altura. El comandante calculó que la colosal caverna se hallaba más o menos a la altura de la Plaza del Buitre. Debía extenderse, con toda seguridad, en su misma dirección y, aparentemente, por debajo de ella.

—No hay turbulencias. Trataré de meterme algunos metros en esa abertura, para ver si descubro algo. ¡Hey...! ¡Una luz viene avanzando desde el fondo de la caverna!

En lo hondo del embudo, un brillo fulminante puso término a la comunicación. El helicóptero fue a estrellarse ardiendo contra las rocas del fondo. La combustión del fuselaje siguió iluminando el averno durante varios segundos, bajo la mirada de los paralogizados tripulantes de la segunda aeronave. La luz descrita por Asenjo, ahora calcinado entre los fierros de su helicóptero, no se hizo visible. El segundo

aparato abandonó toda tentativa de seguir investigando, y se dirigió a su base.

El general Félix Cabrera y Galíndez, comandante en jefe de la Fuerza Aérea y su estado mayor, conocieron la noticia a los pocos minutos, y veinticuatro horas después de la reunión con el Supremo. Algunos miembros del estado mayor fueron partidarios de enviar de inmediato nuevos helicópteros, con instrucciones incluso de descender hasta el fondo del cráter.

—¡Por ningún motivo! Basta una pérdida por ahora —exclamó el general Cabrera—. Ustedes saben muy bien lo riesgoso que son los vuelos en esos lugares. Además está el mensaje del comandante Asenjo, sobre la luz que vio aproximarse. No, señores: debemos comunicárselo primero al Supremo, y conocer su decisión. Creo que hemos hecho un gran descubrimiento: quizá ahí se esconde el enemigo...

—Éste ha sido su mayor triunfo, Excelencia, según los que conocen la historia de su Gobierno —expresó el embajador de Estados Unidos, Cyprian Greenhouse, en su tono mesurado, con un castellano inteligible pero precario—. Yo creo que su imagen internacional ganará un gran prestigio entre las naciones democráticas: ha derrotado al marxismo en toda la línea.

—Sí, estoy satisfecho —reconoció el Supremo—. Todo está superado, y buscaré un medio para que estas cosas no vuelvan a repetirse en muchos años. Tal vez nunca, aunque sea necesario cambiar la política interna del país, y abrirse más al pueblo.

—Eso me parece muy bien, Excelencia. Y puedo asegurarle que contará con el apoyo de mi país. ¿Qué hay de esos misteriosos ataques? ¿Se ha sabido algo nuevo?

El Supremo se puso de pie, y caminó hasta el centro de la vasta sala de audiencias, donde una mañana, diez años atrás, afrontara al sarcástico general Carlos Evaristo Morales, antes de que se acercara a leer la lista comprometedorra. Desde allí observó pensativo al embajador, que seguía sentado en el sofá.

—Nada nuevo. La verdad es que los ataques no han vuelto a repetirse. Todo está tranquilo ahora.

—¿Van a seguir investigando? Le juro que en su caso estaría con la carne de gallina, Excelencia. ¡Enfrentar a un enemigo desconocido, capaz de atacar sin delatarse, y provisto de armas tan poderosas...!

—Es que usted nació en un país muy civilizado, que cree tener respuestas para todo. Por eso se inquieta. Nosotros en cambio tenemos conciencia de que existen grandes misterios aún no resueltos por el hombre. Y los aceptamos. ¿Qué otra cosa podríamos hacer?

La chicharra del citófono privado irrumpió en la habitación. Sólo en casos de emergencia podían interrumpirlo durante las audiencias con los diplomáticos. Aun antes de escuchar la noticia, un repentino presentimiento le avisó que se trataba de algo inusitado.

—¿Qué pasa, coronel?

—Mi general Cabrera necesita hablar urgentemente con usted, Excelencia. Es una cosa muy grave. Está en línea.

—Está bien, páselo. —Y dirigiéndose al embajador—: Excúseme un segundo, por favor. ¿Qué ocurre, general?

Atropelladas interrogantes lo asaltaron mientras oía el escueto relato. No encontraba una explicación coherente para el sorpresivo ataque al helicóptero. Cabrera le rogaba que convocara a una inmediata reunión del Consejo de Seguridad para plantear una línea de acción. Aunque le habría gustado negarse en ese momento, no le quedaba otra alter-

nativa que aceptar. Colgó lentamente el fono, y encaró inexcrutable al embajador. Cuando el robusto Cyprian quiso indagar la naturaleza del llamado, porque algo sin duda sospechó, el Supremo se limitó a reír:

—No es nada, embajador. ¡Cosas de rutina!

Una vez solo, se sentó a su escritorio y hundió el rostro ardiente entre sus manos frías. Comenzaba a comprenderlo todo: el Espíritu de la Montaña lo llamaba. La luz que guió a los helicópteros hasta el cráter no lo hizo por azar: de eso estaba seguro. Nunca en la historia de la región alguien había presenciado un hecho así. Quizá su convicción sobre lo ilusorio de esos objetos voladores le había sido inducida por el Espíritu. Porque, ¿y si correspondían a una realidad? Pero las especulaciones sólo contribuirían a distraerlo, a impedirle tomar las decisiones correctas. Necesitaba enfrentar el Consejo muy entero, sin vacilaciones, porque allí se jugaría definitivamente su destino.

Entró a la reunión calmoso, sintiendo los diez pares de ojos clavados en él. Una habilísima maniobra del Espíritu para obligarlo a cumplir su desconocida misión. Se sentó en la cabecera de la mesa oval, y autorizó la palabra al general Cabrera, cuyos esfuerzos para mantenerse callado lo iban llevando al borde del colapso. Escuchó en silencio su relación, sin alterarse en absoluto. Cuando el aviador hubo concluido se quedó callado, la vista clavada en el muro de enfrente.

—Excelencia, me permito sugerir una acción inmediata: ordene el bombardeo del cráter del Mirador del Indio. ¡Hay que sorprender al enemigo!

«¡Imbécil! A ese enemigo nadie lo sorprende», pensó. Y con cierto escepticismo dijo:

—Pero, ¿cree realmente que se trata de nuestro enemigo? Convento en que lo ocurrido al helicóptero es muy extraño, totalmente fuera de lo común. Pero de ahí a inferir que

estamos ante nuestro adversario hay un gran trecho...

Comprendió que, por primera vez, sus palabras sonaban desprovistas de elocuencia en los oídos de los militares. No dejó de captar el efecto negativo provocado por su alocución.

—Excelencia, con todo respeto —insistió el general Cabrera—. Lo que ocurrió esta tarde es lo único concreto que sabemos sobre nuestro enemigo...

«Así lo calculó Él...»

—... Atacando de inmediato el Mirador saldremos al menos de nuestra incertidumbre. Aún más: daremos un desahogo a nuestros hombres, que no aguantan más la tensión, y comienzan a dudar de sus jefes...

El Supremo se llevó una mano a la frente, y pareció concentrarse un breve lapso. Y en realidad meditaba, pero no en la proposición de Cabrera. Lentamente notaba cómo el lazo se iba cerrando en torno a su cuello. Comenzaba a faltarle la respiración. Paseó calmosamente la mirada por cada uno de sus auditores, como para cerciorarse de que todos compartían la opinión de Cabrera. Y bruscamente comprendió que un mundo lo separaba de esas personas: nada en común los unía, excepto la semejanza física. Su completa soledad le fue ratificada por cada uno de los rostros que esperaban anhelantes su decisión. Entonces habló tranquilo, con una voz profunda, extraña:

—Sí, tiene usted razón, general Cabrera. —Tuvo la perfecta sensación de que estas palabras no las pronunciaba él—. Comparto su opinión. Bien: yo mismo encabezaré las operaciones. Partiremos dentro de una hora. Me trasladaré en helicóptero hasta la base aérea de Aricocha, y desde allí comandaré el ataque.

—Excelencia: ¡vámonos en mi helicóptero! Está listo, esperándome en el aeropuerto.

—No, general —dijo entonces el Supremo, con una par-

ticular expresión en su rostro hierático—. Iré solo. No debemos arriesgarnos a que nos ocurra lo del general Oporto. Al menos si mi helicóptero es destruido, usted podrá cumplir con su deber. O al revés.

Nadie dudó de la sinceridad de sus palabras. Luego agregó:

—Bien, señores. En dos horas más nos reuniremos en Aricocha. ¡Hasta la vista!

No tenía escapatoria. Algo parecido al miedo se insinuaba en su ánimo. No. No era miedo. Él nunca le temió a nadie. Sólo vacilaba ante la inseguridad de su porvenir. ¿Y acaso no es la incertidumbre la madre del miedo, pareció decirle una voz sarcástica? El bombardeo del cráter no afectaría al Espíritu: de otro modo no se hubiese atrevido a enfrentarlo. Se sintió con las manos atadas: nada podía hacer, ni siquiera huir. Quien fue capaz de destruir un regimiento desde la distancia, menos problemas tendría en destruirlo a él, donde quiera que se ocultase. Sí, también comprendió el porqué del último plan. Quiso demostrarle que su poder no era solamente espiritual. También podía matar con facilidad, de manera fulminante y sorpresiva.

Y ahora su brusca revelación a los helicópteros. Un perfecto señuelo. Él lo esperaba antes de que se iniciara el ataque al cráter. Más claro imposible. Y sería su último viaje a la Morada del Espíritu de la Montaña, porque después vendría el bombardeo, y para ese momento la desconocida, invisible e implacable entidad ya no estaría allí. Y tampoco él, porque su hora habría sonado.

Caminó con pasos lentos, acometido por un repentino cansancio, de un agotamiento que parecía irradiarse desde la médula de sus huesos.

Valerio inició el día con el traslado de sus cosas —la máquina de escribir, algo de ropa y sus archivos— a Príncipe de Asturias. Después fue al ministerio de la Gobernación, con la esperanza de entrevistarse con Ignacio Alarcón, e inquirir noticias. El palacio, convertido en una verdadera colmena, apenas permitía la circulación por sus pasadizos interiores.

Ignacio Alarcón, reunido con el ministro, no volvería a su oficina hasta la tarde. Empezó el regreso un tanto frustrado, y al bajar la escalera se encontró con Douglas Unger y Virginia. Los norteamericanos se detuvieron a saludarlo, en medio del ir y venir del público, pero Douglas se disculpó y prosiguió su camino, advirtiéndole a su mujer que la aguardaba en la Presidencia. Valerio arrastró a Virginia hasta un rincón del descanso de la escalera, para eludir la multitud.

—Tenemos una entrevista con el Supremo —le informó Virginia—. Mañana nos vamos a Estados Unidos. ¡Douglas no quiere quedarse un día más aquí!

—¿Podríamos vernos antes que te vayas? ¿Esta tarde, digamos?

—No sé si Raimundo quiera despedirse de mí —replicó la rubia mujer, con una sonrisa maliciosa.

—¡Es difícil que tenga tiempo para despedidas! Debe estar muy ocupado. Te espero a las tres en mi departamento. —Y le pasó un papel con su dirección.

Virginia le dio un beso rápido, y trepó veloz el segundo tramo de la escalera. Valerio siguió su pelo dorado, que sobresalía entre las cabelleras oscuras y las gorras militares, subiendo y bajando en medio de un triar sostenido.

Terminó de grabar su programa radial, y fue a su departamento. Entró sin que nadie lo viera y se encerró con las cortinas corridas. Se recostó en su cama a esperar. Despertó

al escuchar unos pasos de mujer que cruzaban frente a su ventana, y enfilaban por el pasadizo de acceso. El timbre sonó. Valerio ya estaba de pie, esperando junto a la puerta. Virginia se había venido en taxi desde el hotel, mientras Douglas se encargaba de los trámites de la visa.

Se desvistieron rápidamente, se ducharon juntos, secaron sus cuerpos y se fueron al lecho. Luego se quedaron recostados en la calurosa penumbra del cuarto. El Supremo no había recibido a los Unger esa mañana: debió asistir a una urgente reunión convocada por el estado mayor. La información se la proporcionó el propio embajador de Estados Unidos, que fue la única audiencia atendida por el gobernante.

—Le hablé a Douglas sobre tus teorías de la Plaza del Buitre. Le interesó el tema. ¿No te gustaría hacer guiones para cine? Douglas tiene muchas influencias entre los productores norteamericanos, y podría interesarlos en hacer una película sobre ese tema. ¿Por qué no te vas a Los Angeles a tentar suerte? ¿O piensas quedarte toda la vida en esta pocilga?

—Dime una cosa sinceramente. ¿Has pensado alguna vez en separarte de tu marido?

—¿Separarme de Douglas? ¡Jamás! Nuestro matrimonio es una perfecta sociedad. Tengo todas las ventajas de las solteras, y ninguno de los problemas de las casadas. ¡Ni siquiera hijos! Douglas me da lo que quiero. ¡Es muy rico! Si te vas con nosotros podremos seguir siendo amigos por mucho tiempo...

Tendida de costado junto a Valerio, el rostro apoyado en una mano, el cuerpo desnudo de la mujer se reflejaba en el doble espejo del gran ropero, con la amplia curva de la cadera y la línea divisoria de las nalgas tenuemente dibujadas en la penumbra cálida. Miraba a Valerio con su constante sonrisa jugueteando en su boca graciosa, mientras un me-

chón de cabellos rubios colgaba sobre la frente. Parecía una muchacha, aún en plena adolescencia.

—Me parece una buena idea. Pero quiero quedarme un tiempo más en Los Andes. Espero algún día escribir la historia del Supremo...

Pero no le habló de Clarisa, que constituía una de sus razones para permanecer en Bolívar.

—¡Qué hombre más fascinante! Parece que su historia es muy extraña. Conmigo nunca se explayó mucho. ¿Qué has averiguado sobre él?

—Solamente cosas aisladas —suspiró—. Cuando estuvimos en las Grutas Negras sentí algo. Pero se me escapó.

—¿Por culpa mía?

Virginia rió, alegre. Se sentó en el lecho, y la imagen del espejo cambió: ahora mostraba su cuerpo de lado, diseñado por un dorado, levisimo halo, que le confería una cierta inmaterialidad, coronado por la cabellera intensamente rubia.

—A lo mejor. Hay muchos mitos en la historia del Supremo. La Morada del Espíritu de la Montaña, por ejemplo, que está cerca de la Plaza del Buitre. Es un lugar que solamente conocen algunas hechiceras indígenas. Se dice que el Supremo siempre la visita, incluso que allí fue engendrado, o algo parecido.

—¿Cómo es eso?

La sonrisa desapareció un breve instante, y los grandes ojos celestes se abrieron aún más.

—Se cree que el Supremo es hijo de una india, que una bruja condujo a la presencia del Espíritu de la Montaña. Y fue a consecuencia de esa visita que el Supremo nació.

—¿Y cómo un Espíritu pudo tener hijos?

—¡Ahí está el gran misterio! Nadie sabe qué es el Espíritu de la Montaña. Puede ser algo sobrenatural. O quizá extraterrestre.

—¿Qué estás diciendo? ¿Raimundo es un extraterrestre?

—Se quedó un momento embobada, sopesando la idea de Valerio, mientras el espejo devolvía su cuerpo semisentado sobre una pierna encogida y la otra se alargaba lánguidamente sobre el cubrecama—. Siempre pensé que hay algo raro en él, porque su capacidad para hacer el amor es sobrenatural. ¡Uf! Cuando me acuerdo...

El comentario de Virginia le provocó una íntima desazón.

—¡Son puras especulaciones! —exclamó con rabia—. Nadie sabe quién fue el padre del Supremo. Yo tuve una oportunidad de desentrañar en parte el misterio cuando estuvimos en las Grutas Negras. ¡Es una idea que se me ha metido entre ceja y ceja!

—¡La tentación de la carne te distrajo! —rió Virginia. Se tendió de espaldas en la cama, perfectamente estirada, y los aguzados remates de sus pechos apuntaron firmes el cielo raso. La imagen del espejo desapareció, y sólo se hizo visible cuando a su turno Valerio se incorporó de costado para tener a la vista el rostro de la mujer, que seguía riendo, provocativa ahora—. La tentación siempre ha desviado al hombre del camino al Paraíso...

—¡En este caso no era el Paraíso! Esa vez presentí el Mal, con mayúscula...

—¡No digas tonterías! Fueron tus burgueses complejos de culpa, porque estabas con una mujer casada. ¡Eso fue todo!

—¡Podría ser! —Expelió el aire con fuerza—. Es un hecho que no nací para ser el depositario de grandes revelaciones. Los niveles del poder han estado siempre fuera de mi alcance. ¡Y debo conformarme con puras lucubraciones vanas...!

—¿Y qué te importa? ¡A muchas personas les pasa lo mismo que a ti! Sígueme a los Estados Unidos, y te convertirás en un famoso guionista de películas. ¿O piensas dejarme que me vaya así no más?

Valerio se arrodilló junto a Virginia y contempló su rostro picaresco, juvenil, enmarcado en una densa cabellera que se

extendía sobre la almohada, todos los músculos relajados.

—¡Me iría encantado contigo y tu marido! —dijo con lentitud—. Pero resulta que no tengo alma de cabrón.

El rostro de Virginia reflejó sorpresa. Luego lanzó una carcajada, y alargando sus brazos, envolvió con fuerza el cuello de Valerio.

Llegó a Príncipe de Asturias como a las siete de la tarde. Clarisa acudía por lo general después de comida, porque a veces la visitaban parientes y amigos de su familia durante las tardes. Pero esta vez no tuvo que aguardar mucho. Sólo de verle la cara Valerio comprendió que algo grave pasaba.

—El Supremo y todos los generales se fueron a Aricocha. ¡Dicen que van a bombardear el cráter del Mirador...!

Le contó los sucesos de ese día, empezando con la incursión de los helicópteros en la chimenea del volcán. Luego la reunión del Supremo con el estado mayor, y su aparente reticencia de aprobar el plan de ataque propuesto por el general Cabrera. Valerio trataba de ordenar coherentemente esas informaciones, de sacar la conclusión que le parecía columbrar, pero terminó por escurrirse en definitiva. Se confirmaba la teoría de Rodríguez: debajo de la Plaza del Buitre había un escondite. Pero, ¿de quién? No existían testimonios sobre el origen material de los objetos voladores que muchos vieron o sostenían haber visto en los cielos andinos. Pero el incidente de los helicópteros daba un nuevo sesgo a esos hechos.

—¿Y destruirán la Plaza del Buitre?

—¿Por qué? Una cosa es el cráter, y otra la Plaza. Además se trata de un enemigo peligroso. ¿Lo has olvidado?

—Sí, es verdad. ¿Sabes? Si destruyen esos lugares jamás se sabrá la verdad. ¡No poder estar presente!

Se sintió repentinamente abatido. Con gran ternura Clarisa, que también se notaba nerviosa, le acarició el pelo. Un

silencio ominoso reinó en el salón iluminado suavemente por dos lámparas murales.

—No tenemos otra alternativa que esperar —dijo Clarisa—. Lo peor de todo es que sólo mañana tendremos noticias...

EPÍLOGO

EL CAMPO AÉREO DE ARICOCHA efervescía: dada su espectacularidad fue imposible mantener bajo reserva los sucesos del Mirador del Indio.

Cabrera inspeccionó la base, los aviones y el equipo pasado el mediodía: disponían de las bombas suficientes para bloquear el cráter del Mirador del Indio. Desde la torre de control del aeropuerto observó la lejana cumbre del cerro, que emergía tras una estribación bajo un sol pleno. De la encuesta practicada entre sus hombres estableció que nadie antes había observado ningún objeto volador emergiendo del cráter, o sumergiéndose allí, aunque existían aislados testimonios entre los indígenas de la región. Pero nunca se les tomó en serio.

Llegaron las tres de la tarde y el Supremo no apareció: alguna imprevista contingencia lo retrasaba. A las tres y media Cabrera hizo llamar al aeropuerto de Bolívar: el Supremo había despegado hora y media antes rumbo a Aricocha. Como fue primero a su casa para visitar a su familia,

habría que esperar por lo menos otros treinta minutos.

Faltando un cuarto para las cuatro le informaron que un helicóptero se dirigía al Noroeste, aparentemente el que llevaba al Supremo. El nerviosismo de Cabrera aumentó. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Hacia dónde iba el Supremo? Y no podía actuar sin sus órdenes expresas. Conversó por teléfono con Ferrer, que se hallaba veinte kilómetros al Este, en el centro local de operaciones del ejército.

—Tiene que esperar, mi general. ¡No hay otra alternativa! Ya aparecerá: seguramente se le ha presentado un problema de último momento.

Una hora después, cuando Cabrera indagaba inútilmente el curso seguido por la aeronave del Supremo, un avión de reconocimiento informó que había creído ver un helicóptero posado en un claro de la espesura. Sobrevolaba la selva no lejos del Mirador del Indio, y aunque siguió repasando el lugar, le fue imposible volver a localizarlo. Necesitaba reabastecerse de combustible, y emprendió el regreso a la base. Cabrera dispuso el envío de otros dos aviones al mismo punto, emplazado cerca del extremo sur de la Plaza del Buitre. Quizá el helicóptero del presidente había realizado un aterrizaje de emergencia. A las seis de la tarde, al dirigirse por décima vez a la torre de control, el piso de concreto corcóveo violentamente. Por poco cae a tierra: debió apoyarse en uno de sus ayudantes.

—¡Terremoto! —gritó alguien.

El sismo se desencadenó acompañado por una sucesión de ruidos subterráneos que no tardó en hacerse ensordecedor. Cuando el movimiento hubo amainado los estruendos seguían. Pero las construcciones de la base permanecieron incólumes. Cabrera corrió hacia la torre.

—Fue muy violento y largo. Llamen a Aricocha, porque ahí pudo ser más serio...

—¡Mire, mi general!

Una densa humareda negra creció desde la cresta del Mirador del Indio, y barrenó lentamente el cielo inmaculado. El viejo volcán, quieto desde un pasado arcaico, iniciaba una imprevista erupción.

Los aviones de reconocimiento anunciaron la localización del helicóptero en un calvero de la jungla, mejor dicho, de su fuselaje calcinado. Pero se requerían helicópteros para completar la investigación. Y con premura, porque el repentino despertar del Mirador impediría todo acercamiento a la región. El propio Cabrera se embarcó en un helicóptero. Escoltado por dos máquinas, antes de media hora de vuelo avistaban los restos, mientras el humo espeso del volcán engullía el sol, adelantando el anochecer.

Los aviones informaban paralelamente que un río de lava se despeñaba por la ladera sur del monte hacia la Plaza del Buitre, de donde surgía humo por algunas grietas, o quizá, desde las Grutas Negras. Pronto esos testimonios arqueológicos de brumosas civilizaciones desaparecerían bajo la acción devastadora del Mirador del Indio.

La aeronave de Cabrera se posó junto al aparato destruido. La tierra trepidaba incansable, jadeando como una colosal bestia que se asfixiaba. El sordo fragor apenas dejaba oír a los hombres sus propias voces. Cabrera ordenó a los otros helicópteros que se mantuvieran en el aire, en prevención de cualquier catástrofe. Un agudo olor a azufre y la temperatura creciente dificultaban la respiración. Los restos de la nave aún proyectaban calor. Y el olfato de Cabrera captó el hedor de la carne quemada, que se destacaba de las emanaciones plutónicas. La mayoría, o tal vez la totalidad de los tripulantes debían haber perecido abrasados a bordo, donde al parecer se quedaron esperando. Todo indicaba que la catástrofe se había producido en tierra, y no en vuelo.

De la selva se desprendió un hombre tambaleante, con el rostro desfigurado por el terror. Vestía uniforme militar. Al-

guien gritó que la espesura ardía. Los otros helicópteros avisaron que una corriente de fuego brotaba desde el pie de la montaña, a menos de doscientos metros del comandante en jefe de la Fuerza Aérea. Se embarcaron rápidos con el soldado recién aparecido, que barbotaba algunas frases incoherentes: no disponían de tiempo para cargar los otros restos, o de seguir registrando los contornos. El helicóptero se elevó en medio de la atmósfera tenebrosa, y Cabrera, semiasfixiado, divisó abajo un rojo arroyo avanzando entre la maraña, que incendiaba todo a su paso.

—¡Fíjese por dónde sale la lava, coronel! —señaló Cabrera—. Seguramente ahí desemboca alguna cueva, que conecta con la chimenea del volcán. ¡Eran ciertas esas leyendas, entonces!

El magma fluía desde los pies de una erecta ladera, por un conducto emplazado un poco más arriba del nivel de la selva. Por el mismo sitio donde muchos años antes Raimundo Ruiz y Pastene, acompañado de la vieja Zulema, penetrase hacia la Morada del Espíritu de la Montaña. Y, también, muy cerca del lugar donde los hombres del Supremo apresaran a Adrián Koch apenas tres días atrás.

Escucharon el testimonio del único sobreviviente del helicóptero del Supremo, el soldado Pavez. Raimundo Ruiz ordenó a sus hombres que no se moviesen mientras durase su ausencia: todos deseaban estirar las piernas. Y se metió en la selva, rumbo al mismo sitio donde recién apareciera la lava. Cabrera miró el claro del aterrizaje, difuminado por la creciente humareda volcánica. Pero a Pavez le vino un ataque de colitis. Se alejó unos cien metros del helicóptero, buscando una parte libre de malezas para eludir las hormigas y otros bichos. Una llamarada lo cegó de pronto. Y una onda de intensísimo calor le quitó la respiración. Simultáneamente un reventón lo dejaba sordo. Al recuperarse corrió hacia el helicóptero. Ardía como papel. Sus desgraciados

compañeros, transformados en antorchas, hacían agónicos esfuerzos para escapar del infierno. La aeronave se encogía crepitando, y no tardó en convertirse en un montón de fierros retorcidos, mientras un olor a carne asada se esparcía por los alrededores.

Corrió, gritando como un demente. En medio de su locura recordaba Urumayo y los otros casos. ¿Sería obra del mismo enemigo invisible? Se había librado por milagro. Se lanzó a través de la selva, tratando de alejarse al máximo. Pero al recordar al Supremo recuperó el dominio de sí mismo, y regresó a esperarlo. Iba llegando al calvero donde el helicóptero exhibía su esqueleto aún al rojo blanco, cuando la tierra tembló. Bajo sus pies estallaron truenos. Cayó al suelo. Aterrorizado, creyó que la tierra se abriría para engullirlo. Huyó de nuevo, despavorido. Se sujetaba en los árboles y ramas para no caerse. Pero escuchó el motor de un avión que inspeccionaba la zona. Si alguien venía a rescatarlos, aterrizaría en el mismo sitio donde los restos del helicóptero comenzaban a perder su incandescencia. Los ruidos subterráneos y los temblores no cesaban. Era como estar en pleno acabo de mundo.

—General, ¿y si el Supremo regresa? —preguntó el coronel.

—¡Es imposible que haya sobrevivido, coronel! Además ahora no podríamos aterrizar en ese lugar. Vea cómo ha oscurecido: sería peligrosísimo quedarse por los alrededores, solamente. Cuanto antes nos alejemos de aquí, mejor. ¡Corremos un grave peligro!

La noche los rodeaba. Por las laderas del volcán descendían densas nubes sulfurosas, que envenenaban la atmósfera, y escondían el panorama. Aunque libre del terrible calor y de las letales emanaciones volcánicas, una total oscuridad envolvía la base aérea. Otra noticia aguardaba a Cabrera: la familia del Supremo —su mujer y cinco hijos—, había aban-

donado el país en un avión militar, al parecer con rumbo a Estados Unidos. La nueva se filtró a pesar de que el Supremo en persona impartió instrucciones para mantenerla en un estricto secreto.

Cabrera fue de inmediato a reunirse con el general Ferrer.

—¡Qué rara me parece la erupción del Mirador! —comentó Ferrer—. Es mucha coincidencia...

—La verdad es que no he tenido tiempo para pensar, mi general. —Cabrera recorría con largos trancos la oficina de Ferrer—. Las erupciones repentinas son bastante comunes, después de todo. Volcanes que permanecieron siglos apagados, reventaron de la noche a la mañana en forma catastrófica. ¡Acuérdese del Vesubio, solamente! Pero en este caso hay otros hechos. ¿Quién destruyó el helicóptero del Supremo, y por qué? ¡Esos hombres eran como perros fieles del Supremo!

—¿Cree usted que él tuvo que ver algo en eso?

—No directamente. Pero les pidió que no se moviesen de la máquina. ¿Ve? Y el único que se salvó fue Pavez, precisamente porque dejó el aparato unos minutos... ¡Como si el Supremo hubiese sabido que el helicóptero iba a ser destruido! Fue una crueldad inútil. ¿Temió que revelaran algún secreto?

—Es posible —comentó Ferrer—. Usted mismo dijo que la lava comenzó a salir muy cerca de allí. ¡O sea por algún pasaje secreto utilizado por el Supremo en esas misteriosas visitas que siempre hacía!

—Pero la erupción que vino en seguida lo destruyó todo.

—¡No tenía por qué saber que vendría una erupción!

—Quizá, mi general. Ahí están mis dudas. Mi impresión es que el Supremo ha huido. ¿Hacia dónde? No lo sé. Pero algo se escondía allí, tal vez debajo de la Plaza del Buitre, como oí decir una vez. Algo de gran poder. ¡Algo realmente satánico, que fue el causante de esta erupción! ¿Se acuerda

usted de las Furias? Pues eso había ahí: un nido de furias. Y Dios me perdone, pero el Supremo algo tenía que ver con eso. ¡Todo lo que se decía de él era cierto!

—Pero, ¿cree usted que la erupción fue provocada artificialmente? —indagó Ferrer, incrédulo.

—Igual que usted, tampoco creo en las coincidencias, mi general. ¡Y aquí hay muchas! El ataque al regimiento de Urumayo, al helicóptero del general Oporto, al jeep del ejército, y al puente del Vilcayali. Luego el helicóptero en el fondo del cráter del Mirador. El evidente desinterés del Supremo por bombardear el volcán. Y después su desaparición, cuando debía reunirse con nosotros para iniciar el ataque. Y la destrucción de su helicóptero con todos los tripulantes. ¡Son muchas cosas que están relacionadas, sin duda alguna! Por último resuelve enviar a su familia a Estados Unidos. ¿Por qué no se marchó con su mujer y sus hijos? En lugar de eso parte al cráter, al lugar que siempre visitaba, según todo el mundo sabía en Los Andes...

—¡Es verdad! Y en seguida la erupción —Ferrer no salía de su asombro—. Tal vez hizo destruir el helicóptero porque temió no tener el tiempo suficiente para llegar donde iba.

—¡Tiene usted razón! Si mis hombres hubiesen descubierto el helicóptero en el claro a tiempo, habrían interrogado a los tripulantes, y yo hubiera sido capaz de ordenar que partiesen en busca del Supremo, dadas las circunstancias. ¡No quiso correr ningún riesgo! O por lo menos «eso» que se cobijaba en el cráter, no lo quiso. —Cabrera parecía ensimismado—. Y nunca conoceremos la verdad, porque el volcán lo está destruyendo todo. ¡No quedarán ni vestigios de la Plaza del Buitre y las Grutas Negras! Ni siquiera sabremos si el Supremo murió realmente. ¡Sólo nos queda rezar por su alma!

—¡No creo que haya muerto! Algo me dice que ha hui-

do. Pero no creo que vuelva. ¡Quizá a quien tuvimos como gobernante de nuestro país...!

Ferrer pronunció las últimas palabras con un no disimulado tono de horror.

Como Cabrera lo sospechara, la erupción del Mirador hizo desaparecer la Plaza del Buitre y sus aledaños. Las laderas laterales, que flanqueaban la remota construcción, se derrumbaron y la cubrieron por completo. Pero la obra destructora la prosiguieron luego los millones de toneladas de escoria, magma y lodo vomitadas por el volcán ininterrumpidamente. Las Grutas Negras, los pasajes o refugios secretos que allí existieron, también los rellenó la lava.

—¡Debemos tomar una rápida decisión, mi general! —concluyó Cabrera—. Como usted, pienso que el Supremo ha desaparecido. ¡No lo veremos más! Pero un país acéfalo no tardará en sumergirse en una crisis y en la anarquía. ¿No lo cree así?

Esa misma noche una cadena nacional de emisoras y televisión anunció el establecimiento de una junta militar provisoria.

El anuncio trajo un sombrío alivio a la población.

